

El libro
de las cicatrices
José Negrón Valera



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

El libro de las cicatrices

José Negrón Valera

El libro de las cicatrices



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

El libro de las cicatrices

© José Negrón Valera

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO:

Javier J. Véliz

CORRECCIÓN:

Leonardo Perdomo

IMAGEN DE PORTADA

The home of Heron (detalle, 1893)

Geroge Innes

Instituto de Arte de Chicago

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC 2021001679

ISBN: 978-980-01-2262-4

Antes de empezar un viaje de venganza, cava dos tumbas

CONFUCIO

I

La memoria de los huesos

1

Unos niños fueron los primeros en llegar. Le hacían ademanes a la policía desde lo alto de la colina y señalaban un punto específico del terreno empantanado que se abría unos metros más adelante. Se rehusaron a acompañar a los oficiales aun cuando estos los amenazaron con que, si aquello era una broma o les hacían perder el tiempo, la pagarían. Los niños no querían volver allí. No estaban muy seguros de lo que habían visto, pero intuitivamente algo les decía que aquel amasijo de carne descompuesta era muy diferente a los cuerpos de animales pequeños que dejaban quienes practicaban rituales de espiritismo y santería. Un sargento ordenó a su subalterno que fuese él a cerciorarse del hallazgo. El pequeño y desgarrado hombre se mantuvo firme y no replicó. Le dirigió una mirada de reproche al grupo de niños mientras trataba de seguir los dedos infantiles que apuntaban a un lugar que ya comenzaba a sentirse como la frontera de un sueño. Bajó por la colina y resbaló al menos un par de veces en el descenso. En ocasiones, volvía la vista a los niños para orientarse y no perder el rumbo, hasta que llegó a un

pequeño pantano oculto por una piedra llena de musgo sobre el que caían enredaderas. Un olor intenso, a tierra húmeda mezclada con agua estancada agudizaron su atención y fue cuando tropezó con un bulto que desentonaba con la geografía. Tomó una rama del suelo y exploró con desdén, hasta que encontró las señas inequívocas de su especie. Mantuvo el temple en el camino de regreso y esta vez, en la escalada, no tropezó una sola vez. Cuando tuvo al sargento enfrente le dijo «Allí hay un muerto».

El aeropuerto internacional de Maiquetía estaba particularmente abarrotado ese lunes. Lorena Díaz se había puesto una falda y unas zapatillas bajas que pensaba le hacían lucir más delgada que si usara sus botas militares. Estaba nerviosa y se frotaba las manos cada vez que revisaba la cartelera de llegadas y salidas. El humo de cigarrillo que flotaba hasta las bancas de la sala de espera atentaba contra su objetivo de completar un mes sin fumar. Fue hasta una venta de dulces y se compró dos barras por pura ansiedad. Se las comió mientras revisaba los libros más vendidos de la temporada. Tomó unas revistas de farándula que revisó por encima mientras masticaba los granos de maní. Se detuvo en un reportaje que mostraba una hermosa pareja de jóvenes de la *socielités* caraqueños. Dobló la hoja y guardó el chocolate en un bolsillo de la chaqueta.

Benita, la madre de Lorena, había escuchado del tal Pablo en la cena, mientras su hija le contaba sobre como había llegado a dar con su paradero. Sumergida en el televisor mientras la escuchaba, llegó a pensar que era alguna clase de novio

que había enganchado a través de internet. De nada sirvió que la mañana de ese lunes, Lorena le aclarase que solo se trataba de un caso que necesitaba resolver, y que sería definitivo en su carrera. «Son asuntos netamente laborales los que me llevan al aeropuerto», le recalcó a su madre al dejar las botas militares bajo la cama.

Pagó los chocolates, la revista y volvió a la sala de espera. El vuelo desde Santiago de Chile llevaba una hora de retraso. Habló con algunos operadores aeroportuarios, pero ninguno supo darle mayores explicaciones. Sacó un bolígrafo azul del bolsillo interior de su chaqueta y abrió la revista en la hoja que antes había doblado, hizo dos grandes círculos en las caras de la joven pareja que posaba y cuyos dientes brillaban mucho más que la luz incandescente del aeropuerto. Hizo algunas anotaciones en los bordes y trató de ajustar su planificación previa, antes de que Pablo Linares cruzara por la puerta de desembarque. No tenía muy claro cómo luciría. Habían pasado más de veinte años desde que lo vio en una manifestación en el Ministerio Público, rogando porque el fiscal atendiera el caso de la desaparición de Silvana Guzmán. «¿Un crimen político?», escribió Lorena en la revista, haciendo memoria de las palabras de Pablo frente a las cámaras de televisión. El hombre desapareció por completo. Sin aficiones por las redes sociales digitales, Lorena no tenía sino una fotografía que había logrado recolectar de su expediente universitario y uno que otro video que algún nostálgico había colgado para que los internautas hicieran memoria de aquel tormentoso año 2001.

Una voz femenina encendió los parlantes del aeropuerto y se elevó la ansiedad de Lorena. «Vuelo 8151 desembarcando por la puerta 6». Seguía pensando en qué diría y cómo lo diría. Cuáles serían las primeras preguntas que habría que

responder o cómo manejaría las emociones que brotaran luego de la información que le revelaría exclusivamente en persona. Volvió a cerrar la revista y entró al baño de mujeres para orinar y mirarse en el espejo en busca de una mancha de chocolate en los incisivos. En el pasillo central vio una aglomeración cerca de la puerta de salida. La gente se abrazaba y recibía a los viajeros en una mezcla de lágrimas, abrazos y sonrisas. Lorena se puso de puntillas para intentar reconocer a Pablo dibujando en su mente la única foto que poseía de él. A lo lejos, un hombre con barba de unos cuantos días y un bolso de excursionista se abría paso entre la gente. El sujeto se detuvo y Lorena leyó fastidio en su mirada.

Caminó con paso firme hacia el sujeto y se puso frente a él. Ambos se miraron en silencio y respiraron con ansiedades desiguales. Él no hizo el mayor intento de sonreír cuando Lorena arqueó sus labios para hacerlo. Se sintió tonta e insegura. Aun así, supo que contactarlo era la mejor decisión de las que pudo haber tomado.

—¿Pablo Linares?

El hombre apretó los labios y asintió sin pronunciar una palabra. Ella estiró su mano para saludar y él correspondió con firmeza.

—Soy Lorena. Lorena Díaz —dijo mientras lo miraba fijamente queriendo absorber cualquier microexpresión— No has cambiado nada.

—¿Nos hemos visto antes? —Pablo ajustó el morral a su espalda para disimular que ponía su memoria a trabajar con mayor esfuerzo.

Ella achicó los ojos y quiso responder en aquel lugar atestado de taxistas en busca de clientes, de familias y parejas que volvían a reencontrarse, pero no le gustó el sentimiento que la invadió.

—Ya tendremos tiempo de ponernos al día —le dijo mientras le invitaba a seguirla a la salida del aeropuerto.

Eran las tres y media de la tarde y el sol lanzaba una onda de calor insoportable a cada centímetro de la Tierra. Lorena caminó hasta un sedán de cinco puertas y abrió la compuerta con el control remoto. Pablo guardó el equipaje e inspiró profundo antes de hablar.

—Quisiera verla cuanto antes —dijo desprovisto de emociones.

Lorena chequeó la hora en su muñeca y levantó la vista hacia un punto indefinido en el horizonte.

—El laboratorio forense cerrará en algunos minutos. Lo mejor es que busquemos un sitio para que descanses.

Pablo apretó los dientes y guardó silencio. De no ser por la fecha de su boleto, habría dado media vuelta y volado esa misma noche. Pensó que había sido un gesto inútil haber cedido a sus impulsos y regresar al país. Con cuidado de no ser visto, detalló a Lorena. Lentes de pasta, cuerpo pequeño, ropa que no combinaba pero que disimulaba bien sus volúmenes. Le llamaron la atención sus zapatillas y la revista que reposaba bajo el brazo.

La mujer estaba inmóvil frente a él, con la mirada lejos de aquel estacionamiento, mientras se decidía a contestar. Sintió un corrientazo que iluminó sus ojos por primera vez desde que aterrizó.

—Yo te conozco. Estudiamos juntos —dijo sin ceder a una expresión amable.

Ella sonrió y le dio un manotazo en el antebrazo que rompió cualquier formalismo.

—Allí está. Sabía que podía contar contigo.

El automóvil se sentía estable bajo el cuerpo de ambos. Sus amortiguadores resistían cada curva en dirección a la inclinada autopista Caracas-La Guaira. Pablo pensaba en la clase de motor que tendría y quiso preguntar, pero desistió. Había aprendido bastante de mecánica durante los primeros años de una travesía que lo arrojó en un pueblo de pescadores con gran vocación a la humildad y el anonimato. Lorena le lanzaba de vez en cuando una mirada rápida, tanteándolo. Lo sentía hosco y no muy dado a las cortesías, así que prefirió ser ella quien tomara la iniciativa.

—Apenas desde ayer tengo este carro. Así que no vayas a asustarte si en algún momento ves que no logro dominarlo.

Pablo dio una mirada hacia el interior del vehículo y pasó la mano por el tablero. Le dio dos palmadas suaves.

—Parece ser una buena máquina —contestó.

—No sé mucho de motores. Fui con todos mis ahorros, un préstamo y le dije al vendedor: “Quiero algo que me sirva para robar un banco” —Lorena se carcajeó.

Se sintió sola con su risa rebotando en una burbuja llena de apatía. Carraspeó dos veces e hizo silencio. Pablo percibió la tensión. Su ánimo no estaba para un pequeño acto de hipocresía y optó por callarse también. Después de unos minutos Lorena rompió la incómoda dinámica.

—¡Maldita sea, otra vez la cola de gasolina! —Su mirada atravesó el parabrisas y chocó contra una larga fila de vehículos que aparcaban frente a una estación de combustible—Hoy no estoy de humor para esto.

Bajó la velocidad, mientras rebuscó en la guantera con urgencia. Sacó una placa atada a una cadena plateada que se colgó al cuello; presionó un botón que encendió los bombillos azules y rojos, junto a la inconfundible sirena policial. Se ubicó en la entrada de la estación de servicio tocando la bocina. Pablo vio a los conductores levantar dedos medios con frenesí y golpear sus volantes con desesperación por la maniobra de Lorena. Un funcionario de la Guardia Nacional que no superaba los 20 años hizo señales al vehículo para que se detuvieran frente a un cono naranja. Lorena bajó el vidrio y mostró la identificación. El muchacho se quitó los lentes oscuros y detalló la chapa policial.

—Comando —dijo Lorena—. No puedo esperar.

—¿Estás de servicio?

—Lamentablemente. Tenemos el tiempo encima.

—Entiendo curso, pero hoy estamos cortos con la gasolina. Esta gente lleva horas esperando. Si te dejo pasar, me matan.

Lorena sonrió sin creerse lo que escuchaba.

—Anda, vale. Ha sido un día de mierda.

El muchacho asintió y se colocó los lentes oscuros. Quitó el cono de seguridad y respondió con un grito a esa bola de energía brutal que provenía del resto de conductores: «Le vamos a prestar apoyo a la Oficial». Lorena llegó a la estación,

puso gasolina y se bajó a la tienda. Volvió con tres botellas de refresco y una bolsa de maní. Entró al carro donde la esperaba Pablo. Le dio una de las bebidas y esperó. El Guardia Nacional llegó y ella le entregó el maní y la última bebida.

—Revisa la bolsa —dijo.

El hombre empezó a buscar en el interior y agradeció con los ojos brillantes. Lorena arrancó el vehículo y se alejó por la autopista. Pablo dejó pasar algunos kilómetros para incorporarse a lo que acababa de ocurrir.

—¿Le diste dinero? —preguntó.

—Sí, chamo, tenemos prisa. No podemos darnos el lujo de perder tres horas para poner gasolina.

—No tenía idea de que había problemas con el combustible.

El rostro de Lorena se desprendió de la ruta y se enfocó en Pablo. Su expresión era de verdadera sorpresa. Una muy sincera y que superaba a lo que había pensado de su acompañante.

—Tú verdaderamente te desconectaste de este país, ¿cierto? —preguntó sonreída— ¿Veías noticias? ¿Algún titular?

—La verdad es que hice lo imposible para evitarlo.

—Sí, sí, tu madre algo me dijo.

Pablo se mantuvo callado ante la mención familiar. Miró al frente y detalló el cambio de vegetación, conforme dejaban la zona costera y la línea montañosa avisaba su proximidad a la capital. Para Lorena no pasó desapercibida aquella reacción.

—Nada más le pedí información sobre tu última ubicación. Creyó que saber lo que había ocurrido con Silvana sería importante para ti. Después de eso hice algunas llamadas y logré ubicarte. ¡Tampoco es que te fuiste al Congo!

—Detén el auto, por favor.

—¿Qué pasa?

—Solo detente. Necesito bajar.

Lorena utilizó sus habilidades para evitar dos camiones al cambiar de canal. Pablo abrió la puerta y se bajó cerca del barranco. Caminaba de un lado a otro con las manos en la cintura, inspirando fuerte, con los ademanes y actitud de quien quiere detener un ataque de pánico. Ella puso las luces intermitentes, bajó presurosa y acomodándose la chaqueta. Se acercó lentamente hasta donde Pablo seguía con sus esfuerzos de autocontrol.

—¿Qué quieres de mí? Creo que todo esto es un error. Nunca debí aceptar volver.

Lorena lucía impasible mientras Pablo seguía haciendo reclamos a su falta de voluntad, por no resistirse, y por volver. Ella esperó sin dejar que la reacción de Pablo la quebrantara.

—A Silvana la mataron, Pablo. Estuve en el laboratorio cuando la trajeron, o lo que quedaba de ella. Tuve la dolorosa oportunidad de confirmar su identidad.

—Entonces, ya está —gritó él—. Nada de lo que hagamos la va a revivir. ¿Qué carajo quieres de mí?

Lorena se acercó más para intentar apaciguarlo. Puso una mano en su hombro y suavizó el tono de voz.

—Creo que mereces estar en su funeral. Además, serías de mucha ayuda para encontrar al responsable de ese horror. Tengo la intuición, o la corazonada, de que su crimen no es azaroso.

—Por Dios, deja de hablar —La voz de Pablo se quebró.

Lorena terminó de arroparlo con su brazo entero y lo acercó a su cuerpo. Se quedaron un rato allí, en silencio. Volvieron al carro y se incorporaron de nuevo al flujo de vehículos. Lorena le entregó a Pablo un chocolate.

—Anda, que al cuerpo hay que meterle serotonina.

Pablo aceptó y se la comió con ganas. Ella lo supervisó como el enfermero a su paciente. Volvió a rebuscar en su vehículo y le alcanzó la revista. En el reportaje marcado, apa-

recía una pareja cuyos nombres, Paula Guzmán y Augusto Zuloaga, enmarcaban lo que parecía una exitosa entrada a la mediana edad. Pablo reconoció el palpitar que acontece después de divisar alguien conocido, revisó los párrafos subrayados y las anotaciones de Lorena en los bordes. Las palabras «candidatura presidencial» estaban enmarcadas con especial cuidado por el trazado azul del bolígrafo.

—Estoy reconstruyendo el pasado, Pablo. He hablado con personas que conocieron a Silvana, gente de la universidad, su padre. Necesito detalles de esos días para la investigación. He enviado solicitudes para entrevistar a su hermana, pero su asistente solo me da evasivas. Que si está en Nueva York, que si va saliendo a la semana de la moda de Berlín.

—Tendría, no sé... que volver sobre esos recuerdos... —La voz de Pablo se fragmentó un poco.

—No te preocupes. Tómalo con calma.

Lorena estacionó el vehículo frente a un hotel cerca de Plaza Venezuela. El botones recibió las llaves, mientras ella guiaba a Pablo y su única maleta hacia la recepción. Se identificó y pidió por la reservación a su nombre. El encargado les alcanzó unas planillas de entrada y luego las dos llaves de habitaciones contiguas. Fueron hasta el ascensor y subieron hasta el quinto piso.

—Supongo que quieres descansar un poco —dijo Lorena mientras entregaba la llave de la habitación.

—Quisiera bañarme, no creo que pueda dormir. También quisiera algo de beber.

—¿Agua? En la nevera de la habitación puede que haya.

Pablo bajó la mirada. De pronto se sintió avergonzado al no poder contener aquel impulso. Lorena entrecerró los ojos, creyó recomponer algunas piezas y supo que aquel hombre necesitaba algo más fuerte que una gaseosa.

—Nos veremos en el *lobby* a la hora de la cena. Telefona cuando estés listo. Así nos pondremos al día. ¿Tienes fecha de regreso?

—Compré el boleto para pasado mañana.

—De acuerdo. Es tiempo suficiente, espero.

Antes de que ambos desaparecieran del pasillo, Lorena le silbó a Pablo desde la puerta de su propia habitación.

—Gracias por volver.

Pablo la miró un segundo y respondió con un deseo.

—Necesito un trago.

La «suite del reino», como llaman a la habitación más lujosa del Four Seasons en Riad, se mantenía iluminada por la luna llena de esa noche. Paula Guzmán se revolvió en su cama y salió del cobertor con cuidado para no despertar a su acompañante. Caminó desnuda hacia la sala desde donde podían verse las luces de la autopista Rey Fahd y algunos avisos en neón de la zona de hoteles. La *suite* está a más de cien metros de altura y desde allí es posible apreciar a las personas moverse como diminutas hormigas a través de las aceras de la ciudad. La saturación lumínica que convertía la vista aérea en una película de ciencia ficción, le trajo ideas a Paula para alguna colección que podría llevar por título “Colores y flores nocturnas para animales nocturnos”. Tanteó en el sofá su bolso, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Arrojó el humo sobre el vidrio cerrado y el efecto de rebote llenó el ambiente de un agradable olor a nicotina. Al menos ella así lo creía. Pensó que los fumadores siempre romantizan el olor del humo, como si todos lo pudieran disfrutar como ellos. Sintió que en las sombras de la gran *suite* una figura se

movía sigilosa desde la habitación principal. Podía ver vagamente el reflejo a través del cristal de la ventana. Fue extraña la sensación que recorrió su cuerpo al imaginar a esa figura espectral alcanzarla vulnerable y sola. Sintió la necesidad de tener un arma en su bolso, quizá haber aprendido no solo a caminar sobre la pasarela con tacones de quince centímetros, sino alguna táctica de defensa personal. Una mano la tomó desde atrás y se deslizó por todo su cuerpo. La recorrió entera rozando su pubis y con la otra el seno derecho. Paula, gélida, permitió que le besaran el cuello y una lengua patinara por su espalda. Separó las piernas y dejó que esa voz gatuna se hiciera dedos para masturbarla mientras el humo nublabla la ciudad que sintió de pronto absolutamente falsa.

Gimió un par de veces, hasta que el cigarrillo se agotó y ya no sintió más placer en los dedos que seguían muy adentro de su vagina. Tomó la mano que la exploraba y lamió el líquido que impregnaba las manos de su asistente. Luego volteó a verla y la besó en la boca, sin mucho entusiasmo.

Tina, a quien Paula había conocido en Caracas un par de años atrás como aspirante a modelo, había dejado toda ambición personal para dedicarse a un trabajo con el que muchas de su generación solo soñaban: servir a la diseñadora más importante de Latinoamérica en actividades que iban más allá del cumplimiento del deber. Supo temprano que Paula no la amaba, ni la amaría. Se aferró al utilitarismo como recurso para no sufrir los desplantes de su jefa como asuntos personales.

Paula caminó con dirección al baño. Mientras abría el agua caliente y se masajeaba con el fragante jabón de lavanda, vio a Tina acercarse al umbral de la puerta del baño.

—¿Te pasa algo? —preguntó Paula con frialdad.

—Si tomas el *jet* a la medianoche, puede que estés a tiempo para el funeral de tu hermana.

—No quiero hablar de ese asunto.

El tono determinante convenció a Tina de que su insistencia solo iba a acarrearle problemas innecesarios. En su mente, revisó la agenda de Paula en Caracas y tachó aquel funeral de la lista. De igual manera, en su mapa de pendientes seguía titilando una llamada telefónica que no se había decidido contestar. Debía contar con alguna instrucción, pues no estaba muy segura de resolverla sin consultar previamente.

—La detective volvió a llamar. Quiere saber cuándo estás disponible para una breve charla.

Paula cerró con molestia el grifo del agua caliente y se quedó en silencio. El vapor que salía desde dentro del habitáculo de cerámica y vidrio lucía como un volcán al cual le han entregado un ritual en sacrificio. Paula limpió el vidrio empañado y miró a Tina, difusa, a través de él.

—¿Quién es esa mujer? —dijo y buscó una toalla para secarse la cara.

—Ya te he hablado de ella. Es la detective que lleva el caso o eso me ha dicho.

—¿Augusto sabe que me sigue llamando?

—Aún no he tenido oportunidad de hablarlo con él.

Paula se terminó de acomodar la bata y se enrolló el cabello con otra toalla a modo de turbante. Se acercó a Tina antes de salir, y le dirigió una mirada vacía de sentimentalismos.

—Tal vez, si te enfocaras más en el trabajo y no tanto en coger con él, sabrías qué hacer.

La espalda de Paula se perdió entre las sombras de la habitación. Tina proyectó su agenda mental y la hizo añicos. Respiró profundo y se fue hasta el lavamanos, allí se recogió el cabello, limpió el espejo y aprovechó para cepillarse los dientes.

5

Faltaban diez minutos para el inicio de la subasta. Un hombre de traje y corbata negros, sentado en la primera fila, movía su pie de forma insistente. Miraba a su alrededor con nerviosismo, y cada tanto se fijaba en un reloj digital a la derecha de la tarima principal. Lo rodeaban unas ochenta personas, todas vestidas para soportar la fría noche de Londres. Miró ansioso esta vez su reloj de mano y sintió el teléfono vibrar en el bolsillo de su traje. Vio el nombre del comprador en la pantalla del teléfono e hizo enormes esfuerzos para no parecer molesto. Comprobó que los tres relojes no estaban del todo sincronizados.

—Pensé que habría desistido...

—No me perdería esta oportunidad —dijeron del otro lado.

—Espero que hayas tomado una decisión.

Un anciano de unos sesenta se acercó al micrófono y anunció que en instantes comenzaría la subasta. Las luces se fueron apagando lentamente y dieron paso a un breve juego de luces que concluyó con la aparición del nombre

de la casa de subastas Phillips Pury & Company. El orador desde la tribuna dio una pequeña bienvenida e hizo un breve recuento de las piezas que se someterían a la puja. A medida que pronunciaba algunas de las colecciones más esperadas, el rumor de voces atravesaba la sala. El hombre que sostenía el teléfono, era un vendedor de antigüedades español de nombre Octavio. Servía de intermediario para una de las compras más representativas de su carrera. Temía porque su comprador se hubiese arrepentido en el último minuto y de esta forma echar por tierra una jugosa comisión.

Las primeras dos colecciones de arte se subastaron sin mucho conflicto. Eso le preocupó a Octavio, porque era posible que la atención se centrara en la obra que necesitaba adquirir. Trató de no pensar en ello, y dejaba que la respiración también ansiosa que le llegaba del extremo de la línea telefónica les distrajera. El subastador hace un pequeño anuncio, una pieza curiosa en su catálogo, que aunque no exenta de polémica, representa una mirada muy profunda sobre la naturaleza humana. Uno de los asistentes del orador, ataviado con un guante blanco levantó un pequeño libro, el cual abrió con mucho cuidado. Los ojos de Octavio brillaron.

—El artículo A32, representa una verdadera joya. Nuestros especialistas han verificado su autenticidad con severos estudios de grafología y documentación proporcionada por investigadores privados y el propio Museo de Berlín. Se trata de un nuevo manuscrito que el propio Carl Reinhardt reservó para sí. Parece dar más luces sobre el conocido Evangelio Apócrifo de María Magdalena.

Sobre la sala creció un rumor de voces que se hablaban a sí mismas. El propio Octavio sintió hervir su cuerpo. La voz del teléfono tomó fuerza.

—Lo deseo —dijo con un dejo de profunda excitación.

El director de la subasta no se ahorró halagos y detalles importantes, como el hecho de que el papiro había sido sometido a la consideración de Bergman Anthoine, el famoso erudito de Oxford, quien estimó que el hallazgo podría aclarar pasajes nebulosos de la vida de los cristianos primitivos.

—Qué podemos decir, excelentísimos amigos, esto apenas comienza —concluyó el moderador bastante excitado.

La subasta fue salvaje. Un empresario chino, con el que ya Octavio se había dado trabajo en pugnas casi personales, no dejaba de alzar su apuntador, y elevaba la subasta a los ciento cincuenta mil euros. La sala se fue quedando en silencio para servir de testigos en el duelo entre el español y el asiático. La voz desde el teléfono tronó.

—¿Qué mierda estás haciendo? ¡Acaba con ese *show*!

Octavio guardó silencio mientras el apuntador del chino se mantenía en el aire. El anciano director de la subasta, apuntó en dirección al español con su mazo y comenzó la cuenta regresiva para cerrar la venta en poco más de un cuarto de millón de euros. Octavio se levantó de la silla a punto de sufrir un infarto.

—Un millón por el papiro —dijo en perfecto inglés y rompiendo el protocolo de la puja.

—Vaya... francamente... levanta muchas pasiones este artículo —dijo el anciano arqueando el ceño. Luego miró al empresario. —Esperamos por su decisión.

El chino bajó el apuntador y lo puso en su asiento. Luego le dedicó una sonrisa y un saludo a Octavio y aplaudió contagiando al resto de la sala. Al día siguiente, todos los periódicos financieros de Londres recogerían en sus páginas la atípica anécdota.

6

La voz chillona de la recepcionista llamó la atención de los tres hombres en la sala de espera. El más viejo de ellos, con unos sesenta y tanto de años a cuestas se levantó al escuchar que pronunciaron mal su apellido. Fue hasta donde la pequeña mesa que servía de recepción y se acercó a la mujer que servía de anfitriona.

—Es Zitmann: Z de Zitmann —dijo con el pesado acento de un amargado profesor que no espera mucho de sus estudiantes.

La mujer se acomodó los lentes y resintió la llamada de atención. El único pensamiento que vino a su mente fue el titular de prensa que recién había leído y anunciaba el aumento del desempleo en el país.

—Disculpe usted, señor Zitmann —concentró todo su esfuerzo para que las últimas enes vibraran en el salón.

El hombre entró por la puerta de cristal, sin hacer otra concesión. Caminó hasta la puerta que tenía un pequeño letrero: AUGUSTO ZULOAGA - CARDIÓLOGO.

Abrió la puerta sin tocarla. El consultorio era grande y espacioso. Semejaba más una oficina de un alto ejecutivo que la de un doctor. En una de las esquinas estaba una gran escultura del tamaño de una persona promedio. Zitmann se acercó a ella y leyó el nombre inscrito en una placa de cobre. Tocó la escultura con verdadera devoción. Era un homenaje a Artemisa, diosa de la caza. Recorrió con sus dedos la obra, percibiendo en cada curva el esfuerzo exacto utilizado por el escultor para lograr aquella terminación. Cuando acariciaba los muslos torneados de la diosa, una voz retumbó en la habitación.

—Una verdadera obra de arte.

Zitmann se ruborizó un poco y volteó hacia la voz masculina. Puso la palma de su mano en su propio pecho y sintió latir fuerte su corazón.

—Una verdadera obra de arte es que hayas logrado que mi viejo corazón siga funcionando.

Ambos se abrazaron y miraron con especial intensidad. Augusto invitó a Zitmann a sentarse en el sofá. El gran ventanal daba a un jardín interior que le daba al lugar un halo místico.

—¿Cómo te has sentido? —preguntó el joven doctor desde un extremo del sofá.

—No me puedo quejar en lo absoluto. Un toro tiene menos ímpetu que yo.

—¿Se te ofrece un vaso de agua? ¿Quizás coñac?

Augusto se levantó del sofá y se fue hasta un pequeño perchero, se colocó una bata blanca y buscó el estetoscopio en su escritorio. Le pidió a Zitmann que fuese a una habitación cuya puerta se encontraba al final de un pasillo al lado izquierdo de la escultura de Apolo. Zitmann fue obediente y entró a la habitación, se quitó con calma su camisa, su pantalón y se colocó una bata azul que le dejaba una visión

amplia de su espalda desnuda. Antes de salir, Zitmann vio un armario de madera y quiso abrirlo. Su corazón vibró con fuerza ante la sola posibilidad de encontrar algo que le devolviera un poco la libido perdida. Decidió abrir la puerta con suavidad y pasó su mano por la ropa de Augusto, como si se tratara de la pieza que gobernaba visualmente el consultorio. Recorrió las camisas metódicamente dobladas, la ropa interior. Levantó una botella de perfume y lo acercó a su nariz. La imagen que llegó a su mente, fue la de un muy joven Augusto en plena faena deportiva, a unas horas de su prueba de iniciación. Zitmann se veía a sí mismo sentado en las gradas, entre nervioso y agradecido por haber sido elegido para tan noble tarea. Sintió una leve erección, pero su cuerpo fue incapaz de sostenerla. Se conformó con la nostalgia y el convencimiento de que aquello no era más que una misión sagrada.

Al salir, fue hasta la camilla y se sentó ayudándose de una escalera de dos peldaños. Augusto revisó primero sus ojos, boca y oídos. Luego palpó su espalda y pidió a Zitmann respirar con la máxima de sus capacidades. Este sintió el estetoscopio frío auscultando sus pulmones y pensó en cuánto cambian los lugares que ocupan las personas en la vida.

—Este fin de semana hay juego de rugby —dijo con la vista puesta al suelo.

—Lo sé —contestó Augusto sin dejar de seguir el protocolo de revisión—. En cuanto termine el acto de campaña saldré para la hacienda.

—Espero que tengas razón y Salvador sea nuestro hombre. Necesitas alguien a tu lado que represente nuestros valores, que logre exaltar tus virtudes y no que sea un lastre.

—Confía en mi criterio, es el hombre.

Zitmann volvió a respirar y se concentró en su cuerpo que ya comenzaba a deteriorarse sin remedio. Veía a Augusto y

un fragmento de corazón sintió envidia de la vitalidad de quien había sido su protegido. La otra parte de Zitmann rebosaba en orgullo y ansias porque Augusto tenía las cartas a su favor para ganar las elecciones. Aquello iba a significar el punto honorable a más de dos décadas de esfuerzos. Agradecía que aún tuviera vida para atestiguar ese momento. No muchos de quienes iniciaron la organización corrieron con la misma suerte, se dijo a sí mismo.

—Estás en perfectas condiciones —dijo Augusto colgándose el estetoscopio en el cuello—. De todas formas, pediré que te hagan un electro, por las dudas.

Augusto invitó a su paciente a cambiarse y este volvió al poco rato, ya preparado para partir. Ambos se acercaron sin coordinarlo hasta la estatua de Artemisa, que brillaba con la suave claridad que rebotaba desde el jardín interior.

—Ya comenzamos los preparativos. Trata de no llegar tarde. Esta vez tú guiarás la bienvenida —dijo Zitmann sosteniendo el antebrazo de Augusto.

Este se sobresaltó un poco, pero hizo lo posible para que no se le notara.

—Es un gran honor.

—De ninguna manera, ya viene siendo hora de que asumas ciertas responsabilidades. No estaré aquí para siempre —completó el anciano.

Augusto estaba francamente conmovido. Se abrazaron un tiempo que Zitmann sintió más corto de lo que habría querido. Volvieron a mirarse de frente y luego se hincaron frente a la estatua de Artemisa. Besaron sus pies, llamándola «Nuestra Señora».

Para Lorena, calcular las posibilidades que tenía de sobrevivir a un tiroteo dentro de los restaurantes que visitaba resultaba un pasatiempo ideal. Lo hizo a sus anchas mientras Pablo terminaba de bañarse y se decidía a bajar a cenar en el restaurante del hotel. Se sintió cómoda con la vista puesta en la entrada, sin acercarse mucho a las ventanas, y concluyó que en el peor de los casos podría usar la salida de emergencia para defenderse de una emboscada.

Utilizó su teléfono para revisar una que otra noticia de actualidad. Leyó que Paula Guzmán abría una nueva tienda de ropa en la capital de Arabia Saudita y que se había negado a contestar preguntas de los periodistas sobre el hallazgo del cuerpo de su hermana. Revisó las bandejas de entradas de correos y mensajería, pero en ninguna de ellas tenía respuestas a las continuas solicitudes hechas a Tina Fernández, la asistente de Paula.

El mesonero le trajo una limonada y volvió a ofrecerle el menú. Ella lo rechazó con cortesía. Siguió en la observación desordenada de las noticias en su celular y sacó un bolígrafo

en su bolso para anotar en su libreta un dato que no podía dejar pasar. Se convocaba para una gran manifestación en las afueras del tribunal electoral, para promover un adelanto de elecciones presidenciales. Consideró que podría tratarse de un hecho pasajero que concluyera ese día. Nada que modificara su hipótesis inicial. De igual forma se mantendría alerta y agregaría más datos en cuanto pudiera llegar a casa.

Pablo apareció un cuarto de hora después. Se notaba que había dormido y lucía despistado mientras trataba de encontrar a Lorena en el restaurante. Ella fue la que se percató de su llegada. Se levantó un poco y batió su mano en el aire. Él se dirigió con aire calmo y la saludó sin efusividad. Ambos ordenaron pescado a la plancha con vegetales. Pablo una botella de vino blanco y ella solo agua. Se quedaron en pausa sin saber por dónde empezar.

—¿Descansaste? —dijo Lorena apagando su celular.

—Traté, pero tengo la cabeza revuelta.

—No es para menos —Lorena tomó la servilleta de tela y la puso sobre sus muslos, luego finiquitó su limonada dándole un largo sorbo a través del pitillo.

Pablo se concentró en acomodar la sal y la pimienta y dobló varias veces la servilleta. Lorena lo observó con paciencia, y demostraba incluso que su tacto iba más allá de la mera consideración. Poco conocía de Pablo, pues desde la timidez que la caracterizó en sus años de estudiante, no se vinculó con prácticamente nadie, pero tenía un leve registro de quienes la rodeaban.

—¿Sabes cómo conocí a Silvana? —Lorena creyó que era hora de avanzar en los lazos. Pablo se espabiló porque creyó que lo único que iba a escuchar de su antigua amiga serían detalles escabrosos.

—Me gustaría escucharlo —respondió con ligero interés.

—Creo que fue en la segunda o tercera clase de introducción a la arqueología. Estaba muy nerviosa porque ese día exponía algunas teorías del poblamiento de América. Bueno, estaban todos sentados, ¿recuerdas que ella siempre estaba en los primeros puestos? —Pablo asintió con una ligera sonrisa cuya aparición a él mismo sorprendió—. Pues bien, estoy con el *video beam*, la computadora y encima la mirada del profesor. Bien, para variar nada funciona, no se proyecta ninguna imagen y comienzo a sudar, y a impacientarme, a punto del llanto. Entonces Silvana descruza los brazos y me dedica una mirada de verdadera compasión. Dice que la única ley que se cumple es la que el *video beam* siempre fallará. El salón entero estalló de risa. El profesor, amargado, cambió de expresión. Ella se levantó a ayudarme y logró encender el aparato. Tomé confianza y concluí sin problemas. Puede que sea tonto lo que te digo, pero fue algo muy significativo.

—Sí, ella solía hacer esas cosas —dijo Pablo.

—Nunca pude agradecerle, no como debía hacerlo.

Mientras cenaban comentaron sobre los tiempos pasados y hacían esfuerzos por recordarse mutuamente en uno que otro momento significativo de la vida de la universidad. Pablo supo que ella habría escogido estudiar antropología forense en el mismo semestre que él y Silvana acordaron dedicarse a la epistemología para siempre. Recordaron haber visitado la morgue de la ciudad. Ver el cuerpo de una niña de cinco años asesinada por una golpiza de sus padres drogadictos fue el punto común que dividió los destinos de Lorena y Pablo. Ambos se sorprendieron de que aquel acontecimiento resultara en una reacción tan disímil y disfrutaron mucho más la cena, sabiéndose que existían recuerdos que no los hacían tan lejanos.

Para la segunda botella de vino, Lorena se animó solo con una copa. Mientras la servían, recordó que Silvana siempre

significó mucho en su vida. Sentía una verdadera admiración, y no por el episodio del aparato electrónico, sino porque representaba a esa mujer que ella no era. Un espíritu seguro de su misión, inmune al temor que aqueja a las mujeres a quienes la televisión les presentó como modelo vidas ajenas e inalcanzables. Silvana reunía en esa cabellera roja y en el vestuario deshilachado, una capacidad para impactar en quienes le rodeaban.

Cuando Lorena sintió que los silencios de Pablo se hicieron demasiado prolongados, se excusó y pidieron la cuenta. Al despedirse en el pasillo, antes de entrar a sus habitaciones, Lorena le agradeció la escucha. Él le sonrió desde el umbral y luego desapareció al cerrar la puerta.

Pablo no pudo dormirse de inmediato. Se revolvió en su cama hasta que optó por levantarse y encender la televisión. Fue hasta el minibar y se trajo a la cama todas las botellitas que estaban a disposición.

Aprendió, mientras miraba un documental sobre alfarería china, que no siempre aquello que se rompe estaba condenado a perecer. Eso le gustó.

A la mañana siguiente Lorena y Pablo salieron juntos del hotel con destino al laboratorio de ciencias forenses. El vehículo recorrió la calle interna de la Universidad Central de Venezuela y los recuerdos entraron a través de las ventanas como si el auto hubiese caído sin remedio al océano. Pablo iba callado y trataba de que no se le notara su excitación por volver tantos años después a un lugar que significó tanto para él. Lorena podía darse cuenta de cuanto ocurría, pero en vez de interferir con algún comentario sin valor, dejó que aquel hombre resolviera en la soledad de sí mismo cuanto cabo suelto le hiciera falta anudar.

Al llegar a la Plaza del Rectorado, Pablo recorrió con la mirada el área descubierta desde donde es visible el edificio del Consejo Universitario. Ambos se percataron de que un grupo de estudiantes levantaban pancartas y hacían fila para entrar a un autobús de la universidad. En una de esas pancartas, que levantaban unas mujeres con pañuelos púrpuras en el cuello, estaban el nombre y rostro de Silvana. Había

mensajes de todo tipo. Pablo se quedó en uno: «Solo muere el que se olvida».

No pudo evitar recordar que, para Silvana, la universidad solo tenía sentido a través de la causa política. Su obsesión era desentrañar los mecanismos de injusticia social que atravesaban cada aspecto de la existencia. Era ella contra el sistema opresor. Su búsqueda era constante y la llevaba a establecer vínculos con quienes pensaba pudieran ayudarla. Cierta vez, recordó Pablo, invitó al pequeño grupo que le orbitaba a una reunión clandestina, en la que un profesor de Sociología explicaría las razones del por qué Bakunin era, a su parecer, el hombre más sabio que había nacido. Este profesor tomaba un pupitre y hablaba sin parar dos horas seguidas, mientras otro muchacho, un joven asistente, vigilaba la puerta. Silvana estaba extasiada, aunque el resto no compartía su entusiasmo. Asistieron unas cuantas veces más e incluso se sumaron en la elaboración de un periódico que imprimirían con ayuda de los grupos de izquierda que por vez primera, en doscientos años de historia republicana, habían llegado al poder. Pero todo se vino abajo cuando Silvana entendió que su fallido mentor, entre cháchara de colectivismo y una que otra poesía revolucionaria, quería seducirla. Así que reunió al grupo una tarde, les informó que ella ya no se sentía en un movimiento, sino en una emboscada para saciar la lascivia de la edad madura. Ese fue el fin del periódico y de la etapa anarquista. Luego pasó por el marxismo, pero terminó optando por el feminismo, que entendía como una etapa superior al socialismo.

Pablo volvió al presente, se acomodó en su asiento y no quiso mirar más. Muy quieto y con la vista puesta al frente suspiró entrecortadamente.

—Van al funeral. Quizá no lo sepas, pero Silvana es un icono en la universidad. En varias calles de Caracas te puedes

conseguir algún mural con su rostro —explicó Lorena mientras maniobraba para evitar algunos baches de la carretera—. Quizá después podamos venir, y tomarnos un café cerca de la escuela. Te va a sorprender lo deteriorado que está todo.

La voz de su acompañante se le hacía a Pablo cada vez más lejana. Deseaba evitar que su mente se saliera de control y se fuera a recorrer los pasillos, las aulas y los jardines de la mano de un pasado que seguía como una espina invisible clavada en el pulgar. Sacó de un bolsillo del pantalón, una botellita de *whisky* que había sobrevivido del minibar, la bebió de un trago con la vista al frente y comenzó a hablar.

—Ayer, antes de dormir, vi un programa en televisión.

La voz lacónica de Pablo advirtió a Lorena de su pésimo humor esa mañana. No hizo comentarios y esperó no se refiriera a un programa sobre cerámicas del cual soportó apenas diez segundos.

Él continuó.

—Puede que sea la historia de un misterio, o de un arte, nadie lo sabe con certeza. Lo llaman Kintsugi, o carpintería en oro. Se trata de una antigua técnica japonesa usada para reparar porcelana, aunque eso no sea completamente exacto. Es más, una filosofía, una perspectiva para apreciar la existencia.

Lorena se sintió perdida con el rumbo que iba a tomar el relato. Le sorprendió haber tenido razón con el programa de televisión, aunque evitó decir algo que perturbara la atmósfera. Pablo estaba un tanto abstraído y ella en un punto, llegó a creer que se hablaba así mismo. Quiso contribuir a la charla con algún comentario, pero Pablo apenas prestó atención y solo mantuvo su reflexión para concluir que la belleza o el verdadero valor de los objetos no se encontraban en su perfección, sino por el contrario, en sus defectos.

—En la aparente imposible reparación —dijo Pablo— es donde se vierte la mezcla de oro y resina. Se devuelve a lo ya muerto, una segunda versión de sí misma —concluyó al tiempo que volteó a ver a Lorena. Su rostro era de entera calma.

—¿De qué se trata esto?

—No entiendo ¿A qué te refieres?

—¿Qué intentas hacer? El laboratorio es mucho más cercano si bordeamos la universidad. Atravesarla nos retrasa. ¿Por qué esta puesta en escena? ¿Sabías que esos estudiantes iban al funeral?

—Ha sido una simple casualidad —Lorena apretó fuerte el volante y empalmó la última calle para salir de la Universidad.

—Ayer, al ver el documental, no pude sino pensar en esta invitación. En que insistieras tanto, en que estuvieses no sé... no lo tengo claro aún —Pablo detuvo su exposición, consumido por una expresión triste.

Lorena subió los hombros sin esconder su mueca de sorpresa. Apretó el acelerador y peleó con un motorizado que pasó rasante a la derecha del vehículo. Pablo inspiró para agregar algo más, pero se desinfló de inmediato y se recostó en su asiento. Se quedó allí en silencio hasta que llegaron al estacionamiento del laboratorio de ciencias forenses.

Al acercarse a la entrada, el vigilante de turno saludó a Lorena y se mantuvo pensativo en si dejarla estacionar o no, ya que decía que no había lugar, pero después de echar una ojeada a su alrededor y chasquear la lengua, le pidió que fuese breve. Ella se lo agradeció y lograron estacionar sin dificultad. Pablo notó la gran cantidad de espacios vacíos y le preguntó a Lorena sobre la actitud del portero.

—Tú sabes cómo son, el micropoder en escenas —respondió ella sonriente.

Ambos se dirigieron a la puerta de acceso, pero antes de entrar, Lorena detuvo a Pablo y le comentó que el ascensor no llegaba hasta la planta baja, por lo que sería mejor entrar por la escalera de emergencia hasta la segunda planta y de allí dirigirse al laboratorio. Pablo no opuso objeción y lo que hizo fue seguirla con obediencia. Subieron por una pequeña escalera que los llevó a una puerta coronada por un cartel que indicaba la salida. No había forma de abrirla. Lorena echó un vistazo hacia dentro de los pasillos y esperó a que alguien estuviese cerca para dar dos fuertes golpes. Pablo se mantenía a la expectativa sin intervenir demasiado. Un joven que vestía bragas y llevaba una escoba abrió la puerta y les preguntó qué hacían allí. Lorena se disculpó.

—Salimos a fumar y la brisa nos cerró la puerta —dijo.

El hombre arrugó el ceño y los miró de arriba abajo, sonrió y les dio paso.

—Vamos adentro.

Los pasos de Lorena se escuchaban seguros y decididos. Tronaban a lo largo del pasillo y transmitían un aire de formalidad ejecutiva a la sede. Pablo veía los letreros de las puertas, en donde podían leerse «Departamento de Fotografía», «Radiología», «Unidad de Archivo». Cuando llegaron a una puerta de madera con las palabras «Antropología Física», Lorena se detuvo.

—Necesito que prestes atención —su respiración estaba agitada—. Apenas abra la puerta camina hacia la derecha. Allí entrarás a un área donde de seguro habrá uno o dos escritorios, en ellos estará un hombre y una mujer. Emmanuel y Maryorit, son unos malditos relojes. Estarán a esta hora frente a sus computadoras en la redacción de algún informe. Necesito dos minutos. Entra allí y distráelos. Que te expliquen cómo llegar al cafetín.

—¿Dos minutos para qué? ¿Qué ocurre?

—Haz lo que te digo.

Lorena abrió la puerta de golpe y entró hacia una oficina que quedaba justo al frente. Pablo se quedó un segundo paralizado en el marco por el cambio de situación. Escuchó una voz femenina saludarle desde la dirección que le señaló Lorena. Pablo dio dos pasos hasta encontrarse dentro de una oficina administrativa. Un reloj digital marcaba las 9:34 de la mañana. La mujer repitió el saludo.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar?

—¿Eres Maryorit? —Pablo sintió que la voz le temblaba.

—¿Y usted es? —la mujer frunció el ceño.

Pablo se adelantó torpemente con la mano extendida y en la acción tropezó con un escritorio. Un portalápiz de metal cayó esparciendo bolígrafos en todo el piso. El otro hombre, que Pablo suponía era Emmanuel, apenas si se sintió aludido. Miró a Pablo y como no lo consideró una amenaza, volvió a ponerse sus audífonos y se perdió en el teclado de su computadora. Pablo se hincó para recoger el desastre mientras la mujer, que no había desamarrado su ceño de intriga, lo seguía con la mirada. Le comentó que era nuevo en el Departamento de Fotografía y que necesitaba llegar al cafetín.

—Hoy estoy solo en la oficina.

—No me digas que esos parásitos volvieron a faltar hoy. Me tienen harta con su incompetencia. Necesito culminar un expediente —Maryorit cruzó los brazos molesta.

—Quizás yo pueda ayudarte. Claro, después que vuelva del cafetín —sonrió Pablo levantando la mirada hacia el reloj de la pared.

—Eso me parece un buen gesto de tu parte. Ah, y puedes decirles a tus amigos cuanto pienso de ellos. No me interesa.

Maryorit se levantó de su asiento. No era muy alta y estaba un tanto pasada de peso. Su cabello ensortijado estaba

apenas sostenido por un gancho de metal, y su rostro revelaba que el maquillaje no era una prioridad para ella. Lucía agotada, como si no hubiese tenido un sueño reparador en muchos días.

—Escúchame, vas a salir por donde entraste, a tu izquierda verás unas escaleras.

La puerta del departamento se abrió con un estrépito tremendo que interrumpió la conversación. Maryorit saltó hacia la entrada preguntando qué ocurría. En cuanto vio al hombre que había entrado su tez perdió color. El comisario en jefe de la Policía Científica se dirigía hacia la puerta de la coordinadora del departamento, seguido por dos policías más. Maryorit se fue detrás y Pablo la siguió.

Lorena sintió el crujir de la puerta contra la pared y sacó el disco duro portátil de la computadora. Escaneó la oficina en un segundo y entendió cuáles serían sus próximos pasos. El comisario en jefe abrió la última puerta que lo separaba del rostro imperturbable de Lorena.

—¿Qué haces aquí? ¿Te dije o no te dije que te tomaras vacaciones, un año sabático, un permiso remunerado permanente?

—Sí, jefe, es lo que hago. Solo vine por esto —levantó un matero en donde estaban sembrados unos cuantos cactus— Son como mis hijos.

El comisario tenía el rostro enrojecido. Uno de los que habían llegado con él, se acercó a su oído y le recordó lo que había dicho la jefatura de recursos humanos sobre su carácter y las demandas que ya comenzaban a hacerse inmanejables por parte de la dirección legal. El comisario respiró y dio paso a una sonrisa forzada.

—Mire, señorita Díaz, la paciencia se me agota. La concesión que he hecho con usted, de tenerla aquí a pesar de su condición, ha sido solo por sus notas y desempeño

académico. Enfóquese. Lo que menos quiero ahora es que esta unidad científica, repito cien-tí-fi-ca, se convierta en un nido de chismes y de teorías absurdas.

Lorena guardó silencio en todo momento de manera muy respetuosa. Sabía que un paso en falso la retrasaría en su ruta. Así que asintió solemne y con la docilidad más ajena y extraña que hubiese sentido nunca.

—Prometo que seguiré al pie de la letra sus órdenes —expresó tomando el cactus y abrazándolo con fuerza. Ella trató de abrirse paso, pero el comisario habló primero.

—Espere un momento.

Le pidió a una oficial que llegó con él que revisara a Lorena en busca de algo que pudiese haberse llevado. Pidió además su teléfono y le ordenó a otro policía que lo revisara. Lorena se sobresaltó un poco, aunque mantuvo a raya lo que habría querido hacer o decir.

—No puede quitarme mi teléfono.

—Ah, ya, deje la alharaca. Se lo entregaremos en la recepción en unos minutos.

Pablo se escabulló apenas Maryorit le perdió de vista y corrió por las escaleras que había subido unos minutos antes. La oficial que revisó a Lorena terminó la inspección y dio un paso atrás. Lorena comenzó a caminar para salir de la oficina con dirección a la sala de espera de la recepción. El comisario en jefe caminó tras ella para supervisar que se montase en el ascensor junto a unos oficiales que la escoltarían. Antes de que entraran le gritó desde lejos y olvidando las formas que deben cuidarse en el entorno laboral:

—Ah, y este consejo es gratis: no vea tantas películas. La vida real es otra cosa.

En la planta baja del edificio del Laboratorio de Ciencias Forenses, el ritmo era el habitual. Personas que llegaban hasta la recepción se identificaban como miembros de la institución e ingresaban. Otros tantos hacían preguntas sobre familiares desaparecidos. Era usual que se confundiera dicha institución con la morgue de la ciudad. Los recepcionistas ya estaban habituados y respondían con un fastidio automático mientras sus mentes estaban en alguna aplicación telefónica o en la lectura vaga de alguna página web dedicada a los deportes o la farándula. Los dos policías que custodiaban a Lorena se mantenían de pie. La escena no llamaba la atención, ni parecía algo fuera de lo normal a no ser por el cactus. Pablo, desde la acera, se sobaba las manos y sentía la incomodidad crecer dentro de sí.

Un hombre de camisa azul celeste y corbata se acercó hasta los torniquetes que posibilitaban el paso a los ascensores. Hizo un gesto para llamar a los oficiales, quienes se acercaron con Lorena. Le entregaron un paquete que ella abrió, sacó su celular y de inmediato salió del edificio. Cuando se

cruzaron, Pablo esperaba que le dijera algo, pero ella caminó silente en dirección a su carro. Con el esfuerzo de quien debe suponer cuál sería el próximo paso, la siguió.

Una vez dentro del carro, Lorena no lo encendió. Pidió a Pablo sostener el cactus y rebuscó algo en sus raíces. Sacó un pequeño disco duro, le sopló la tierra y lo metió en su sostén. Luego prendió el carro y dio la vuelta en el estacionamiento. En la puerta le entregó el cactus al vigilante, no sin antes sugerir que podía metérselo por el culo al comisario en jefe. El automóvil despegó con un chirrido sobre el asfalto que hizo saltar una ligera nube de humo.

Lorena revisó la hora en el tablero. Aún estaban a tiempo para asistir al funeral. Tomaron la autopista zigzagueando con violencia. A medida que iban acercándose a las estrechas calles de la urbanización que servía de antesala al campo-santo, el flujo vehicular se hizo más denso. Vieron algunas camionetas de canales de televisión estacionadas a lo largo de la entrada y unos cuantos autobuses universitarios. La gente se bajaba de los vehículos y caminaba hasta la capilla donde se llevaría a cabo la ceremonia. Estacionó como pudo, muy cerca de una venta de flores. Caminaron junto a grupos de estudiantes que pedían justicia, pasaron cerca de las cámaras de televisión que entrevistaban a unos cuantos que aseguraban haber conocido a Silvana, y el corazón de Pablo se detuvo cuando vio a Antonio Guzmán, el padre de Silvana. Lucía raquítico y desmejorado, como si ya hubiese desistido de seguir en la Tierra. Cuando Pablo se fue del país, no se despidió de él ni de nadie. Creyó que Antonio, al ver ese fantasma, iba a lanzarse contra él a puñetazo limpio para comprobar si era tan real como el dolor de la trágica muerte.

Lorena se quedó a unos pasos del féretro y aupó a Pablo a encontrarse con su pasado. Cuando estuvo frente a Antonio este reaccionó estrechando la mano con la derecha

y palmeando el hombro del recién llegado con la izquierda. Entonces subió los ojos y ambos cruzaron sus miradas. Los ojos de Antonio brillaron, no había en ellos resentimiento, ni reclamos. La grata sorpresa generaba en su cuerpo una tensión justa para transmitir lo que sentía.

Se abrazaron y detuvieron una fila que había funcionado con meticulosa cortesía. Los presentes fueron conscientes de la importancia del encuentro. Pablo dejó que el ritual continuara, y le dijo que más tarde hablarían con calma. Antonio accedió y lo despidió para seguir en el recibimiento de palabras de aliento.

Pablo se acomodó a un lado en silencio, mientras buscaba en su memoria alguna situación que le hubiera gustado compartir de nuevo con Silvana. Hubiese querido regresar con ella de nuevo y reírse de las preguntas crueles que les hacían a los profesores inexpertos que se atrevían a tratar con aquellos jóvenes soberbios. También comentarle que en su largo recorrido hasta Chile, pensó mucho en Bolívar y en aquellos que le siguieron por los páramos y pantanos, en busca de algo que no podía tocarse o verse. Un concepto ajeno para ellos, que solo podía adquirir carne y sustento en las palabras emotivas que el Libertador tenía que dar cada vez que el cansancio o las fiebres aceleraban el decaimiento de la moral de sus hombres y mujeres. ¿Qué lleva a los humanos a saltar al vacío?, hubiese querido preguntarle a Silvana, echados de nuevo en la grama de Tierra de Nadie, viendo las nubes moverse mientras esperaban la hora de la cena.

Levantó su mano y tocó la madera. El féretro estaba cerrado, porque ya nada había allí que representara las facciones o gestos de una mujer. Miró una gran fotografía en blanco y negro del rostro de Silvana que reposaba en un cabellete de madera. Estaba adornado con flores multicolores, y

sus años de nacimiento y entierro: 1981-2017. Pablo pensó en que ella cumpliría 36 años.

¿A qué se habría dedicado, dónde trabajaría, estaría casada o con hijos? Pablo había evitado las fotografías de Silvana y se había conformado durante poco más de una década con el recuerdo que su memoria guardaba de ella. Pero en ese momento, saber que Silvana reposaba en un lugar seguro le proveía la capacidad de poner su mente en otra cosa.

Una turba de muchachos veinteañeros irrumpió en la capilla con cánticos y elevando su algarabía hasta los niveles donde ya no se quiere alivio, sino recuperar la dignidad a través de algo más que unas coordenadas adonde llevar flores los domingos. Decían que Silvana seguía con su cabellera roja inundando de furia cualquier causa justa. Pablo fue hasta la fotografía, la tocó y luego salió de la capilla.

No acompañó el traslado del cuerpo hasta el camposanto. Se preguntó si acaso Silvana hubiese optado por la cremación, pero no recordó que hubiesen hablado de ese asunto. Se encontró con Lorena en un rincón donde servían café y sándwiches a los asistentes al funeral. Bebieron café negro, al que habría querido agregar algo de vodka. No hablaron de nada que tuviese que ver con Silvana. En vez de eso, Lorena señaló hacia unas grandes residencias que ella aseguraba habían sido objeto de un fraude inmobiliario.

—Llegará un momento en que no habrá en Caracas donde enterrar a nadie y el cementerio terminará llegando a la puerta principal de esos lujosos edificios —dijo Lorena mientras entrecruzaba los brazos.

Pablo miró hacia el horizonte y pensó en el futuro que ella describía. Le preguntó si ya podían irse. Ella se negó. Decía que era una buena oportunidad de pasar algún tiempo con Antonio y quién sabe si en conjunto recordar algún tipo de detalles que ayudaran a resolver el caso. Él asintió y aguardaron

hasta que la ceremonia concluyó. Vieron a Antonio Guzmán caminar acompañado de sus amigos. Lorena se acercó junto a Pablo y propusieron llevarlo a su casa.

Llegaron a El Barrio, como Antonio Guzmán llamaba a su utopía. Era una urbanización de casas de poco más de ochenta metros cuadrados, junto a un patio trasero de igual tamaño para la cría de pequeños animales de corral y la producción de algunos víveres y hortalizas. En el acto de inauguración estuvo el propio presidente de la República, quien les encomendó a todos: fuesen el modelo a seguir para los que vendrían: las primeras semillas del nuevo mundo. Entraron a la casa de Antonio y allí aprovecharon de tomar café mientras él les comentaba que muchos de los habitantes originales habían vendido sus casas y se habían ido a vivir fuera del país.

—Muy pocos entendieron de qué se trataba esto. Echaron cemento en los patios de tierra y se dedicaron a vender baratijas que traían de Colombia. Otros se fueron del país. Quedaron las casas, pero nada de la vida comunitaria —se lamentó Antonio entre cada sorbo.

Pablo recorrió la casa y consiguió fotografías de Silvana, Paula, y la madre de ambas, Ángela. Se sorprendió un poco al ver una fotografía de Eloísa, su exnovia, junto a Antonio, en alguna playa o sonrientes frente a la casa en la que se encontraban.

—Estuvimos juntos cinco años, luego de que Ángela muriera. No lo habría logrado sin ella —comentó Antonio acercándose a Pablo—. Terminó la carrera y se fue a una maestría en la Sorbona. Al principio nos escribíamos, pero ya poco a poco las cosas se enfriaron. No supe más de ella en cuanto su abuelo enfermó y se hizo cargo del negocio familiar. Hablábamos mucho de ti, te quiso mucho. Estoy seguro

de que le habría agradado verte. Creo que sigue vendiendo obras de arte y reliquias en Europa.

—Me gustaría volver a verla, aunque fuese unos minutos al menos —dijo Pablo—. No conservo ninguna amistad de esa época.

Ambos se quedaron un momento en silencio y un cristofué se paró en la ventana.

—¿Y a Rony ya lo viste?, vive aquí en la urbanización —dijo Antonio mientras se levantaba de la silla.

Antonio salió con Pablo a la puerta de la casa y le señaló una que se hallaba a unos cincuenta metros. Lorena se había sentado en el sofá y hacía en silencio anotaciones en su teléfono, prestando máxima atención a la conversación. Sentía que aquel no era el lugar ni el momento para interrogatorios. Solo se limitó a escribir nombres en su aplicación que servía de libreta de anotaciones. Pablo le pidió que esperara y fue en busca de Rony.

Tocó dos veces la puerta. Un niño de diez años se asomó por una de las ventanas y miró a Pablo. Este le preguntó por Rony y el niño llamó a su padre a los gritos. No pasó un minuto cuando se abrió la puerta y pudieron verse los viejos amigos. Se abrazaron y hablaron casi una hora. Rony lo invitó a conocer su casa y familia, a los dos niños varones y una pequeña niña de tres años. No dijo nada sobre su esposa y Pablo tampoco quiso importunar. Lo llevó hasta el patio y le mostró el sembradío. Estaba muy orgulloso y se tomó un tiempo en explicarle cómo hacía para tenerlo productivo. Decía que era una misión militante cosechar su propia comida y que no le iba a dar el gusto de que lo vieran derrotado. Pablo preguntó por Monopunk. Rony subió el ceño.

—¿Realmente no sabes nada?

—¿Qué tendría que saber?

—Monopunk está preso desde hace once años. El muy demente estaba convencido de que la desaparición de Silvana era culpa de las transnacionales. Voló la esfera Pepsi que estaba en el rascacielos de Plaza Venezuela.

—Pero, ¿cómo pudo hacer algo así?

—Te diré lo mismo que a los pacos: «No tengo la más puta idea». Detrás de la heroína y el crack, el hombre guardaba un pequeño genio, uno muy inusual.

Rony le sirvió un jugo de limón con papelón y se sentó con él en la sala. En la desordenada mesa que se hallaba frente a ellos, estaba un pequeño mazo de cartas. Pablo las tomó y sonrió.

—¿Me estás jodiendo? ¿Todavía juegas?

—Con la crisis económica he conseguido trabajo con compañías fuera del país. Ellos me envían sus videojuegos de prueba y yo les paso reportes sobre fallas. No pagan mucho, pero me permiten resolver lo que deja por fuera el huerto familiar —respondió Rony, sentándose al borde del sillón.

Tomaron un sorbo de jugo y quedaron de pronto desinflados, como si ya lo que los unía se hubiese agotado. Pablo le preguntó si había estado en el funeral. Rony negó con la cabeza, sentía que no tenía ningún sentido llenarse de esas energías. Que su tributo para con Silvana era no dejarse vencer por el sistema. Cuando se despidieron, Rony se quedó en la puerta y le preguntó a Pablo qué haría por la mañana. Este le respondió que ya le tocaba volver a Chile.

—¿Y piensas regresar algún día?

—No lo sé, es probable, no he pensado en eso.

Antes de alejarse, Pablo volvió la vista y quiso decirle a Rony que había sido un gusto volver a verle, pero este ya había entrado en su casa y cerrado la puerta. Quedó entonces en la oscuridad de la calle, débilmente iluminado por unos

faroles de luz tibia que no le brindaban ningún calor mientras caminaba de vuelta a casa de Antonio.

Por supuesto, algo había obtenido Lorena de la visita, sobre todo de la conversación que sostuvo con el señor Guzmán mientras Pablo visitaba a Rony. Al pobre viejo se le aguaban los ojos al recordar el pasado. Lorena llegó a creer incluso que sirvió para liberar algo de la presión contenida. Antonio recibió con alivio la noticia de la aparición de su hija. Decía que no existe mayor crimen contra los inocentes que la ignorancia.

—Ver huesos o leer los escabrosos y lacerantes informes de la autopsia —le explicó a Lorena—, no se comparan con el vacío interno que genera desconocer el paradero de esos seres que llamamos hijos e hijas y que no suman años, ni centímetros, ni experiencia a su vida, pues siempre serán en el corazón de sus padres esa criatura frágil e inmensa que abandona el vientre para irse a reposar y sostener en los brazos paternos. Mi hija salió de la oscuridad y del silencio. Ahora dejaré de buscarla en la sombra de los recuerdos.

Lorena reconoció que más que paz, las palabras de Antonio le provocaban una profunda ira. Se preguntó si acaso aquel anciano no deseaba saber quién asesinó a Silvana, si no deseaba que esa persona pagara por su crimen. Lorena no podía suponer que la única paz que deseaba era tener un lugar al cual llevar flores. Trató de no lanzarlo contra las cuerdas, de no tensar las emociones de ese pobre y atolondrado sujeto, pero le fue imposible resistir preguntarle si acaso no esperaba que se hiciera justicia. Antonio asumió la respuesta con la calma de esos a quienes ya solo les resta esperar porque la muerte los lleve a la nada.

—Detective Díaz, cuando Silvana desapareció me sumé como muchos otros en su búsqueda. Lo más doloroso era visitar una y otra vez la morgue y chocar con cadáveres

desconocidos para mí. Durante muchas veces rogaba por no ver su rostro al abrir la mortaja. Pero luego, después de los insomnios, de los dolores en el pecho cada vez que el teléfono repicaba en casa, de mentirle una y otra vez a mi esposa sobre Silvana, rogué por ver su carita allí, dormida para siempre sobre el plástico de esas bolsas negras. No quiero negarle que deseo que descubran al responsable. Evitar que otros sufran un destino semejante. Pero, míreme donde estoy. Vivo en un sueño roto, lleno de fotografías y hablando con extraños sobre lo que ya no existe. ¿Acaso puedo o merezco ser señalado por desear un poco de paz?

Cuando Pablo llegó de vuelta y le pidió irse, ella estuvo de acuerdo. Abrazaron a Antonio y se subieron al vehículo. Lorena no hizo preguntas en el viaje de retorno al hotel, aunque si solo hubiese ido más allá de las previsiones que le imponía su sentido de la oportunidad, Pablo no habría tenido reservas para confesarle que, al recorrer la utopía devastada de Antonio Guzmán, supo que los humanos no eran tazas o vajillas; que no era porcelana la que los recubría sino esa fina cubierta que sirve para el dolor o para el placer a partes iguales. Que no existía nada, ni técnica, ni reflexión que lograra sellar las fisuras que se abren por el solo ejercicio de vivir y que estaba seguro de que la vida, en sí misma, era la mayor afrenta que le hacíamos al vacío. «La originaria e indeleble cicatriz», la llamó Pablo para sí.

Sobre el cómodo y casi imperceptible rumor del avión privado, Paula dormía. Tina tecleaba en su computadora portátil en el asiento de enfrente. De vez en cuando levantaba la vista de la pantalla solo para corroborar que las cosas marcharan en orden. La auxiliar del vuelo pasaba cada veinte minutos para ofrecer alguna bebida. Tina la despachaba con una sonrisa, aunque a veces aceptaba un suave vino de primavera, solo para rozarle los dedos mientras tomaba la copa o la servilleta. La sobrecargo sentía la energía punzante de Tina, pero se mantenía firme porque prefería mantener su trabajo a dejarse arrastrar por una indiscreción que la sacaría de la rotación de vuelos trasatlánticos. Pero Tina no tenía muchos deseos de seducir hasta el final, solo se divertía, así como sentía que lo hacían con ella. Un espasmo de tristeza le golpeó el estómago al recordar la dureza con que Paula la maltrató aquella vez. Rodeada de lujos y en la observación atenta de la ciudad, entendió que había sido un error involucrarse de esa manera con sus empleadores. Aunque a esas alturas no podía hacer nada, había abandonado los

prejuicios y cada día la palabra «deberes» se expandía a fronteras en las que la esclavitud estuvo anclada por centurias. Se había embarcado en un crucero anónimo a la entrada de sus veintes, y ahora, a punto de saltar a la tercera década, era consciente de la velocidad y temeridad con la que manejaban el timón de su vida.

Tina vio a Paula revolverse en el asiento y balbucear dormida. Con ligereza acomodó su manta y reclinó mucho más el espaldar para garantizar la comodidad de su jefa. Cerró por completo la ventanilla y la dejó descansar. Volvió a sentarse y decidió que también era una buena idea relajarse. Cerró la laptop y la puso a un lado, sobre una caja que lucía como las que se usan para regalar bombones. Solo que, a diferencia de dulces, guardaba un revólver cromado que el príncipe heredero le había enviado a Augusto, con el firme propósito de enseñarle que Arabia Saudita era mucho más que petróleo y edificios futuristas.

Llegó en una camioneta negra, escoltado por otros dos vehículos y algunas motos. Era la primera vez que Augusto Zuloaga iba a esa zona depreciada de Caracas, un barrio tan pero tan al oeste que casi podría considerarse imaginario, fuera de toda previsión. Ese día se había vestido con unas buenas botas de *camping*, un *blue jean* y una camisa blanca con delgadas costuras azules. A pesar de lo que le recomendaron sus asesores, no usó protector solar, porque no habían conseguido el transparente, y corría el riesgo de quedar con una capa blanca en la cara que lo haría lucir terrible en las fotografías.

«El país no consiente sujetos afeminados», recordó que le explicaron los consultores de opinión que contrató, quienes insistían en que Venezuela jamás iba a abandonar el culto a los liderazgos de hombres que transmitieran un cierto aire militar. Él no provenía de ese mundo y no le interesaba, pero contaba con un buen metro ochenta centímetros, una espalda y hombros anchos resultado de años de ejercicios en los campos de rugby cercanos a Caracas. Esa era su armadura,

la capacidad de mimetizarse en las emociones ajenas. Sentía que no tenía de qué preocuparse.

No obstante, esa mañana estaba disperso. Caminaba junto a algunos habitantes de la zona que salieron a recibirlo y apenas prestaba atención al líder comunal que lo guiaba para enseñarle que el gobierno no atendía el estado de las cloacas y tampoco recogía la basura. Augusto lo oía sin escuchar, y usaba sus recursos mentales para hacerles creer que su atención estaba allí. Incluso en uno u otro momento, casi como obedeciendo a un patrón daba una orden a algún asistente para tomar notas y expresó con voz fuerte y definitiva que esto o aquello era lamentable y que pronto todo cambiaría.

El recorrido pudo haber durado una hora más, de no ser porque un grupo contrario esperaba a Augusto en lo alto de una colina. Lo acusaban de llegar con simpatizantes foráneos y le gritaban que se fuera. Lanzaron algunos huevos que impactaron contra los escoltas, quienes hacían enormes esfuerzos por evitar que se manchara la camisa blanca de Augusto. En lo alto de la colina, una mujer lideraba la pequeña protesta. Augusto le preguntó a uno de sus asistentes si la reconocían, pero ninguno supo responder de manera afirmativa. Al poco rato, sin que fuese posible lograr que se apaciguaran los ánimos, Augusto decretó la retirada.

Lejos de alterarse, en su mente solo estaba presente el juego de rugby. Prefería perder cualquier pauta en su agenda excepto aquella cita. En cuanto se subió de nuevo a su camioneta y se limpió el sudor con unas toallas húmedas que le proveyó su chofer, pidió ir hacia la finca cuanto antes. En el camino revisó su celular y le escribió a Paula. Temía que coincidiera su llegada con la protesta que se estaba organizando para el tribunal electoral. Zitzmann también le había escrito preocupado por su asistencia. Le informaba que Salvador llegaría luego de cumplir con un pequeño compromiso

y que tratase de no llegar tarde. Augusto contestó el mensaje, cerró su celular, y se recostó mirando por la ventana como los árboles se fundían en una masa verde cuando volabas a ciento ochenta kilómetros por hora.

El controlador de vuelo esperaba dos aviones privados ese día. Uno se había reportado con buen rumbo y tiempo sobre el Atlántico. El otro ya había arribado escasos veinte minutos antes. Tal y como lo habían solicitado en el protocolo, y quién sabe si halando uno que otro hilo, informaron que el avión pasaría directo a reabastecer combustible y que despegaría en cuanto cumpliera su agenda en tierra. El controlador no hizo preguntas extras y se mantuvo apegado a su actividad de registro y monitoreo. Se levantó a buscar un poco de café y echó un vistazo a la pista. Los operadores de rampa ya estaban cerca del avión y procedían a cumplir con sus tareas. También se aproximaban dos automóviles hacia el avión. El controlador puso a calentar la bebida para darse más tiempo en la observación de cuanto ocurría. Un hombre vestido con una chemise azul, lentes de sol y pantalones beige baja de uno de los vehículos en el momento en que otro desciende por la escalera de la aeronave. El que está en tierra recibe en sus manos una caja mediana, y cada quien retorna por donde vino. La escalera del avión vuelve a elevarse, el auto

se enciende, y justo en ese momento, la máquina del café suelta un chirrido que hace saltar al controlador. Se sirve café y vuelve a sentarse frente a la pantalla de su computadora de navegación.

El campo de rugby estaba impecable y bien podado. Zitmann se había mantenido expectante desde el día anterior y no cesó un minuto en darles indicaciones a los jardineros y al equipo logístico para que nada fallase. El equipo de Zitmann, además de reunir a grandes jugadores profesionales, mantenía en sus filas a contendientes de alto perfil no solo en lo deportivo. Capitanes de grandes grupos económicos, diputados, gobernadores, directores de cine o figuras del mundo del espectáculo. Todos tenían en común haber transitado por esa cancha. La mayoría de su plantilla era reclutada en colegios de gran prestigio o tenían su cupo desde el vientre materno. Para muchos, el equipo de rugby de Zitmann era considerado la mejor escuela para disciplinar el carácter y garantizar que los intereses personales siempre estuviesen alineados con los del círculo más extensivo de las familias.

Un muchacho encargado del *catering* se acerca a Zitmann, quien ocupaba una silla con la vista panorámica del campo vacío. Le informa que los jugadores han comenzado a llegar

al vestíbulo y se han cumplido sus indicaciones de enviarlos directamente a los camerinos. Le pregunta por Augusto y el muchacho correctamente uniformado asiente, agregando que el señor Di Mattias también había llegado.

Zitmann se retira en dirección a los camerinos sin siquiera mirar o agradecer la información del mesonero. En el trayecto pasa por un pasillo donde hay fotografías de las distintas alineaciones que han tenido los equipos a lo largo de los años; algunas con más premios que otras en las canchas, aunque fuera de ellas ninguna perdió nada. Para Zitmann, el éxito se encuentra en el uso de la red. Con los desconocidos prefiere la frase «Trabajo en equipo». Para sí mismo, es un regalo, un reconocimiento a su entrega fervorosa, una recompensa para la fe.

En un corredor desde donde es visible la entrada de la finca, Zitmann se detiene para observar dos automóviles negros que se detienen. Ve a Salvador Di Mattias descender de uno y darles indicaciones a sus ayudantes. Uno de ellos lleva una caja y el otro un bolso deportivo de tamaño mediano. El personal de protocolo, tal y como fue instruido, le indica a Salvador que solo él puede entrar. «Ellos se encargarán de la caja», grita Zitmann desde lo alto. Todo se paraliza y vuelven la vista al hombre que observa desde las alturas. Salvador saluda. Se quita los lentes de sol y luce nervioso, algo cansado. Sus escoltas se retiran y queda solo en el *lobby*. Ambos se encuentran frente a las puertas de cristal y madera.

Se dan la mano y después de un breve abrazo, Zitmann guía a Salvador por los pasillos, en dirección a los vestuarios. Cuando llegan, los reciben once jugadores.

—Bien, Salvador. Siéntete como en casa. Augusto será el capitán el día de hoy. Para lo que necesites, él te ayudará.

Augusto asiente como un niño recién ingresado a la secundaria. Usualmente es más altivo y soberbio, pero en ese vestidor se siente un poco disminuido y sin la jerarquía que le permite dar órdenes según le convenga. Augusto, en interiores, da un paso al frente y le muestra un armario para que coloque sus pertrechos. «Dentro está el uniforme», le dice. Luego continúa vistiéndose. Zitmann aprovecha para salir y dejar que la dinámica se desarrolle sin su intervención.

Salvador comenzó a desvestirse bajo la mirada de todos. La acumulación de la atención en su cuerpo le provocó una molestia nunca conocida. El grupo lo miraba en silencio y seguía cada paso.

—¿Van a quedarse mirándome? —dijo con un timbre nervioso que intentó enmendar.

—Anda, que no tenemos todo el día —Augusto inyectó mayor tensión.

El resto de los compañeros seguían desnudos en espera de que Salvador diese el primer paso. Este respiró y trató de no lucir como si arrastrara algún trauma infantil. Se quitó la camisa, luego la franela blanca que llevaba debajo. Desajustó su correa en el mismo momento en que se quitaba los zapatos usando sus propios pies. En un momento estuvo a punto de perder el equilibrio, y tuvo que sostenerse de la banca de madera frente a él. Nadie movió un músculo para sonreír o molestarse. Lucían como figuras de cera cuyos ojos como dardos iban directo a su cuerpo. Se bajó el pantalón y lo dejó a un lado. Aprovechó para comenzar a colocarse el uniforme. Augusto lo detuvo.

—Tienes que quitarte todo, son las reglas.

Salvador miró al resto esperando en ellos algo que diese pistas sobre la veracidad de lo que escuchaba. Quiso irse, pero estaba tan cerca ahora que desistir sería considerado por sí mismo, cuando todo pasara, un gran acto de cobardía.

Empezó a bajarse el interior y dejó al descubierto su pubis y los vestigios de unos vellos negros que recién había cortado.

—¡Es broma! —tronó Augusto, con un severo ataque de risa. El resto lo siguió con estrépito—. Puedes hacer lo que te dé la gana, Salvador, es nuestra regla: haz tu voluntad.

Augusto le dio una palmada en el hombro y fue a vestirse. Salvador sonrió sacándose de encima los nervios.

—Me han dado un gran susto, claro que me lo han dado —y al levantar los ojos se percató que ya nadie estaba pres-tándole atención.

El equipo contrincante había llegado al campo. Salvador vio a Zitmann sentado en la grada junto con otro sujeto. A una distancia de diez metros un muchacho del *catering* aguardaba por cualquier instrucción. Augusto se acercó a Salvador para preguntarle qué posición quería jugar. Respondió que usualmente jugaba de delantero. Augusto estuvo de acuerdo, tuvieron una pequeña reunión donde Augusto alentó a todos a pasarle por encima al oponente sin mostrar un mínimo de piedad. Quería jugar al máximo de velocidad y pedía no dejar caer el balón. Desde un lateral los árbitros se sentaron y uno de ellos tocó el silbato para comenzar. Augusto se fue a la banda para comenzar el juego.

El ritmo fue ligero al principio. Salvador se desenvolvía bien y actuaba con rapidez en la ofensiva e incluso cuando debía pasar a la defensiva. Estuvo cómodo al principio, como si hubiese jugado junto a ellos desde hace mucho tiempo. No pasó mucho tiempo antes de que el sentimiento que lo invadió en el vestuario regresara. Sucedió luego que un defensa del equipo contrario obstruyera su avance y él decidió no solo no dejarse caer sino mantener la posesión del balón. Se preparó para resistir la embestida enemiga mientras esperaba que su equipo sumara fuerzas a su intento y así avanzar. Lo que vino fue distinto.

Alguien lo tomó de los pies y eso lo hizo caer boca arriba. Esperó con particular ansiedad el sonido del silbato para detener las acciones. Nunca llegó. Lo que sí vino fue que sobre él comenzaron a aglomerarse uno tras otros jugadores propios y extraños. Como pudo soltó el balón, sin que eso modificara lo que ocurría. A ninguno le interesaba ir tras la pelota, sino arremolinarse de manera violenta sobre su pecho. Comenzó a sentir que se le agotaba el aire, y un pánico de claustrofobia le hizo gritar hasta que se sintió iba a desmayarse.

Poco a poco, comenzaron a quitarse de encima y Augusto lo levantó como si fuese un pequeño muñequito de papel. Le dio dos fuertes bofetadas mientras le gritaba riendo «¿Está bien, soldado? ¡Responda, soldado!». Le alcanzó algo de agua y le dio de beber. Salvador recuperó el aliento y aunque estaba confundido por lo que ocurría. «¿Puedes continuar?», preguntó Augusto. Recuperó el aliento, se sacudió el mareo y dijo que sí podía seguir.

El juego prosiguió y la violencia de las arremetidas también. Después de una embestida particularmente sucia, Salvador lanzó puñetazos al aire, no tanto por rabia sino por un gesto animal, instintivo y desesperado. En aquel campo, todos los miraron como si desearan despedazarlo. Sintió miedo y pudo haber abandonado. Pero estaba allí para demostrar que deseaba ser el compañero de Augusto en la carrera presidencial. Cualquier sacrificio valía la pena, incluso si en eso se le iba la vida y un par de dientes. El árbitro se acercó y constató su estado físico. La sangre le chorreaba por la nariz, un hematoma crecía en su párpado derecho y tenía una ceja abierta.

—¿Quieres continuar? —preguntó Augusto de nuevo. Salvador escupió al piso una mezcla de saliva y sangre.

—Más que nada en el mundo —contestó.

Pablo se revolvía en su cama. El sueño fue plácido en un principio, con las imágenes de un salón de clases conocido y la estampa de una pizarra blanca al fondo. Los pupitres estaban vacíos o cubiertos neblina. Estaba sentado en la primera fila con la vista puesta en la pizarra. Escucha a sus espaldas que una puerta se abre para luego cerrarse con un estrépito. Quiere voltear, pero no logra hacerlo. Debe esperar que los pasos que se aproximan revelen quién ha entrado en el salón de clases. Era Silvana, vestida con una blusa blanca y una falda de gabardina que le cubría las rodillas. Llegaba al aula flotando en unos tacones negros altísimos que contrastaban con sus lentes de pasta. En brazos llevaba unos papeles. Al pasar por un lado de Pablo, lo mira. La sensación que le produce parece la combinación de decepción y esperanza para la enmienda. Llega hasta el escritorio y lanza los papeles sobre él con mucho desdén. Se sienta en el escritorio y cruza las piernas. Sigue con los ojos clavados en Pablo, mientras toma un cigarrillo y lo enciende. Aspira y larga el humo con sensualidad.

—Muchachos, he revisado los exámenes, y déjenme decirles que estoy muy decepcionada. Esta prueba me ha hecho pensar muchísimo. Quiero, si me permiten, leer un fragmento de este ensayo «De qué hablo, cuando hablo de vivir», escrito por el bachiller y aspirante a antropólogo, Pablo Linares: «Tómese un mapa y se entenderá de inmediato que esas grotescas líneas que llaman fronteras no son más que las grandes cicatrices de la utopía humana. Léase un libro, véase una fotografía, rebúsquese en los patrones que dibujan las aves al escaparse del invierno. Diríamos incluso que la propia historia no es sino la confesión de las rupturas, el aniquilamiento perpetuo de los acuerdos sociales, el archipiélago de los destinos que se pensaron comunes. Parece que todo hablara el lenguaje de la tragedia».

Silvana deja el ensayo a un lado. Exhala y en el proceso sus labios se mueven provocando un sonido que denotaba decepción. Se deshace el lazo que mantiene su cabello recogido y lo bate un poco. No era rojo su color sino de un castaño con reflejos dorados. Descruza las piernas y en el acto Pablo logra ver fugazmente su ropa interior de algodón. Siente que eso le ha provocado una erección muy fuerte y teme que aquello derive en una polución que inunde por completo el aula de clases. Silvana, severa, apoya sus manos en el escritorio y con voz profunda y urgente reacciona:

—¿Y qué hacemos?, bachiller. ¿Nos echamos a morir, nos derrotamos? ¿Dejamos que la tragedia se desborde sobre el mundo? Hagamos algo —Silvana toma el ensayo y lo rompe en dos—. Vaya y haga de nuevo la tarea, espero más de usted. ¿Me está escuchando con atención, bachiller Linares? ¿Me está escuchando bien? —Silvana comienza a golpear el escritorio una y otra vez, reclamando atención, y poco a poco el estruendo diluyó la imagen del salón de clases.

El ruido de la puerta lo despertó. Se desperezó mientras trataba de ubicarse. Vio la habitación y cayó en cuenta de que seguía en el hotel. Los golpes se intensificaron. Se levantó en interiores y sacudiéndose la confusión fue hasta la puerta para abrirla. Allí Lorena lo esperaba.

—Creí que te habías muerto por la noche, ya iba a pedir ayuda en recepción.

—Dormía, estoy muy agotado.

Lorena bajó la mirada y midió sin pudor la erección que Pablo mantenía con inconsciente vigor.

—Debe haber sido un buen sueño.

Pablo se avergonzó, dio un paso hacia atrás e interpuso la puerta para esconder la excitación que casi dos décadas después le causaba el recuerdo de Silvana. A Lorena la acción le provocó una carcajada imposible de contener.

—No seas tonto, tampoco somos unos niños. Anda, báñate, que es hora del desayuno. Debo ponerte al corriente del caso antes de que bajemos al aeropuerto. Quiero que te vayas bien informado y también me gustaría escuchar tus opiniones.

Pablo asintió. Cerró la puerta y entró a la ducha, con la intención de apagar su fuego con mucha agua fría. Lorena llegó a su cuarto y tomó su computadora, un proyector portátil y ordenó algunos archivos con fotografías y análisis de los forenses. Lejos de su fortaleza exterior, se hallaba hecha una madeja de nervios e inseguridades. Tendría a lo sumo esa única oportunidad para convencer a Pablo de que la acompañara en la resolución del misterio que significó la desaparición y posterior muerte de Silvana. Creía que no podía enfrentar aquello sola. Por supuesto, aún tenía a Wifi, su compañero de investigación, pero sumar a Pablo a la causa significaba para ella algo más que apoyo: era asegurarse una vía directa al mundo íntimo de ese acertijo. Preparó toda su

documentación y cuando encendía el proyector con su luz azul sobre uno de los muros de la habitación, Pablo tocó la puerta. Lorena lo hizo pasar, apagó las luces, y se acomodó en la cama junto a sus papeles. Apuntaba con el control remoto y de inmediato la pared fue pintada por una lámina que decía «CASO GUZMÁN – ALTA PRIORIDAD». Pablo se había acomodado en una silla contigua a la cama y aguantó la respiración. La primera imagen mostraba una zona boscosa y a algunos funcionarios alrededor de un pequeño círculo.

—La osamenta fue encontrada por unos niños que estaban cazando pájaros. Un perro que iba con ellos comenzó a escarbar y tropezó con huesos. La zona había recibido lluvias fuertes por casi dos semanas y el montículo fue erosionado hasta dejar la fosa a ras de la tierra. Los primeros en llegar fueron los policías locales. Resguardaron la zona para facilitar el trabajo de detectives y forenses.

Lorena presionaba el control remoto y aumentaba el tamaño de los detalles. Sintió que podía recrear el olor de la tierra húmeda impregnada en los huesos, cerró los ojos para evitar que la particular fragancia se colara hasta la habitación. Pablo mantuvo la firmeza con las primeras fotografías. Con la tercera o cuarta sintió un pinchazo en el estómago.

—Ya aquí, el cuerpo está en el laboratorio. Con una fecha de muerte de más de una década, sometida a los efectos progresivos del medio ambiente era casi imposible que pudiésemos encontrar algo. Sin embargo, el o los asesinos no previeron un detalle. Hacia la zona se desviaba una corriente de agua que sirve como aliviadero a una represa cercana. Así que el lugar llegaba a convertirse en un pantano durante largos periodos de tiempo. Eso preservó la ropa, pero sobre todo ciertos tejidos blandos.

—Hablas de asesinos...

—Al cuerpo le quitaron la dentadura y las manos. Dos cortes a la altura de las muñecas. Querían hacérsela difícil.

Pablo no podía reprimir la náusea que se incubó en su espíritu. Lorena notó su impresión. Ella podía ver las evidencias con una cierta distancia, sin embargo, él no presenciaba fotografías sino la confirmación de un espanto. Pensaba en Silvana, en si aquello fue una muerte rápida o por el contrario una tortura llena de sufrimiento. Lorena lo tomó de la mano.

—Ella no está en ese lugar, Pablo. Tienes que verlo desde ese lugar. Son mensajes que ella nos ha legado desde el pasado para que vayamos tras el rastro. Como si fuese un rompecabezas que debemos armar y en el cual ella participa. No hay otra oportunidad de enfrentar estas imágenes. De otro modo, si dejas que te atrapen, van a consumirte.

—¿Cómo supieron que se trataba de Silvana? —dijo Pablo aferrado a un pequeño vestigio de coraje.

Lorena explicó que gracias al estado de conservación de la ropa, del cabello, de la calcificación del hombro derecho, pudieron avanzar en generar un perfil para la identidad de la víctima. En el muro aparecieron los restos rigurosamente dispuestos, y una simulación en computadora de la ropa de color negro y restos químicos del cabello. Poco a poco, en la mesa de análisis del laboratorio forense Silvana fue traída del sueño anónimo al cual fue arrojada.

—Ver esta reconstrucción fue revelador para mí. Estábamos reunidos en la sala de conferencias y me levanté de mi silla de golpe. La vi, Pablo. Estaba delante de mí. Busqué fotos de esa época, algunas dispersas de la toma del Consejo, horas antes que desapareciera. Hacía algunos años que se habría logrado reconstruir digitalmente el rostro de Bolívar. Apelé a la misma ciencia. Enviamos a Inglaterra, a los mismos expertos, la data. Hice lo increíble para tener una confirmación certera. Rompí el protocolo, me salté las

jurisdicciones y yo misma llamé a Antonio Guzmán. Él reveló la herida infantil de Silvana. El accidente en bicicleta que le provocó un severo desprendimiento de su miembro superior derecho. Pero, además, junto con el estudio del ADN, llegó de Europa la reconstrucción digital y el velo se deshizo. Habíamos dado con ella.

La habitación se redujo de pronto, para dejar a Lorena y Pablo como espectadores de un sortilegio. La aparición espectral de Silvana en la pantalla, frente a ellos, descalza, desamparada y confundida, con un grito desesperado que intentaba hacerles parte de la maldad a la que fueron sometidos sus ojos. Los hizo pensar que era posible que en la pared se abriera un boquete hacia el limbo que guarda a los muertos cuya partida de la tierra fue violenta e imprevista. La temperatura de pronto descendió o eso fue lo que pensaron, y una vibración improbable comenzó a filtrarse desde la computadora. Hicieron un esfuerzo tremendo para escapar de aquella terrible sensación. Lorena se acarició los brazos y respiró con fuerza para sacudirse el escalofrío.

—Sin embargo, Pablo. El calvario no estaba sino por comenzar. El caso fue reabierto, pero como suele ocurrir con cualquier asunto, el contexto y la voluntad deben coincidir para producir efectos. Hace dieciséis años, ella era un caso de interés. Ahora, con un país que lucha a diario contra golpes de Estado y contener una guerra civil, el crimen de Silvana desapareció de la agenda del poder. El que su propio padre, quién sabe si por dolor o por proteger el poco de cordura que le queda, bajase los brazos, no ayudó mucho.

—Está muy deteriorado el pobre.

—Además, asignaron a la Fiscalía y a la división de homicidios la investigación, pero esos inservibles están tan encerrados en sus dogmas que no logran pensar nunca fuera de la caja. Dan vueltas y vueltas en lo mismo.

—¿De qué hablas?

—De una sospecha que me asaltó al ver el cuerpo, Pablo. Este no fue un asesinato cualquiera.

Lorena vio el reloj y saltó de la cama. «Llegaremos tarde al aeropuerto», dijo, mientras sus dedos buscaban las teclas exactas para forzar que la computadora se apagara. Encendió las luces de la habitación y el efecto que las fotografías habían causado se deshizo.

—Vamos, prepara la maleta, no tienes idea del tráfico.

Pablo estaba sentado en la cama abrazando sus rodillas, permitiendo que Lorena se explayara en su puesta en escena. Ya había comenzado a entender el esquema de funcionamiento de la detective y su forma de provocar interés a cuenta gotas. Ella recogió sus aparatos, los puso en un morral, y empezó a doblar las toallas, a revisar bajo la cama para evitar que algo se quedara. Pablo seguía sin moverse. Lorena bajó poco a poco la intensidad a sus acciones hasta que sintió que ambos tendrían que hablar no del elefante, sino de la extraña criatura que aguardaba en el centro de la habitación.

—¿A que regrese? —preguntó Pablo con una calma que lució ajena en su pecho.

Lorena respiró y sintió que la soledad con que había iniciado esta cruzada se desintegraba. La criatura recién venida a aquel cuarto de hotel no tenía forma animal, sino sentimental. Y pintaba formas inusuales en donde se suponía que debían existir ojos y patas, clasificaba la especie conforme a una taxonomía que solo entienden quienes sienten el pavor de enfrentar lo desconocido. Cuando sintió el visceral deseo de tener respuestas, no pensó en los familiares de ella, sino en Pablo, la universidad, el remordimiento de no haber podido saltar las barreras de su inusual, estúpida e inmovilizadora timidez. Se lamentaba por nunca tomar la mano de Silvana

y confesarle que había sido un trueno en su vida. Jamás supo si la acción de tomar el teléfono y llamar a Pablo era una tentativa urgente para salir de la marisma con que gustaba identificar su actual estado sentimental. Era Lorena un yermo compuesto de relaciones fallidas donde no entraban hombres, mujeres, ni una compañía compartida. Esperaba alguien que más allá del género o las limitaciones y etiquetas, estuviera dispuesto o dispuesta a dejarse llevar por ella, sin hacer grandes cuestionamientos o reproches.

—Si te quedas, si me ayudas a atrapar a quien cometió esta atrocidad, prometo dejar los acertijos y decirte solo la verdad —en Lorena apareció la mirada más seria que pudo haber modelado su rostro jamás.

Pablo descruzó los brazos y se incorporó. La combinación de su ropa, el cabello rubio y la luz, como si se tratase de alguien que recién sale de un incendio.

—El vuelo fue hace una hora, Lorena —dijo mientras la imagen de la profesora que había protagonizado su sueño lo miraba satisfecha y en silencio.

El equipo de rugby estaba acomodado en la mesa. El juego había terminado hacía unas dos horas y en ese tiempo tuvieron la oportunidad de ir a las duchas, al sauna, e incluso recibir masajes terapéuticos. Salvador conversaba animadamente con algunos compañeros, quienes no lucían hostiles, los sentía cercanos y amistosos. Aprovechaba para ponerse al corriente con ellos de las iniciativas empresariales o financieras en las que cada uno se hallaba.

El cuerpo de Salvador estaba maltratado, los médicos de la hacienda le garantizaron lociones de árnica y mentoles varios para las contusiones, las usuales intermitencias de cataplasmas de frío y calor para evitar que los moretones se extendieran mucho tiempo sobre la piel, y tres pastillas de colores distintos. En ocasiones veía su rostro en algún espejo, o en los cristales de las copas o de los cuadros que homenajeaban a los distintos directores, capitanes y equipos que habían transitado victoriosos por el lugar, y una frase brotó desde lo profundo de su mente: no somos afuera lo que somos aquí.

Desde el pasillo que comunica al comedor, se escuchaban los pasos y voces de Zitmann y Augusto. Ocuparon ambos sus posiciones en la mesa y el jefe de servicios ordenó comen-zaran a servir los aperitivos y bebidas. Salvador se encon-traba del lado izquierdo de Zitmann, y Augusto a la derecha. Hablaron de superficialidades como la temperatura de la sauna y el currículo de kinesiólogos a contratar. Salvador se sintió a gusto en la conversación y daba sus impresiones sobre los distintos clubes en los que había participado. A Zitmann le interesó conocer que el rugby no había sido su primera elección, sino algo mucho más noble para el cuerpo como el tenis. Salvador aducía que su madre había sido jugadora profesional y había encontrado en dicha actividad la oportu-nidad de juntar el instinto de protección con una pasión que rara vez se pierde. Augusto preguntó en qué canchas de Caracas solía jugar y Salvador contestó con naturalidad que su casa tenía las condiciones para no sufrir demasiado a la hora de compartir y competir por espacios.

—Aunque a veces me escapaba con unos amigos a las can-chas del Santa Rosa de Lima —explicó Salvador.

Zitmann había puesto sus codos sobre la mesa y sus puños cruzados soportaban su rostro. No esperó que la conversa-ción se desviara para intervenir.

—Siempre matriculado en colegios religiosos, ¿no es cierto?

—Así es. La Salle, los primeros años, pero después salté al San Ignacio de Loyola, luego a la Universidad Católica. En mi familia es una constante.

—¿Sabes, Salvador? —continuó Zitmann, levantando su rostro del cómodo respaldo—, desde hace mucho tiempo he creído que el rugby y la religión tienen mucho que ver. Puede que te sorprenda, pero comparten muchos principios.

Por ejemplo, la fe en que tus acompañantes harán su trabajo incluso si no los observas.

Salvador de pronto se carcajeó. La reflexión de Zitmann le había parecido graciosa. Augusto esbozaba una sonrisa, pero no intervenía. Solo observaba como la dinámica entre quienes le acompañaban adquiriría ribetes cada vez más íntimos.

—Es cierto lo que te digo, otro asunto con la fe es que fortalece el trabajo de equipo. Verás, la oración es una práctica muy personal, es el vínculo con Dios. Nunca te sentirás solo si fortaleces esa relación. No obstante, cuando estás en una iglesia, cuando rezas al lado de otro, entiendes que la conexión primaria de Dios es con los hombres como un todo.

—Entiendo lo que dices, Zitmann. Es la oportunidad para sentir que perteneces a algo más grande, a un plan que te supera.

—Eso mismo, ¿te das cuentas, Augusto? El talento y la tos no pueden ocultarse —Zitmann sonrió y fue acompañado por el resto.

Zitmann hizo un gesto y el capitán de los mesoneros saltó a su lado. Cruzaron unas breves palabras y el desfile de bandejas comenzó. La charla se dispersó a lo largo de la larga mesa. Augusto integraba a los comensales a una charla colectiva que tenían el juego recién jugado como principal foco. Algunos consideraban que la práctica había demostrado que estaban preparados para afrontar la liga. Otros saludaban la incorporación de Salvador y ponían esperanzas en que su velocidad era un valor añadido que no podía dejar de alabarse.

Una voz anónima pidió un aplauso para Salvador, y Zitmann lo consideró una buena oportunidad para levantarse y pedir un brindis en nombre del equipo. Salvador se incorporó con su copa de vino tinto y su cuerpo recibió la habitual energía de quien es centro de atención. Augusto habló:

—Salvador nos ha demostrado que sabe jugar en equipo, entiende que solos no llegamos a ningún lado. Su banco y él mismo representan para este país confianza y esperanza. Creo que hablo por todos en esta mesa cuando digo que el equipo está completo.

Las copas chocaron entre sí y los asistentes comenzaron a cantar el himno del equipo. Callaron cuando Zitmann levantó la mano.

—Sin embargo, por más tesoros y dones que tengamos aquí en la tierra, no podemos sobreestimar el poder de los hombres. Así que quiero que unamos nuestras manos, para una oración a Nuestra Señora, benefactora y protectora de esta legión. A su lado, nada hará mella.

Santiago dejó su copa y tomó la mano de los compañeros, en principio con aprensión. Sabía de la devoción que Augusto y el propio Zitmann profesaban, aunque no creyó que en él tal sentimiento diera para tanto como para atribuirle su éxito como banquero. De igual manera, bajó la cabeza y cerró los ojos. Las palabras de Zitmann entraron a sus oídos removiendo sus referentes maternos, el deseo de sentirse protegido, de ir hacia un estado infantil donde era necesario tener el tibio efecto que produce la certidumbre. Al concluir la oración, de un modo que no previno, un refrescante bienestar le hizo sonreír.

La cena concluyó dos horas después. Augusto, Salvador y Zitmann despidieron en el umbral de la hacienda al último de los invitados y entraron de nuevo al salón. El capitán de los mesoneros dejó solo lo necesario y se retiró por la puerta de servicio. Zitmann pidió a Salvador que lo acompañase junto a Augusto a su despacho para conversar los planes futuros. Subieron las escaleras hasta la segunda planta y recorrieron otro pasillo, esta vez con fotografías más personales de Zitmann con algunos personajes ilustres. Salvador

prestaba atención a las fotografías y se sorprendía de ver en ellas a personajes que el mismo admiraba. En un momento, a pesar de la sobriedad de la caminata que les mantenía en silencio, Salvador interrumpió con un murmullo: «Todos han estado aquí».

El despacho de Zitmann era un área circular con una gran mesa de madera coronada por el león dorado, emblema del equipo de rugby. Una gran biblioteca a la derecha cubría toda la pared. A la izquierda, una pequeña mesa donde reposaban algunas botellas de licor y algunos vasos. Zitmann sirvió tres tragos de ron. Alcanzó uno a Augusto y otro a Salvador y les pidió de nuevo brindar. Los tres mantuvieron un silencio extraño, mientras que el rostro de Augusto no se apartaba de los movimientos y acciones de Zitmann. Estaba bastante entusiasmado de las largas que su maestro daba al ritual y mucho más le extasiaba la reacción que lograba. Ciertamente, para Salvador la estadía se había extendido más de lo que esperaba y aun no tenía una palabra concreta sobre lo único que quería escuchar aquella noche. Mantuvo la paciencia hasta que el silencio se hizo más denso. «¿Y ahora qué?», preguntó. Zitmann dejó el vaso en la mesa y pidió que lo siguiera por una puerta que se hallaba al fondo del despacho. La abrió e hizo entrar primero a Salvador. Este sintió un pequeño empujón y quedó dos pasos dentro, enfrentando una oscuridad que duró pocos segundos. Zitmann encendió la luz y los ojos de Salvador tropezaron con una imagen desconcertante.

La estatua más hermosa que habían visto sus ojos de la Virgen María, se hallaba en el centro de la sala. A su alrededor se encontraban distintas esculturas, artefactos y libros. Salvador comenzó a recorrer la sala y rearmar en su cabeza el significado que cada elemento. Había una carta enmarcada, que estaba firmada por Sor Lucía. Increíblemente, se sorprendió. Zitmann no cabía más en su orgullo.

—Es ella. Son parte de sus memorias, unas que prefirió nunca revelar. A algunos burócratas en Roma les asustan las visiones del infierno —dijo Zitmann.

Salvador continuó caminando y llegó hasta su propia ofrenda. El manuscrito tal y como lo había solicitado. Una caja transparente de seguridad, que brindaba la temperatura exacta. Un código de barras en un costado, para comprobar la autenticidad de la pieza y la garantía del sellado. Salvador volteó y se encontró con el rostro de Augusto y Zitmann, sonrientes.

—Espero que esté a la altura —dijo Salvador con franca humildad.

—Está, lo está —regresó Augusto de vuelta.

Zitmann se acercó, puso una mano en el hombro de Salvador, la dejó reposar un rato allí hasta que la deslizó hacia el rostro tenso de su interlocutor.

—Estás muy cerca de lograrlo. Eso sí, recuerda que no es al juicio de los hombres, sino al de ella al que debes someterte. No somos nosotros quienes deban decidir.

—Solo díganme qué debo hacer —respondió Salvador, conmovido por las palabras de Zitmann.

—Paciencia, pronto será ella misma quien te lo diga.

Luego de firmar la cuenta del hotel, Lorena y Pablo tomaron la ruta a la casa de ella. Aprovecharían que la madre de Lorena estaba de viaje para armar una sala situacional. En el automóvil, Lorena avanzó en consideraciones que juzgaba serían de utilidad para Pablo. Una de ellas, era la existencia de un tercer sujeto que ya participaba en la investigación. Ella lo llamó Wifi, y le garantizó a Pablo que era un hombre brillante. «Un genio marginado», apuntó, mientras viraba el volante para tomar la salida hacia La Florida.

Lorena había vivido allí toda su vida. Señalaba un lugar y comentaba episodios de su infancia que provocaron ternura en Pablo. Este sentimiento se fue transformando en cercanía a medida que pasaban las horas. No podía definirlo con claridad, y le parecía difusa una u otra etiqueta para catalogar el bienestar que le provocaba escucharla. Estacionaron y subieron el equipaje de ambos, hasta el último piso. El pequeño apartamento tipo estudio, iluminado de forma cálida por la luz que irrumpía a través de unas cortinas beige en la sala, proyectaba calma. Al fondo de un pasillo se hallaba

el cuarto principal y el baño. Era estrecho pero acogedor, y a Pablo le pareció mucho mejor que cualquier pensión en las que hubiese vivido a lo largo de la cordillera entre Colombia y Chile.

Lorena tomó su teléfono e hizo una llamada. Le dijo a su interlocutor que la esperara, que debía conocer a alguien, mientras guiñaba un ojo a Pablo.

—No te pongas cómodo, toma tu libreta o lo que desees y empecemos de una vez.

Pablo la siguió silencioso, a través de la puerta del apartamento y luego por las escaleras dos pisos más abajo. Se detuvieron frente a una reja marrón y Lorena tocó dos veces el timbre. Se sintió del otro lado que alguien observaba a través del ojo de la puerta. Una voz masculina y obstinada pidió identificarse. Lorena miró a Pablo con una sonrisa y le comentó que eso era habitual.

—Soy yo, Lorena, abre de una vez.

Unos segundos de silencio dieron paso al sonido de una cadena que se desliza y a una cerradura que cede dos espacios y abandona la conexión con el marco de la pared. Un hombre blanco, de barba pronunciada y desprolija se asomó en la rendija y dijo en voz baja si acaso ya no usarían alias o contraseñas.

—Ya te lo expliqué, en estos casos no hace falta. Abre la puerta de una vez, por favor —replicó Lorena sin querer sonar grosera.

El hombre abrió la reja y miró a Pablo sin mucha empatía. Lorena tomó la iniciativa para que la cortesía sepultara cualquier incipiente paranoia.

—Wifi, te presento a Pablo Linares —Wifi dio la mano sin entusiasmo y les pidió no extender el tiempo en el pasillo.

—Deberíamos tener una palabra de seguridad —dijo Wifi mientras cerraba la puerta y colocaba la cadena a la puerta—. Nunca se sabe cuándo la vamos a necesitar.

—Es cierto, ya pensaremos en eso. Por ahora, quiero que ustedes se conozcan y comencemos a trabajar.

—¿Tienes el resto de la información?

—Sí, la tengo.

Lorena extendió su mano y le dio una memoria portátil a Wifi. Este la tomó con un gesto de agrado y fue hasta donde tenía su computadora. Una mesa mediana de madera que estaba a medio camino entre una mesa de comedor y una para tomar el café en el jardín, le servía de despacho. A Pablo le preocupó el estado del apartamento de Wifi. Las paredes estaban rayadas con grafito y mostraban bocetos de animales, máquinas y varios cuerpos humanos. Los dibujos avisaban que no habían sido hechos por un improvisado y de algún modo parecían parte de una obra en proceso. No había muebles, sino unas sillas de plástico. Por la ventana entraba sin ninguna restricción la luz tibia que reflejaba la capa vegetal de El Ávila. Llegaba para llenar el ambiente de una humedad un tanto chocante que obligó a Pablo a acercarse a la abertura en busca de aire fresco. Desde allí, vio a Lorena conversar con Wifi frente a una pantalla. En algunos tramos parecía un debate hostil más que una charla amena. Aunque a veces se atravesaba una que otra risa o alguna palmada en la espalda y eso disminuía la tensión de la escena. Lorena invitó a Pablo a sentarse en una de las sillas de plástico frente a la computadora. Ella tomó otra y quedaron los tres en la platea de una conferencia que sería vital para las acciones futuras.

—Quisiera comenzar —dijo Lorena con aire formal— agradeciendo a Wifi por sus aportes. Sin él, habría sido imposible avanzar tanto.

—Por favor, no merezco ese reconocimiento.

—Es importante que te valores, Wifi —le dijo mientras le acariciaba el hombro con suavidad.

Pablo se mantuvo firme. Hasta creyó ver a Wifi entristecerse bajo un incómodo silencio. Lorena supo alejar esa energía extraña que se había producido. Tecleó en la computadora un comando y se desplegó parte de la presentación que Pablo ya había visto en el hotel.

—Bien, Pablo —comenzó Lorena—, al haber hallado a Silvana, nos arrancaron de tajo la investigación. Decían que, al identificarla, el trabajo de los antropólogos forenses había concluido. El médico reconoció que la causa de la muerte era difícil de determinar tomando en consideración el tiempo transcurrido. Sin embargo, más allá de las extremidades faltantes, no conseguimos heridas que pudiesen hablarnos de una muerte violenta. Pudo haber sido asfixiada. Es difícil precisarlo sin las debidas pruebas.

Lorena volvió a teclear y la pantalla proyectó algunas láminas del informe forense. Pablo hacía enormes esfuerzos por distanciarse emocionalmente de las imágenes cadavéricas que el parte describía sobre el cuerpo de Silvana. Lo lograba, porque el rostro de ese amor no tenía la forma momificada que ahora los pixeles mostraban. De solo pensar en la forma en que pudo morir se le removían las entrañas. Sentía que aún podía tomar las manos de Silvana, entrelazar sus dedos mientras escuchaba sus ideas.

—Ahora lo importante. La división de homicidios asumió la jurisdicción. Dejaron de consultarnos. Tomaron nuestros informes y se lanzaron en su búsqueda inútil.

—A su zona de confort, parásitos. Lo único que hacen es vivir de lo que ya conocen —interrumpió furioso Wifi.

—No pueden ser más de lo que son —añadió Lorena. Se levantó de su silla y comenzó a caminar mientras hablaba consigo misma. Wifi y Pablo la siguieron con la mirada—. Iban a lo obvio, a la Universidad, las típicas preguntas de si

había sido amenazada, quiénes eran los principales sospechosos. Citaron a Augusto Zuloaga. ¿Lo recuerdas, Pablo?

—Lamentablemente.

—Al Rector, a su propia hermana, a su padre. Levantaron el polvo y luego dejaron que este se asentara con el tiempo. ¿Sabes qué es lo peor?, que no fue una maldita conspiración el que ya no movieran un dedo. Solo fue desinterés mezclado con uno de los males de este siglo: la incompetencia. Hasta que me cansé, Pablo. Me cansé de esperar por ellos y tracé mi mapa. ¿Puedes pasar la lámina?

Wifi apretó los botones con celeridad. Una brisa refrescó por un instante la sala. Pablo quiso volver a la ventana, pero no quería distraer a Lorena.

—Sentía este dolor en el pecho, este llamado de atención, Pablo. Debía obedecerlo, así que fui hasta los archivos del laboratorio y comencé a revisar los casos pasados. Las muertes violentas, las mujeres a las que no solo les arrebataron la vida sino mucho más. Comencé a atar lo que parecían ser cabos sueltos.

Lorena señaló la pantalla de la computadora. En esta, una ficha con cinco nombres de mujeres iba acompañadas de una breve descripción acerca de sus casos. Pablo escuchaba con atención mientras ella se transformaba en la Detective Díaz, y detallaba para sí el secuestro de una cineasta, Maura León, asesinada justo un año después de Silvana. La imagen desnuda de una mujer atravesó el pecho de Pablo. Según la descripción de Lorena, se trató como un homicidio más.

—No les importó que el homicida le haya arrancado los ojos. Cuando muere una mujer, solo les interesa titular que se trata de la pasión humana actuando y el prejuicio los aleja de la verdad —Lorena pidió la próxima fotografía—. Ruth Celicourt, 28 años. Haitiana naturalizada, negra, hallada en un contenedor de basura en 2004. No hubo mayor

explicación para que le faltase la lengua. Solo bastó la conjetura de las ratas hambrientas. El gobierno de Haití, de seguro en vísperas de algún golpe de Estado, apenas si hizo algún esfuerzo. Caso archivado.

Lorena detuvo la conversación e hizo como si tratara de recordar algo. Fue hasta su cartera, sacó un chocolate que sintió demasiado pequeño y revolvió la nevera para taparse con la puerta y comerlo con voracidad, sin sentir culpa de no compartirlo. Wifi inspiró profundamente y dijo que el agua estaba sobre el mesón. Se volvió hacia Pablo y dejó caer una infidencia.

—Siempre pelea por la temperatura del agua. Nunca me ha gustado fría.

Pablo asintió y cruzó los brazos, en espera de que Lorena continuase. Esta volvió a la sala y le alcanzó un vaso a cada uno. Se sentó frente a la computadora y esperó que se hidrataran. Continuó con la exposición, ahora dejó un tanto de mirar a Pablo e incluyó más a Wifi.

—Los crímenes contra mujeres son habituales. Pero insistimos en que hay un patrón. Mira estos tres —esta vez Wifi cambió las láminas con la velocidad de una extensión de la mente de Lorena—. 2007, una muchacha clase media, Natalia Cortés, se reporta desaparecida en las vísperas de la Cumbre G15 en Caracas. Por supuesto, quién puede preocuparse cuando los presidentes se reúnen a debatir sobre el desarrollo. Su cuerpo es encontrado un año después. Causa de la muerte, asfixia mecánica. Además, le habían desprendido la cabellera. En 2014 se repite el método con Luisa Vásquez, quien es asesinada con un alambre. De nuevo, esta aparece sin cabello. En este caso, se le arranca la dentadura. Es repugnante todo esto.

Pablo se levantó de su asiento incrédulo ante lo que escuchaba. Silvana era una puerta a un mundo mucho más

sórdido del que jamás pensó tener noticias. No esperaba fuera de la narrativa o las películas policíacas, verle la cara a un mal semejante. Entonces se percató de que un dolor punzante se había instalado en su sien, y cuando buscó en su chaqueta su infaltable cantimplora se percató de que no la tenía. Le recorrió un frío por la espalda. Volvió a la ventana, mientras Lorena y Wifi esperaban compasivos.

—Disculpa si te he lanzado este camión de mierda
—Lorena también se incorporó y se acercó a él.

—Esto, ¿quién más lo sabe? Imagino que ha sido una conmoción.

Lorena volteó a ver a Wifi que negó con la cabeza mientras hacía una mueca de desaprobación con los labios.

—Medicina Legal evitó los detalles escabrosos. Los ocultaron a propósito. Al principio argumentaban que se trataba de no alertar a los sospechosos, nos decían que sería una estrategia de captura. Esperar que alguien revele un dato confidencial durante un interrogatorio, algo que no se haya colado a los medios. Pero no, Pablo, unas semanas después entendí que era algo más. El propio director, ese que viste en la oficina, me odia porque se lo eché en cara durante una reunión de todos los departamentos. Solo evitaban generar un escándalo. ¿Te imaginas lo que pasaría si este país se entera de que hay un maldito maníaco mutilando mujeres?
—se atrevió a decir.

—¿Qué hiciste?

—Lo único que es posible cuando te echas encima al cuerpo de policías. Quedarme callada y trabajar por mi cuenta.

—¿Es por esa razón que te trataron de esa forma hoy?

Lorena guardó silencio y un tartamudeo involuntario y casi imperceptible, hizo mella en la atención de Pablo.

—Sí, en parte. Me sentaron a sacarle punta a los lápices. Su única preocupación es no perder sus puestos.

—¿Acaso no les preocupa esto? —Pablo se acercó a la pantalla del computador—. Es para al menos, jamás volver a dormir.

—Investigan, pero a su ritmo. La ola de violencia los sobrepasa y no logran nunca separar el grano de la paja. Pero allí es donde entramos nosotros. Sabía de Wifi.

—Nos reconocimos enseguida —intervino Wifi apenas ladeando su cabeza para unirse a la conversación.

—Es un hombre muy inteligente, un genio diría yo —dijo Lorena con una media sonrisa.

—No es para tanto, pero sí —replicó Wifi.

—Es difícil luchar sola contra la desidia, Pablo. Wifi ha sido mi más leal colega y psicoanalista.

—Escucharte es lo mínimo que podía hacer por ti —Wifi miró fijamente a Lorena.

Lorena caminó hacia la computadora y desordenó el cabello de Wifi. Ambos rieron con ternura. Pablo se sentó y Lorena siguió el ejemplo. Ella quiso retomar el hilo de la argumentación, pero creyó que no era la mejor para explicar su gran hallazgo.

—Anda, Wifi, coméntale.

Wifi tomó el control de la computadora. Abrió una aplicación distinta que, según explicó, había logrado programar solo con tutoriales de Youtube.

—Trataré. Bien, lo pondré en una forma que puedas entender. Escucho a Lorena, ella llora, luego se seca las lágrimas. Me dice: «Son mujeres, las han mutilado». Y yo trato de no pensar en la sangre, odio la sangre, no me gusta, evito la sangre. Mi mente, con cada palabra, de «arrancaron sus ojos, vivía en la capital», empieza a dejar de ver seres de carne y hueso, porque lo repito, no me gusta la sangre. Solo ve información, datos. Entonces Lorena habla, ya sin llorar, y le

pido nuevos detalles. Así comienzo a construir mi máquina —señala la pantalla de la computadora—. Nuestro cerebro es propenso a dejar pasar los detalles, pero no mi máquina. Ella es como el diablo. Después de que Lorena me habla, y se calma y deja de llorar, me pregunta que qué hago, y yo tecleo, luego dejo que ella piense y dibuje. La atención humana es imperfecta, y el mundo se le escapa entre las manos con cada parpadeo. Pero a ella no.

Wifi toma la computadora y la coloca sobre las piernas de Pablo. Este puede ver una serie de gráficos, con círculos de distintos tamaños que se conectan a través de una serie de hilos. Son cientos, le resulta complicado de un vistazo entenderlo todo.

—Hasta hace unos pocos años seguíamos en la edad media. Prohíbes que la gente se entere de lo que ocurre, y ya no necesitas de más. Llegan las redes, la conexión, y todo cambia. Estamos abarrotados de datos, pero nadie sabe qué hacer con ellos. Lorena lloró en ese sillón una noche. La detengo para consolarla, para decirle: «No hables de ellas como si existiesen, ya no están, pero nos han dejado un trazo». Nuestro trabajo es que aparezca el patrón. De lo que se trata, mi amigo, es que la sangre, que odio, caiga gota a gota, y lo llene todo. La misión del matemático y la de un escritor como tú, es la misma: tratamos de llegar a las mismas conclusiones solo que con herramientas y tiempos distintos.

—Wifi, enfócate —interrumpió Lorena algo molesta.

Evitó mirar a Pablo, al tiempo que le pedía a Wifi dejara de irse por las ramas y aterrizar. Este, a su vez, recompuso el cuerpo, pero no perdió en ningún momento los ojos desorbitados. Disfrutaba de lo que hacía, era algo difícil de ocultar. Sin embargo, Pablo reflexionaba sobre el tono de las palabras de Wifi. Era algo más que pasión lo que guiaban aquellas palabras.

—¿Y acaso no es escritor? —dijo Wifi casi como si fuese una disculpa.

—Y ustedes cómo saben que soy escritor, si nunca les he dicho —preguntó Pablo.

—¡Wifi! —gritó Lorena.

—Es solo para que el asunto quede claro, Lorena. La meta de la aplicación es tomar en préstamo los ojos del asesino y apreciar el arma, la carne que debe ser arrancada, pero más que eso, entender de quienes se antoja, para qué arriesga. Queremos ver sus intenciones, mucho antes que él mismo tenga esos deseos. Solo así valdrá la pena el esfuerzo.

—¿Los gráficos van a decirnos eso? —Preguntó Pablo.

—Ya nos han dicho mucho —Wifi observó a Lorena. Pablo siguió la mirada y ella tomó el control de la conversación.

—Dimos con algo que nos alejó de lo común, de la pesquisa de Psicología Forense. Lo primero de que nos percatamos es que las víctimas tenían un vínculo. No es que se conociesen, pero sus intereses profesionales, artísticos o políticos se sobreponían. Silvana, lideresa estudiantil, una causa noble por demás; la documentalista asesinada en 2002 denunciaba la explotación de carbón en comunidades indígenas; luego la mujer haitiana asesinada durante el 2004 era un referente para los inmigrantes; Cortés, la de 2007, fundó la red animalista del país; Luisa era dirigente vecinal.

—¿Las escoge según su vocación política?

—Es posible que influya en la elección. En todo caso no parece nada azaroso y eso apenas nos aporta una perspectiva.

—Pero a esa conclusión es posible llegar sin mucho cálculo.

Pablo no quiso que el tono fuese altisonante, pero en aquellos muros lo fue. Wifi resintió el comentario y soltó una carcajada que tensó la conversación. Se levantó de la silla y se puso a caminar en círculos por la sala, sin dejar de decir: «Esto es inaudito». Pablo se disculpó. Lorena intervino y logró

que Wifi retomara su posición inicial. Se mantenía en alerta constante del ánimo de su compañero y le pidió a Pablo a través de un gesto que hiciera lo mismo. Wifi respiró e intervino en la exposición de Lorena.

—La cuestión aquí es el tiempo. Las conexiones son visibles en menos tiempo que si usáramos lápiz y papel. En este punto, si me permites, Lorena, quisiera explicar el lugar en el que nos encontramos. «Dios habla por las matemáticas», dicen, yo creo que las matemáticas inventaron a Dios, por decirlo de un modo sencillo —Wifi quitó la computadora del regazo de Pablo y buscó en la aplicación algunos datos que consideraba de interés.

—¿Lo ves? —dijo Wifi a la expectativa.

—No, no lo veo.

Lorena entendió que no podía dejar el debate en sus manos. Tomó la computadora y la puso en el escritorio. Miró a Pablo con severidad y habló con el timbre más profundo que encontró.

—Cada muerte ocurre en fechas de confrontación política, golpes de Estado, disturbios callejeros. En cada uno de ellos, se comete un homicidio de estas características. Creo, corrijo, creemos que es parte de la estrategia de encubrimiento. ¿Quién va a ocuparse de una mujer, cuando peligran la estabilidad misma de la República?

—Si han llegado tan lejos, ¿por qué no perseverar?, quizá la policía te escuche.

—Pablo, el director lo sabe todo. El propio ministro de Interior lo sabe, me encargué de hacerle llegar una carta cuando inauguraron una nueva ala del laboratorio de ciencias forenses. No les interesa, piensan que estoy loca. ¿Cómo fue que me llamaron, Wifi?

—Histórica.

—Eso es, histórica. Te etiquetan y luego te desaparecen del mapa.

Pablo abrió los ojos con mucha sorpresa. Ya la brisa había dejado de colarse por la ventana y el calor le ponía a hervir cada emoción. Su convencimiento se tambaleaba, sin que si quiera hubiesen transcurrido 24 horas luego de decidir quedarse en Venezuela. Puso sus manos sobre los muslos y los sobó queriendo descargar las complejas sensaciones que le habían secuestrado su propio pecho.

—¿Qué podemos hacer nosotros, Lorena? Esto no se trata de un juego, es algo muy grave.

Lorena miró a Wifi y sonrió. Nada de lo que ocurría le parecía ajeno a las ideas que se había formado sobre lo que iba a vivir desde que Pablo llegó al país. Sentía de pronto, como si estuviese aventajada a los acontecimientos y cada concreción de los hechos, no fuese sino la necesaria cadena de eventos que debían cumplirse para llegar a lo que más anhelaba. Respiró profundo para calmar sus propias ansiedades y tomó las temblorosas manos de Pablo. Las exploró unos segundos a través de la sudoración que producen situaciones tensas y dejó salir la frase que ya había armado unas semanas atrás.

—¿Qué mejor que la imaginación de un escritor para resolver un crimen?

La puesta en escena concluyó con los aplausos de los niños. Algunos se acercaron para tomarse fotografías con Marisol, «La Mimo», como la conocían en la zona C del 23 de Enero. Otros se despidieron en la distancia, seguros de que la verían el próximo fin de semana. Aunque ella se había cansado de repetir que el número recreaba los avatares que atravesaron su madre y su abuela, los periodistas que hacían reseñas culturales decían que la obra parecía referir a una moderna Perséfone que lucha contra la era digital. Ella odiaba las interpretaciones.

Marisol nació y se hizo artista en esa comunidad de Caracas. No sin dificultades culminó la carrera de teatro en la Universidad de las Artes y luego se dedicó a atender las necesidades pedagógicas en un preescolar de la comunidad. El salario no era mucho, pero lo compensaba una beca que había obtenido luego de ganar un concurso de artes escénicas en Holanda. Además de una cierta visibilidad, le permitía recibir alguna atención mediática que servía para impulsar demandas sociales que no solo se circunscribían a la cultura.

Desde hacía unos meses, era la vocera principal de un movimiento que luchaba por recuperar un amplio terreno que ocupaba una empresa de alimentos. Marisol deseaba que el gobierno otorgara los espacios a la comunidad, sus legítimos dueños. Construirían edificios para aquellos que habían perdido sus casas en las inundaciones de hacía unos pocos años. Su participación le aportaba alto perfil al reclamo y además garantizaba empatía por parte de los medios. Ella se tomó su rol con mucha disciplina. Logró encontrar, en los registros de la ciudad, la línea patrimonial del terreno y sin que eso bastase, se asesoró con un profesor que había logrado edificar un proyecto similar. «Te legaré solo las buenas prácticas y no mis errores», recuerda Marisol le escuchó decir al profesor Guzmán cuando lo fue a visitar en su casa. Pensó en él cuando decidió que se hacía de noche y tenía que bordear los edificios para evitar una zona llena de árboles que también servía de basurero improvisado. El lugar era peligroso y quizá eso fue lo que le trajo a la mente a Guzmán. La vez que lo visitó se sentó en su sala y vio las fotografías de sus familiares. Ella no quiso preguntar sobre Silvana, para no lanzar sobre ese primer encuentro una carga pesada. Conocía de la desaparición y también de que había sido encontrada hacía pocos meses. Antonio la vio hurgando en las imágenes y le confesó, mientras le convidaba un café, que ninguna de las mujeres de su vida llegó a pisar esa casa.

Apuró el paso para que la oscuridad no la encontrara lejos de sus vecinos. Algunas motos pasaron a su lado y continuaron su camino. Podía ver a unos trescientos metros las bombillas de la bodega y cómo los apartamentos comenzaban a iluminarse. A su derecha, la vista lejana de Caracas le mantuvo a raya la ansiedad. Una furgoneta pasó a su lado, se detuvo a unos veinte metros, y Marisol sintió una opresión en su pecho, una energía que es habitual sentir como

premonición de los malos presagios. Lanzó un vistazo para cruzar la acera, pero un hombre se bajó del vehículo y se quejó amargamente por lo que parecía un caucho desinflado. Ella no sintió que fuese peligroso, estaba más bien pasado de peso y su expresión agónica le hizo sentir cierta conmiseración. El hombre le preguntó en la distancia cómo hacía para salir de la zona, mientras se quejaba de que ninguna grúa se atrevería a llegar hasta ese lugar. Marisol dio unos cuantos pasos para indicarle que no muy lejos había un pequeño taller mecánico, pero no tuvo tiempo de completar la frase. Sintió que la tomaban por el cuello y ponían sobre su rostro un pañuelo. Antes de desmayarse vio la puerta de la camioneta abrirse como un agujero, que le recordó la alcantarilla de agua por la que cayó su hermano de niño. Ella también tenía su historia con los desaparecidos.

El avión aterrizó en la pista privada del aeropuerto. La asistente de vuelo cumplió con el manual y luego de los usuales agradecimientos del piloto, se dispuso a abrir la compuerta del aparato. Sintió la humedad que llegaba de la franja costera y agradeció estar de vuelta en casa. Un Mercedes se acercó al avión y de él descendió un hombre alto y bien vestido. Llevaba un traje formal de color azul marino que le aportaba aire ceremonial a cada acción que ejecutaba. Se bajó del vehículo, fue hasta la maletera y la dejó abierta. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y revisó su celular. Envío un mensaje a su jefe para informarle que el avión llegaba sin contratiempos. Vio a Tina asomarse en la puerta del avión y descender con calma por la escalerilla. La saludó con un gesto y se ocupó de su equipaje. Ambos se quedaron sin hablarse, mientras Paula descendía con parsimonia después de despedirse con un beso del piloto y demás miembros del equipo. Lo hacía con delicadeza y cortesía. Sin apego, pero con la confianza de que si mostraba siempre un espíritu bondadoso a los pilotos, estos tendrían la delicadeza de no estrellarse

contra una montaña o en el mar, para curar algún problema existencial. Saludó al chofer que la esperaba y entró al automóvil primero que Tina.

—¿Hacia dónde quiere ir, señora Zuloaga? —preguntó el chofer ajustando el retrovisor para posibilitar el contacto visual.

Paula esperó que en su mente buscaran acomodo algunas ideas. Tomó el celular y sin dispensar la mirada que esperaba el conductor, le pidió que manejara hacia Caracas. Este obedeció y puso en marcha el motor. Se aseguró de darle una propina al vigilante encargado de la puerta hacia la zona de abordaje y enfiló hacia la autopista que unía el aeropuerto con la capital. Para Tina no había pasado en balde la sutil incomodidad que le provocó a Paula responder. Creía que una de las mayores molestias en su jefa, la causaba el que Augusto no se dignase a ir hasta la puerta del avión. «Todas las parejas pasan por problemas», pensó Tina, pero de verdad esta podría considerarse la peor época en los años que había sido testigo, asistente y amante de aquel matrimonio. De todos modos, no quiso aportar palabras reconfortantes y mucho menos hablar de trabajo viendo el ánimo de Paula. Con la honestidad de quien puede mentirle a los demás, pero no a sí misma, Tina estaba comenzando a sentirse un poco cansada de ser el saco de boxeo al cual apelaban para drenar las frustraciones sentimentales. Así que se hundió en su teléfono celular para resolver por su cuenta cuando pudiera. Antes de las labores imparables y rutinarias de la compañía, mandaría un mensaje que no entiende de qué parte oculta de su corazón salió. Necesitaba salir por un momento de la opresión que el trío comenzaba a causarle y creyó que solo en el pasado encontraría ese oxígeno.

Paula daba vueltas a su aparato sin decidir nada aún. Su mente era trezada por asuntos que crecían sin control. Hace

algún tiempo, se juró que dejaría de regarlas con atención, que así desaparecerían. Pero no lo hicieron. Ahora, alguien fuera de la barda veía uno que otro fruto escondido entre las enredaderas y sentía una pulsión por probarlo. Tecleó en su celular. «¿Dónde estás? Tenemos que hablar». El mensaje de texto fue sellado con la hora y la fecha exacta de envío. La confirmación de lectura de la otra parte, llegó unos minutos después. «Nos veremos mañana. Hoy quédate fuera de la ciudad. Puede que se compliquen un tanto las cosas». «Tú y tus malditos laberintos». Sus dedos chocaron con fuerza contra el cristal del celular. Del otro lado, esperaron un poco. Un «escribiendo» apareció en el recuadro superior de la aplicación. «No tengo tiempo ni energía para estos dramas».

Paula envió dos mensajes más que arrojaron un «no entregado». Sintió que su corazón subía el ritmo de mala manera. Le pidió al chofer que diese la vuelta, pues se quedaría en un hotel cercano a la playa. Tina escuchó con atención, pero evitó hacer comentarios. El chofer obedeció con celeridad e incluso cometió una que otra infracción para garantizar que la orden fuese cumplida.

En el hotel, como era habitual, Tina fue hasta la recepción e hizo los arreglos necesarios mientras Paula esperaba en el bar. A lo lejos, a través de los cristales del restaurante, se podían ver las luces de buques petroleros que mantenían su lento peregrinar para llegar o salir de la costa. Tina llegó cuando Paula aún no terminaba su tequila seco.

Podía determinar el estado de ánimo de su jefa por la mezcla o la ausencia de ella. Su mejor sonrisa la representaba el Mai Thai, el peor humor lo traducía el ron puro o el tequila. Paula recibió las llaves y pidió que subieran solo su equipaje. «Quiero estar a solas», dijo con la vista puesta en la ventana. Tina le informó que pediría llevaran el equipaje a la habitación y que estaría en un cuarto a la vuelta del

pasillo. Paula se permitió abandonar la visión de los barcos mercantes y clavó su atención en su asistente.

—Vete. Te escribiré si necesito algo.

De vuelta en el automóvil, con el chofer, mientras el tráfico de las personas que abandonaban la playa para volver a sus casas los mantenía encerrados en una línea de luces multicolores casi interminable, Tina sintió en su estómago un hormigueo. Recordó que el regalo del príncipe heredero se habría quedado en el equipaje de Paula y de inmediato creyó que los malestares del alma no son compañía para un arma de alto calibre. El conductor que ya venía siguiendo las expresiones de Tina por intermedio del retrovisor preguntó si estaba bien. Ella lo observó en silencio y a diferencia de lo que con sinceridad quería decir, solo se limitó a comentar la ironía que encierra el hecho de que la autopista en la que estaban era una ruta obligatoria para cualquiera que entrara o saliese del país.

—Ricos o pobres, negros o blancos —dijo—, no hay nadie que se salve de transitar el mismo dolor.

El conductor la siguió con la mirada un tiempo más, pero no supo qué añadir ante el comentario. Sabía que aquello eran palabras más para una cantina que para drenar la frustración del tráfico vehicular. Su teléfono se iluminó con instrucciones sobre a dónde llevar a la chica y cuando Tina se percató que el conductor no tomaba la ruta hacia su casa, se preocupó un instante. Él no dejó que la ansiedad carcomiera el ambiente, le pasó su propio teléfono y ella pudo comprobar que al final su vida estaba signada desde hace mucho tiempo por los humores y apetitos de otros.

Se cumplían 55 años del nacimiento de la revista de la Facultad de Medicina de la Universidad del Zulia. Este era un número muy especial dedicado a la creación del departamento de cardiología y el rector había llamado a Augusto para que fuese el orador principal en un evento que se planificaba. Augusto había rechazado con amabilidad el ofrecimiento, aunque no dejó a su amigo irse con las manos vacías. Le ofreció prologar el importante número, lo cual había hecho muy feliz al rector y al decano de la facultad.

La llamada telefónica, tanto del ofrecimiento, como de la imposibilidad de asumir un viaje fuera de Caracas, estuvo llena de memorias y anécdotas que llegaron a compartir o que eran legadas por terceros. Augusto se excusaba en que las actividades de organización electoral le dejaban poco tiempo, incluso para las amistades. El rector no paraba de decir que comprendía, y alababa que la juventud se hubiese tomado con decisión las riendas del país. Esa idea fue lo que le inspiró a sentarse en su escritorio, encender una lámpara y comenzar a escribir el prólogo que requerían por la mañana.

Lo haría a mano y lo enviaría antes que se hiciera imposible cualquier comunicación por medios tradicionales con el mundo exterior a la capital. Así que tomó un trago de *whisky* sin hielo y su pluma fuente se deslizó sobre el papel blanco:

«A principios de siglo veintiuno, un buen amigo, quizá el psicólogo más aventajado de su generación, me comentó justo antes de dictar lo que se convertiría a la postre en su última conferencia magistral, que si realmente queríamos curar la sociedad, debíamos abandonar los caminos sinuosos de la medicina y abrazar la política. Desde aquel momento, he asumido la práctica profesional como una labor que trasciende al individuo y que, sin dudarlo, se expresa como una oportunidad de salvación de lo humano».

Augusto dio un sorbo a su trago y percibió cómo las luces de un vehículo entraban fugazmente a su despacho. A esa hora de la noche, era posible percibir el ruido de los insectos e incluso el rumor de las bombillas incandescentes. Quiso escribir sobre el Conticinio, o la hora más silenciosa de la noche, pero una idea mejor movió sus manos.

«Alguna vez leí que es bien ajustado a la verdad hablar de los corazones rotos. Los fuertes dolores vulneran los tejidos sensibles del músculo que llevamos en el pecho. Esa especie de rara ingeniería donde convergen sangre, arterias y asuntos remotamente difusos como los pensamientos, las memorias, las emociones. Una emoción brutal puede rasgarte el corazón. No se trata de una mera figura literaria. Es la intuición, como siempre, entendiendo la verdadera naturaleza del mundo. Si sufres, tu mente se desmorona, pero también el cuerpo».

Detuvo la escritura cuando sintió que el automóvil se alejó. Se levantó para rellenar el vaso de licor y sin posarlo sobre la mesa leyó rápidamente sus líneas. Pensó en uno que otro paciente para usar esa experiencia como metáfora útil.

A su mente vino el caso de un anciano coleccionista de aves exóticas, un tipo solitario y agrio con el que apenas cruzó palabra. Lo recordó a propósito de lo que con honestidad habría querido decir en dicho prólogo. Antes de la operación, un viejo que se había negado a empatizar con nadie, se enfrenta a la posibilidad de no salir del quirófano y decidió tomar a la primera enfermera y contarle la historia de su vida. Como si se confesara o si buscara que alguien más lo recordara. Augusto escuchó la conversación agazapado en la puerta de la habitación y supo de la historia triste. Entonces creyó que debía escribir que toda operación a corazón abierto, que es como llama la ciencia a la masiva intervención de los cirujanos para intentar reparar daños que se localizan en la tristeza contenida, mal curada, arrojada como mierda sobre la vida; no es sino la respuesta humana e inútil para atajar una hendidura que no tiene remedio. Desistió de la idea y se conformó a cerrar la idea con una frase fácil para felicitar el aniversario del departamento. Firmó el papel y vació su trago de un golpe.

Volteó hacia el umbral de la oficina y allí estaba Tina de pie. Se encontraba en ropa interior y con un ánimo que Augusto consideró nada propositivo. Él la invitó a acercarse y ella avanzó con obediencia. No se detuvo en los brazos abiertos de su jefe, sino que se recostó en el escritorio boca abajo.

—Trata de acabar rápido. Ha sido un viaje largo.

Augusto soltó una carcajada de desprecio, fue hasta donde tenía la botella de *whisky* y sirvió dos vasos con hielo y agua gasificada. Con un gesto la invitó a sentarse en una poltrona. Le ofreció un trago, el cual ella bebió rápidamente y sin demasiado glamour. A Augusto parecía divertirle el comportamiento inusual de Tina, así que le permitió mantenerlo un rato.

—¿Qué tal el vuelo?

—He tenido mejores. Paula no ha estado...

—No tienes que decirlo. Conozco sus arranques —Augusto bebió un trago. Lo sintió quemar su lengua y garganta—. Es sobre eso que quiero hablarte. Necesito que hagas algo por mí.

—¿Tengo alternativa?

El tono usado por Tina desajustó el talante de Augusto. Sin embargo, no se permitía que ninguna mujer que no fuese Paula dictara el curso de sus emociones. Un pensamiento oscuro lo atravesó con brevedad. Quiso que se fuera hacia las ventanas, o que se marchitara en algún rincón de la habitación. Cualquier lugar era perfecto siempre que no ocupase espacio en su mente y menos terminase escurriéndose hacia la palma de sus manos.

Desde la primera vez que vio a Tina, observó el choque balanceado de las herencias africanas y europeas en su piel, con algún ancestro indígena que le aportaba el rasgado de sus ojos, y supo que debía poseerla para sí. Era un cuerpo equilibrado que no permitía ninguna mejora. Sin embargo, esa noche veía sus pezones a través del encaje de la ropa interior, y supo que no existía la perfección en los humanos. Siempre querría cambiar algo más, pensaba mientras viajaba al interior de Tina en busca de la bomba que llenaba de sangre la boca, los pensamientos y la impertinencia de aquella mujer. Quiso sacarse el clavo de aquella respuesta soberbia, hundiendo un bisturí para abrirle un agujero inmenso y mostrarle que lejos de su culo y pezones soberbios, no había más que sangre y vísceras alimentados por una extraña máquina, cuya razón y por qué de su impulso primario, nadie había logrado explicar.

Volvió de su ensoñación y le pidió con gentileza que convocara a la detective Díaz a una cita en su consultorio en dos

días. También que pusiera al tanto de los detalles de la cita a su abogado personal.

Tina apuntó mentalmente el requerimiento y esperó en silencio. Augusto desató su correa y la volteó sin delicadeza. La apreció unos segundos, sumisa, boca abajo en el escritorio. La penetró con violencia, sin deseo, y con un automatismo que a ella misma le pareció excesivo. Él se aferró a su sostén y lo usó para halarla hacia sí. Tina intentó gemir, usar alguna artimaña para acortar el encuentro, pero entendía que verse vulnerable parecía acrecentar el deseo de Augusto. Así que optó por llorar en silencio y soportar lo que ya no consideraba sexo sino un castigo. Unos minutos más tarde, Augusto acabó con desorden en la espalda de Tina y le susurró al oído un consejo que ella guardaría con el terror de una amenaza. Al recuperarse del cansancio, salieron de la habitación y se fueron hacia el baño. Ninguno de los dos supo que la carta que llegaría a manos del decano de la facultad de medicina, además de ideas poderosas también contrabandeaba dos gotas de tamaños disimiles que cualquier criminalista medianamente avezado, habría identificado bajo la luz de una lámpara ultravioleta.

El olor del café recién hecho hizo que Pablo abandonara un sueño. En él, Silvana lo guiaba a través de unas calles solitarias franqueadas por grandes muros. Ella no habló en ningún momento, solo se comunicaba a través de símbolos que dibujaba en la pared con una lata de *spray* que cambiaba de color. Los mensajes eran confusos, pero se conectaban unos con otros. En cuanto terminaba una pared, Silvana daba un pequeño salto en el aire como si bailara y caía en el próximo muro para continuar su labor. Pablo la seguía con dificultad y apenas entendió la última frase antes de que comenzara a sentir que al sueño se colaba un vapor que lo enceguecía. «Siempre lo has sabido», se leía en una pared pintarrajeada con la estética de los grafiteros urbanos. Despertó sobresaltado. Lorena estaba cerca de él y lo movía con sutileza.

—Hablabas dormido —le dijo pasándole una taza de café.

Pablo se incorporó en el sofá y trató de estirarse un poco. Sentía un leve dolor en la espalda que no pudo ocultar. Lorena se disculpó por el estado del sofá cama y prometió que pondría unas colchas extras para hacerlo más cómodo.

Se sentó frente a Pablo y le informó que la asistente de Augusto había convocado a una reunión en su consultorio.

—Anda, levántate que tenemos mucho que hacer.

Pablo revolvió su equipaje, buscó algo de ropa y fue al baño con la taza de café. Bebió un sorbo y la dejó al lado del lavamanos. Se sentó a pensar y dejar que su intestino y vejiga se descargaran a sus anchas. Mientras se distendía miró dentro de la taza y se le vino a la mente la frase coloquial de no cagar donde se come. Perdió el ánimo de beber el líquido caliente y tuvo curiosidad de dónde habría venido esa enseñanza. Aunque siempre la creyó una lección para quienes, por ejemplo, quieren establecer relaciones amorosas en el trabajo, y terminan arruinando la fuente que les sustenta. El refrán solo le trajo el recuerdo de Fabricio Kolakowski, el novio de Silvana en la universidad. «Ese sí que se cagó en todos», pensó.

Se cepilló los dientes mientras pensaba en su época de universidad y en su grupo de amigos. Hizo esfuerzos por recordar a Lorena Díaz en las postales difusas que la mente le traía de esa época. La vio en el recuerdo, sentada, silenciosa y anónima, en algún pupitre del salón. Apenas si pasando el tiempo en Tierra de Nadie o en los bares cercanos a Plaza Venezuela. En un momento, hasta hubiese creído que ella no era más que una memoria falsa. Se sintió muy mal nada más de crearlo.

Se duchó y vistió en el baño, y salió a la sala. Lorena se hallaba de un buen ánimo y ya se había encargado de guardar el sofá cama. Hizo espacio en la sala para que una de las paredes, donde colgaba una pizarra de acrílico blanco sirviera para el debate del caso. Había pegado alrededor de ella algunos recortes de periódicos con los titulares de las desapariciones y hallazgos de los casos. Las imágenes volvieron a revolverle el estómago a Pablo. Aún le parecía imposible que los crímenes salvajes no se hubiesen convertido en parte de

la agenda pública por más tiempo. Lorena trataba de explicarle que la policía científica había cambiado de visión.

—La élite ya no investiga, se ocupa en llenar los huecos que dejan las fuerzas de seguridad tradicionales. En vez de estar dentro de un laboratorio, resguardan el tráfico, y hacen controles rutinarios para ver si por azar atrapan a algún pequeño traficante descuidado. Es lo máximo a lo que pueden aspirar.

Para Lorena la gran falla de la que llamaba su *alma mater* policial, la constituía el que ahora se dedicaran al resguardo de personalidades y abandonaran su misión primaria.

—Ahora son guardaespaldas personales de las amantes de los políticos de turno, Pablo. Mujeres sin gracia y valor, pero que acumulan silicón en las venas y ambición en el corazón. Para eso quedaron —indicó mientras terminaba de colgar fotografías en un corcho en la pared.

Pablo se acomodó frente a la pantalla y pensó con brevedad en Ángela, la madre de las hermanas Guzmán, en la recomendación de acercarse a las constelaciones familiares, y de pronto creyó que a lo mejor podría usar dicha filosofía para no tratar a las personas sino a las naciones enteras. Tuvo la impresión de que la frase de su sueño y el comentario de Lorena tenían algún punto de encuentro. «Tú no escuchas hablar de Bolívar después de 1830», pensó decirse a sí mismo, pero vocalizó y Lorena volteó a verlo. Negó con la cabeza y le dijo que descuidara. Pero esta frase aportó a la molestia que Lorena seguía tejiendo sobre la policía científica y a quienes la ocupaban en otros menesteres.

—Quizá tendríamos un mejor país, si quienes gobiernan se enamoraran más de Manuelas Sáenz o de Luisas Cáceres y dejaran de drenar sus ansiedades con *misses* y actrices de televisión —añadió con la vista puesta en la pared. Luego, puso una última tachuela a las imágenes de mutilación y

muerte, para decir que ahora se sentía tan proscrita como Bolívar.

Lorena revisó su reloj y le pareció que Wifi se había tardado demasiado en subir a su apartamento. Le había encargado ir hasta la panadería de la esquina por algunos sándwiches y empanadas para desayunar, porque tanto ajetreo le vació la alacena.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Pablo, quien se mantenía escrutando el mapa que Lorena construyó en la pared de su sala.

—Sí, un poco. No tienes de qué preocuparte.

—Wifi ya debe estar por aparecer —volvió a mirar su reloj—. Voy a llamarlo a su teléfono.

—¿Es ese su nombre o un apodo? No quise preguntar para no parecer un chismoso.

Lorena soltó una carcajada y respondió que tan solo era el mote con que ella lo conoció, y que su nombre real era Wilfredo Figueredo. Trajo una taza de café, se sirvió una para ella y otra a Pablo. Metió la mano en su bolso y sacó un frasco de pastillas. Fue hasta la cocina y se tomó una píldora. Pablo la siguió con la mirada durante todo el proceso. Ella se percató de que era observada y esperó tragar el gran sorbo de agua para aclarar cualquier duda.

—Son para la ansiedad. Creo que debo dormir más.

Volvió al sofá al lado de Pablo y abrió la computadora. Este no dejaba de mirarla, lo que la incomodó un poco.

—¿Pasa algo?

—¿Puedo hacerte una confesión, sin que eso signifique nada?

—Claro que puedes.

—Me recuerdas a Silvana, no sé. Creo que las mujeres seguras de sí mismas tienen una especie de estilo, de carácter. Discúlpame si estoy diciendo estupideces.

Lorena recibió las palabras levantando la taza y bebiendo un sorbo que parecía estar medido para evitar cualquier respuesta. Sus ojos no parecían transmitir ninguna información valiosa a Pablo y este pudo percibir como un hilo de vergüenza deshilachaba su ánimo. Volvió a disculparse y se recostó sobre el sofá. Lorena salió al paso, apelando a lo que ella consideraba era un buen juicio para medir cuando alguien necesitaba no un apretón de manos sino unas palabras con un terapeuta.

—¿Quieres hablar de eso que acabas de decir?

—Olvidalo. No debería abrir la boca con cada cosa que me viene a la mente.

—Pero lo has hecho y eso me dice que necesitas sacar algo.

—Voy a parecerte una molestia, Lorena. Y créeme si te digo que puedes enviarme a dormir al pasillo, pero debo volver a repetirlo. Te veo, veo lo que haces —señaló la carpintería del caso hecha con la base de imágenes perturbadoras y datos estadísticos— y no entiendo a cuenta de qué estoy aquí.

Lorena bajó la taza de café y la puso sobre la mesita de la sala. Odió poner la cerámica en contacto directo con la madera y creyó que el calor podía generar una mancha. Habría sido una buena excusa para levantarse y darle un rodeo a las cuestiones existenciales de su amigo, pero sintió que debía hacerle frente, al menos en lo que por los momentos estaba dispuesta a revelar de sí misma.

—Sin ti, Pablo, Silvana solo sería un número. Un crimen más de los cientos, de los miles que ocurren sobre esta tierra. ¿De qué nos sirve ir tras el mal, si apenas podemos ver a quienes lo sufren con un atisbo de atención? No entendemos a la víctima, menos podremos ver el rostro de quién la convirtió en tal. ¿Recuerdas? En las primeras clases de antropología, esta profesora de cabello alborotado... ¿la recuerdas?

—Sí, la recuerdo.

—Nos decía. Hagan una lectura profunda del mundo, dejen la superficie para el resto de las ciencias. «A ustedes les toca el ángulo invisible». Esa frase, Pablo. Esa frase fue la que me hizo tomar el teléfono y pedirte que vinieras. No tengo acceso a esa perspectiva oculta, al mundo íntimo de Silvana, tú viviste algo de ello.

—Solo una pequeña parte...

—Creo que esa etapa inicial de la universidad es tan reveladora de lo que somos —Lorena rio con ternura y se levantó en dirección a su habitación. Salió con una pequeña libreta—. Fui hasta la escuela y entrevisté a la profesora, le pregunté lo que recordaba de Silvana, de esa época. Mira lo que dice de ella —Lorena se aclaró la garganta y leyó.

«Ahora está muy de moda hablar de que estamos divididos o rotos, ¿pero acaso esto no ha sido siempre así?, en esta Latinoamérica me refiero. Justo ahora, estoy en una consultoría para la UNESCO, sobre la migración. Déjame decirte que cuando pienso en las ciudades de este subcontinente lo que veo es eso, una división, una cicatriz que construye calles, plazas y suburbios. Trato de sanar la ciudad a través de planes de urbanismo, de tejer modos de vida junto con las edificaciones. Pero nada funciona. Perdóname tanta conversa, quizá inútil. Sí, agradezco haber estado allí, y conocerla, y déjame decirte más... lo que Silvana hizo por ese país algún día será reconocido. Esa acción, esa toma del Consejo Universitario fue el golpe de realidad que necesitábamos todos. No, no somos el maldito país unido de los comerciales de televisión, de los concursos de belleza, de las telenovelas, de los mensajes navideños. ¿Pero qué somos entonces? No lo sé, de veras, quizá... solo seamos eso, una herida mal curada».

Lorena arrojó la libreta a un lado del sofá. Un leve rumor surgía desde lo más profundo de Pablo y el sueño que hacía unas horas había tenido. Lorena quiso asentar su punto.

—¿Viste como hablas? ¿Lo que construyes? Escucharla es como volver a la época de la universidad, es tener a Silvana caminando del comedor hacia la Biblioteca Central, arengando a los vagos de las facultades de filosofía y letras para que se unan a la lucha. La estamos siguiendo en tiempo real, puede sonarte a locura, pero no es así.

—Silvana me dijo en un sueño «Siempre lo has sabido». ¿Qué cosa siempre he sabido? No lo entiendo.

—Posiblemente algo que lleva mucho tiempo guardado en esa cabeza y que debes sacar a flote. Oye, Pablo —Lorena se acercó muchísimo a su rostro, era la primera vez desde que se conocían. La energía del momento eliminó cualquier interpretación sexual, aunque la tensión fuese sentida en fibras más sensibles del muslo donde ella puso su mano—. Tengo una premisa, he emprendido esta tarea con una idea clave. Silvana es nuestra víctima cero. Si damos con quien la mató, el resto de los casos irán cayendo como fichas de dominó. Me han dicho que es mejor trabajar con los casos recientes, etcétera, pero no lo creo. Volver a Silvana es ir no al cabo suelto, sino al que sostiene la madeja de hilo.

Un fuerte golpe a la puerta los sobresaltó. Alguien intentaba abrirla con premura. Lorena fue hasta su cuarto y volvió con una pistola automática que ocultaba para emergencias similares. Apuntó con seguridad hacia la entrada y avanzó con sigilo hasta que logró ver por el ojo de seguridad. Bajó la pistola y exhaló todo el aire contenido. Sus ojos se expresaron en una expresión de rabia que iba a ser imposible contener. Tomó el pomo de la puerta y lo giró.

—Wifi ¿qué carajo haces? Nos vas a matar de un susto...

Wifi se detuvo un segundo. No pronunció palabra. Entró con una bolsa de papel que estaba manchada de grasa. La puso sobre la mesa de la sala, tomó el control remoto del televisor y lo encendió.

—Hay disturbios en toda la ciudad, Lorena. Va a ocurrir, el modelo... el modelo... las matemáticas. Alguien va a morir —dijo caotizado, con la voz temblorosa.

No estaba segura si había despertado dentro de un sueño. Marisol recuperaba con dificultad algo de su consciencia, a pesar de que la oscuridad le hacía muy difícil entender de dónde provenían las voces y los ruidos que escuchaba. En su mente no se reproducía ninguna imagen conocida, pues sus ojos parecían estar mirando hacia dentro y no al exterior. Daba tumbos con las manos atadas a la espalda. Trató de recuperar la sensación sobre su cuerpo y ubicarse. Con lentitud su memoria armaba los últimos momentos antes de perder el conocimiento. Su piel reaccionaba a las ataduras que la mantenían inmóvil. Sintió su boca sellada por una cinta de embalaje. Sofocada y nerviosa empezó a moverse violentamente en el interior de la camioneta que la engulló en la calle. Quien la custodiaba, la miraba con desdén, sin conectarse con el ser humano que se revolvió con desesperación a pocos centímetros de sus ojos. Su única acción fue ponerse unos auriculares, subirle el volumen a la radio y tratar de dormir antes de llegar a su destino.

Cuando el efecto de la droga pasó, Marisol hizo inventario de su cuerpo y las zonas específicas que habían sido atadas. También hizo un repaso por los segundos previos a ser sometida. Se sentía tonta y frustrada. ¿Cuántas veces ella misma, no había incorporado a sus obras, unos cuantos consejos aleccionadores para las niñas que la veían? «No seas la próxima», decía el cartel que abría el segmento. El contenido lo redactó con dolor en una sola noche, luego que supo que una de las alumnas que asistían al taller de expresión corporal apareció ahorcada y violada en un contenedor de basura. Ahora pensaba que debió ser más enfática, no solo con ellas, sino con las niñas y muchachas que asistían a sus presentaciones, y además de prevención también haberles enseñado unos cuantos conocimientos sobre cómo zafarse de una llave de sometimiento, o cómo desarmar con un golpe certero a la tráquea. Poco a poco, el miedo se transformaba en una profunda ira. Se juró a sí misma que de salir con vida de aquella situación dejaría el gesto y usaría su voz para decirles que de nada servía que las mujeres practicaran la bondad y la justicia, si tenían que enfrentarse a un mundo de hostilidades que las oprime y asesina.

La camioneta se detuvo y el rumor de la máquina trocando bajo ella cesó. Escuchó unas puertas abrirse, pasos, el ruido de las cadenas y el de su propio cuerpo golpearse contra la camioneta cuando intentaba zafarse de las manos invisibles que la atenazaban. No escuchaba voces, solo un golpeteo seco y disperso.

La elevaron entre varios como si trataran con un costal de granos. Marisol intentaba gritar, pero su aliento era retenido por la mordaza. Su mente le trajo la imagen de su hermano, hablándole lejos, desde un territorio que parecía una espiral que engullía cualquier palabra que intentara pronunciar. Su cuerpo de niño desapareció después de caer junto a su madre

por aquella alcantarilla a la que la empresa de agua olvidó colocar la tapa de seguridad. Nunca lo encontraron. Nadie se responsabilizó de sus muertes y a la ira colectiva inicial le siguió como suele resultar ya moneda conocida, el desinterés del tiempo. En algún lugar de la indolencia del sistema de justicia, debía reposar la demanda de Marisol contra los que ellos consideraban cómplices necesarios para que tal desgracia ocurriera.

¿Qué pasaría con ella? ¿Desaparecería para siempre? ¿Harían carteles y marchas a su nombre, sería la bandera de lucha de un grupo de mujeres aguerridas? ¿Su caso se archivaría? ¿Correría con el mismo destino? Se preguntaba de todo en la oscuridad. Pero sentía que la furia e indignación se instalarían por una semana, con suerte un mes. Después llegaría el deterioro de la atención pública y el inevitable abandono de la memoria. Ella no culparía a sus vecinos si aquello pasaba. ¿Quién los puede culpar cuando se debe atender el día a día, lo que comerán por la mañana, ocuparse de si sus hijos tendrán zapatos para asistir a la escuela, o los crímenes habituales del barrio, un robo que salió mal y dejó tirado el cuerpo de un estudiante de secundaria a cinco pasos de una cancha deportiva, o el hallazgo de una mujer que llegaba de una fiesta y tuvo que dormir para siempre al lado de gusanos y basura putrefacta? ¿Quién puede culpar al minúsculo habitante del mundo no llevar la cuenta a los horrores?

Sus interrogantes no obtuvieron respuesta. Un paño húmedo que enfrió su nariz la arrancó de sus cuestionamientos y la llevó a recordar el olor del incienso que olió la primera vez que pisó una iglesia.

La oficina del Ministerio de Interior y Justicia es un salón no mayor a doscientos metros cuadrados con luces tenues. Se conecta con la terraza a través de una escalera exterior y le permite al ministro respirar aire fresco mientras medita sobre las complejidades de su labor. Usualmente, las llamadas del presidente se reciben a través de un pequeño teléfono encriptado cuyo modelo varía según haya avanzado la tecnología. Se evitan las líneas convencionales y en el caso de los asuntos que comprometan la seguridad de la nación, se prefiere convocar al ministro al Palacio de Gobierno para transmitir órdenes y debatir estrategias. Pero ese día resultó atípico. El presidente estaba fuera del país y el ministro dirigía una reunión a puerta cerrada, donde los jefes de los principales organismos de seguridad del Estado alertaban sobre planes sediciosos que tenían el ropaje de la protesta callejera.

El director del servicio de inteligencia culminaba una larga pero interesante reflexión, a juicio del ministro, sobre las múltiples caras de la guerra en el mundo conectado por redes

de información. Solicitaba además, que cualquier asunto por más mínimo e insignificante debía ser incluido en el sistema de inteligencia artificial que recién se había instalado. Un automóvil accidentado en una autopista concurrida, el ticket de una compra masiva de fertilizantes, la desaparición de una mascota, todo debía ser digerido por la máquina.

Las palabras del director alejaron mentalmente al ministro de la reunión y lo llevaron a la azotea. Dos horas atrás el presidente lo había llamado desde Estambul, donde asistía a una cumbre bilateral.

—Alfonso, ¿sabes de lo que me he enterado y no precisamente gracias a ti?

—No, señor. ¿De qué se ha enterado?

El ministro sabía que cuando el Número 1 usaba sus nombres de pila, era para tensar el resorte de una reprimenda difícil de asimilar. Aunque agradecía que esta fuese por la línea telefónica, igual sentía un malestar en la boca del estómago.

—Me ha llamado una persona a quien estimo en demasía, para decirme que en el partido, en los colectivos de organización política, en todo internet se habla de que una muchacha que hace apenas una semana estuvo conmigo en la Compañía Nacional de Teatro ha desaparecido. ¿Tú entiendes lo que eso significa, verdad?

—Entiendo su preocupación, señor presidente.

—No, tú no entiendes un carajo. Comenzaron las protestas y nosotros en vez de enfrentarlos unidos, tenemos ese lanzazo en el corazón y a la gente preguntándose quién está al mando de este gobierno. Mañana de seguro voy a leer las noticias y me madrugarán con que encontraron su cuerpo en un contenedor de basura y que además, nadie, escúchame bien, Alfonso, nadie, ni la policía, nadie movió un dedo por ella.

—Activaré el plan.

—En cuanto llegue, ¿sabes a qué actividad debo asistir, Alfonso?

—No, aún secretaría de despacho no me ha informado.

—Voy a inaugurar la sede del Ministerio de la Mujer. Ahora, supongo, que no me vas a dejar levantar un edificio sobre la tumba de una inocente.

—No, señor presidente.

—Supongo que no dejarás sea interpelado por quienes se sentarán frente a mí para en silencio, que es lo peor, decirme que no hice nada para proteger la vida de esa muchacha. Supongo que no me permitirás llegar a casa y que mi hija que recién cumple quince me pregunte quién es la mimo que apareció violada y mutilada en un parque público. Entonces, tendré que pensar en ti, en que me enteré por terceros y de que no puedo hacer más nada que mirar a los ojos de mi pequeña y venirle con la sarta de idioteces de que el mundo está lleno de gente mala y nosotros hacemos nuestro mejor esfuerzo. ¡Estoy harto de los gestos inútiles! No voy a tolerar a otra Silvana Guzmán en nuestro historial de ineficiencias irreparables.

—Pondré a mis mejores hombres —el ministro de Interior sintió, en el segundo en que la llamada se cortó, el mismo espasmo de cuando revisó el monitor de signos vitales y el pitido característico anunció el fin de la vida de su madre.

«No voy a tolerar a otra Silvana Guzmán». Esa última frase era determinante para entender el estado de ánimo del presidente. De seguro había sido Antonio Guzmán quien le había llamado. Una pérdida irreparable, sin ninguna duda, y también un callejón sin salida. A su mente, en una cascada de datos dispersos que hacía tiempo no visitaba, le llegaron retazos del caso. De un modo que no logró explicar, las palabras del presidente lo agujonearon con brutalidad tanto en

el ego profesional, como en la propia amistad que los unía. Ambos habían militado como líderes estudiantiles, y el crimen de Silvana los había estremecido. Sin embargo, luego vino la bomba sobre el edificio y a eso le siguió el golpe de Estado, los sabotajes terroristas a las industrias del Estado. Quizá su error fue haber delegado demasiado el caso y también subestimar a la única que tuvo las agallas de enfrentarlo.

Pidió concluir la reunión y delegó la responsabilidad de mantener vigilancia sobre los focos de disturbios a la guardia nacional. Luego despachó a los asistentes pero pidió a los directores de la policía científica y del servicio de inteligencia que se quedaran. Tecleó el intercomunicador y pidió a su asistente que le enviaran el informe que había logrado preparar, así como una carta que mandó a archivar con especial cuidado.

El director de inteligencia y el de la policía científica apenas se toleraban. Sentían que en muchos casos, si no en todos, sus pesquisas y labores colindaban y eso los había enredado en una madeja de discusiones nada amistosas. Guardaron la compostura y esperaron que el asistente del ministro dispusiera la documentación frente a él y empezara a hablar.

—Señores, el presidente me ha llamado para tratar un caso especial. Entenderán que he quedado como un imbécil, al no tener la menor idea de qué hablaba.

Los dos jefes comenzaron en silencio a recopilar cuanta información hubiese pasado por sus manos y que pudieron obviar o simplemente no considerar fuese de relevancia para la atención del ministro. Ambos preparaban excusas por igual, incluso sin haberlo acordado iban a culpar a la academia de policías, quienes les enviaban con mayor regularidad cadetes que no contaban con las habilidades y talentos necesarios para destacarse.

El ministro reparó en los papeles que posaban frente a él y sacó una fotografía. La deslizó sobre la mesa hasta que quedó visible para los otros acompañantes. El director del servicio de inteligencia levantó la foto, la examinó y habituado a mirar fotografías en circunstancias similares concluyó por sí solo que fuese una criminal o que hubiese desaparecido, la tarea sería encontrarla.

—Marisol Castro, 25 años, licenciada en teatro por la Unearte. Líder social, muy apreciada por su comunidad, y ahora una preocupación más para el presidente de la República. Desapareció hace unos días. Los padres —el ministro guardó silencio con la vista puesta en el papel. Carraspeó la garganta y leyó el expediente con un énfasis aleccionador— la reportaron desaparecida ante la policía científica y allí les dijeron, y cito: «Tenga paciencia, puede que solo se haya fugado con el novio». La denuncia la terminó tomando el juez de paz de la parroquia y tuve que enviar a mi asistente a recolectarlo de un maldito archivo de una prefectura. Son una vergüenza.

Ninguno quiso ser el primero en hablar. La peor parte la llevaba el cuerpo de investigaciones y es por ello que su máxima autoridad ya preparaba una línea que contuviese la ira del ministro. No suponía que el próximo golpe viniese con mayor fuerza.

—Entonces, me dije. Oye, Alfonso, creo que deben considerarte con alguna discapacidad para manejar las malas noticias o quizá piensen que no necesito saber qué ocurre fuera de este despacho. Flores —miró directamente al director de inteligencia—, ¿te parece que me voy a desmoronar si llegas a comentarme algo negativo?

—No, claro que no, señor ministro.

—¿Y tú, Vásquez? ¿Crees que soy muy sensible como para lidiar con lo imprevisto?

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué carajo debo ser el último en enterarse de lo que ocurre? —el golpe que el ministro dio a la mesa con la palma de la mano y el grito que le acompañó fueron escuchados por el asistente personal y la secretaria de turno fuera de la oficina. Ambos cruzaron miradas pero no emitieron comentarios. La reunión prosiguió.

—El presidente me pidió con muchísima claridad, como si me encargara su propia vida que no deseaba a otra Silvana. ¿Te suena el nombre, Vásquez?

El director de la policía científica sintió un frío que lo cortó en dos. Deseó en ese momento haber seguido el consejo de su esposa de retirarse a tiempo y de no perseguir el sueño incierto de ser el sucesor del ministro. Esa noche llegaría a su casa para decirle que tenía razón. Sin embargo, antes de que la angustia moldeara de mala manera a su esposa, tenía por delante que hacerle frente a una molestia que no hacía sino escalar.

—Recordé, Vásquez, que un miembro de tu equipo me hizo llegar un informe. En ese momento, por respetar un cierto código de jerarquía y además por apelar a la estúpida confianza que te tengo, ni siquiera vi la primera página. ¿Recuerdas? Te llamé, me echaste tierra en los ojos y nos olvidamos del asunto. «Indisciplina, elucubraciones de una mente enferma», eso decías. Pues bien, luego de que el presidente limpiara el suelo conmigo, pedí el informe. ¿Y sabes qué? Lo leí con mucha atención. Tomé un resaltador, como para que no se me fuese a pasar por segunda vez esta clase de detalles y marqué algunos pasajes de este informe titulado «Toda la verdad sobre el caso de Silvana Guzmán». ¡Vaya, qué dramático! Muy literario todo. Leeré un fragmento, por favor Vásquez, tú también Flores, quiero que me presten mucha atención:

«Las heridas *post mortem* en el cuerpo de Silvana, hacen pensar que no enfrentamos un crimen de oportunidad ejecutado por un inhábil asesino. Las circunstancias del terreno que permitieron preservar el cuerpo de Guzmán, aunque pueden considerarse un producto del azar, no previsto por el homicida, nos permiten inferir que no deseaba firmar su obra o que se hiciera público su delito. Sin embargo, el modelo computacional pudo considerar que, basada en las características de las víctimas, el que los posteriores cuerpos mutilados fuesen encontrados con tanta facilidad, puede considerarse un cambio de perspectiva o de deseos de que comenzase a relacionarse las muertes como parte de una obra conjunta, puede que una obra en proceso. La dificultad estuvo en encontrar la relación entre las muertes, cuestión que el modelo puede probar, de lo contrario cada caso habría sido tratado de manera individual y desconectada. Estamos, a pesar de la opinión contraria de las autoridades policiales, frente a un asesino serial con métodos y un comportamiento que puede ser predecible. Por tanto, lo que se puede anticipar, es susceptible de evitarse».

El despacho se llenó de una inmensa niebla que hacía muy difícil que los tres personajes sentados en aquella mesa pudiesen articular las mismas preguntas o respuestas. Vásquez sintió que debía hacer cualquier cosa, por más inútil que pareciese.

—Señor, con el debido respeto. Hablar de asesinos seriales luce un tanto apresurado e incluso peligroso. Nuestros psicólogos forenses han hecho sus apreciaciones al informe de la detective Lorena Díaz y hemos concluido que hay mucho de retórica del espectáculo. Es mucho más serial un muchacho de 15 años que acumula una veintena de asesinatos en su espalda.

El ministro de Interior tronó con una carcajada. Tomó el informe y buscó en él moviendo algunas páginas con interés.

«De seguro, se argumentará que un joven perteneciente a una banda criminal, puede ser catalogado como un asesino serial, y con esto restarle peso a cualquier investigación profunda sobre el caso Guzmán».

—Justo lo dijo. No me digas que tu técnico también es una especie de profeta o de adivino. Detective, cuidado con lo próximo que digas, es posible que ya esté escrito en estas páginas —dijo el ministro haciendo un gran y consciente esfuerzo porque la sorna se transmitiera con eficiencia hacia su subalterno.

El rostro de Vásquez no podía acumular más sangre. Si la reunión se extendía unos minutos más habría sido posible considerar que los vasos capilares serían transmisores de algún coágulo mortal. El ministro cerró el informe y fue determinante.

—Ubica a esta muchacha, necesito que me explique aquí si es posible encontrar a Marisol Castro y al psicópata que está detrás de todo esto. Lo único que me falta es que además de las protestas tenga que lidiar con un monstruo. La reunión ha terminado.

Ambos directores se levantaron de sus asientos y se despidieron en voz baja. Cuando abrieron la puerta el ministro le pidió a Flores que se quedara unos segundos más. Vásquez sintió que sus órganos se iban a licuar dentro del cuerpo, pero fue estoico, salió al pasillo y luego al ascensor privado.

Flores se acercó al ministro y no se sentó hasta esperar la invitación. El ministro tomó el informe y se lo entregó. Fue hasta la ventana de su despacho, única fuente de luz natural de su oficina. Miró hacia la acera y percibió a los peatones como hormigas diminutas e ignorantes yendo o viniendo de las actividades rutinarias, y sintió por primera vez desde que

se había dedicado a la política, que deseaba no estar quince pisos sobre el suelo, sino ser anónimo y rutinario. Volteó a ver al director de inteligencia quien esperaba paciente y silencioso tras él.

—En cuanto encuentren a Lorena Díaz quiero que seas tú quien lleve las investigaciones. Será un trabajo del equipo de inteligencia. Relevaré a Vásquez de la responsabilidad. Prepara los detalles.

El director apretó la carpeta contra su cuerpo y con rigidez militar junto los talones soltando un sonido seco y poderoso.

—Considere cumplida la orden —dijo sin pestañear.

La secretaria de Augusto, una mujer de unos sesenta años llamada Ana, cumplía con el ritual diario que su jefe le solicitaba. Supervisaba que el equipo de limpieza de la clínica diese un tratamiento especial a la escultura de bronce de Artemisa, que según las indicaciones, debía brillar cada mañana, sin falta. El olor a lavanda tenía que ser equilibrado y apenas notarse. El área de la recepción debía mantenerse impoluta y preparada para cumplir con cualquier requerimiento de los exclusivos pacientes que atendía el doctor Zuloaga. Para Ana, las tareas comenzaban temprano, a eso de las seis del mañana y culminaban aproximadamente a las cuatro de la tarde. Había excepciones para dicho horario. Los compromisos políticos o académicos podían acortar la estadía de Augusto Zuloaga en el consultorio, también otra clase de imponderables, como el que tendría lugar ese día. Tina, la asistente personal de la familia, había informado a Ana la noche anterior, que ese día a eso de las tres, Augusto Zuloaga atendería a una detective de la policía científica. No recibió más detalles y ella tenía por costumbre aprendida a no

solicitarlos. Dudó sobre cómo rellenar la categoría «Asunto» en la cita con la detective. La dejó en blanco y llegó a la conclusión que lo mejor era olvidarse de esa leve ruptura en el cotidiano discurrir de su trabajo. Supuso que el motivo de la reunión no tenía que ver con algún problema del corazón, no al menos de esos que se enseñan a curar en la facultad de medicina.

Augusto Zuloaga llegó cerca de las nueve. Venía impecable, con una camisa blanca de rayas azules y en las manos un maletín marrón de cuero. El pantalón azul marino le marcaba los músculos tensos por la constante práctica del rugby. Ana tenía sesenta años pero no se había quedado ciega, y aprovechaba de avivar su llama interior con una que otra mirada discreta al doctor Zuloaga.

Cuando Augusto entró a la oficina supervisó cada detalle de manera casi inconsciente. Fue hasta Artemisa, pasó el dedo índice de la mano derecha por la frente de ella y se persignó con él. Se acomodó detrás del escritorio y encendió su laptop. Allí, los canales de televisión en línea le ofrecían la posibilidad de hacer seguimiento en tiempo real de las protestas en el país. Se quedó en uno que transmitía la declaración de un hombre que llamaba a los jóvenes a ejercer mayor presión. Aumentó el volumen y escuchó algunos segundos. Tomó el teléfono celular para llamar a Zitmann.

—¿Lo estás viendo? —preguntó Augusto.

—Lo veo, lo veo.

—No me gusta en lo absoluto este tipo. ¿Acaso se cree que va a sobrevivir a esto?

—Pienso que se ha tomado muy en serio su papel...

—O no se lo han explicado en lo absoluto.

—Quédate tranquilo. Nosotros sigamos avanzando y que cada quien cumpla su rol en el juego. Todos son piezas, recuerda.

—Tengo por qué preocuparme. Los muchachos en las calles lo ven como su líder.

—Augusto, no pierdas el foco. La mente de la masa es voluble. La facilidad con que encumbran es la misma con que suelen olvidar. Deja que el hombre viva su fantasía. Va a quemarse en pocos días y allí estarás tú para cosechar los frutos.

—¿Crees que funcione? ¿Que el gobierno ceda a adelantar las elecciones?

—No tiene otra opción. En cuanto se vea contra las cuerdas llamará al diálogo, hará concesiones. Y nosotros tendremos nuestras cartas preparadas.

—¿Y si este sujeto se aferra a su papel? Si siente que debe liderarnos.

—Deja eso en mis manos. En cuanto hagan un llamado a las elecciones, filtramos a la prensa su pasado. ¿Quién puede creer en un golpeador de mujeres? Lo pulverizarán.

—Está bien.

—Te repito, enfócate. Y dejemos que ella siga guiando nuestros pasos.

Augusto se despidió y soltó el teléfono celular sobre la mesa de madera. Sus ojos fijaron las imágenes que le transmitía la pantalla, pero su cuerpo a pesar de los consejos no podía procesar la ira que sentía al escuchar a los jóvenes rodear a su enemigo mientras coreaban un nombre que no era el suyo.

El automóvil avanzaba entre los escombros y barricadas puestas en las calles. Pablo Linares se aferraba a cuanto pudiese y contenía la respiración. De vez en cuando, dejaba de poner su atención en algún potencial accidente, para reparar en el gesto impenetrable y acerado de Lorena. Ella miraba hacia el exterior y su mapa mental no procesaba las protestas, ni los encapuchados que impedían el tránsito de peatones y vehículos, solo veía rutas alternas con un rango de al menos dos y tres opciones reales.

Era firme y no se dejaba impresionar por algunos que llegaban a pegarle en el parabrisas o los laterales, ordenándole detenerse. Su única respuesta fue sacar la pistola y pedirle a Pablo que la guardara en la guantera para no dejarse llevar por alguna reacción mal contenida. Este obedeció.

Durante la mañana habían hecho seguimiento con Wifi de las protestas, con especial cuidado a cualquier reporte de personas desaparecidas. Lorena había encendido un radio de onda corta de la policía científica y monitoreaba algún 78, que era el código de seguridad de las transmisiones policiales

para reportar secuestros. Nada aparecía en sus precarios radares. Ante la falta de información, pero no por ello de seguridad de que el modelo iba a comprobarse, pensaron en que sería importante ir con alguna estrategia previa para la cita con Augusto.

El mayor beneficio —puede que el único resultado provechoso de la reunión—, sería obtener algún dato extra sobre la desaparición de Silvana y que no haya aparecido en los interrogatorios elaborados diez años atrás.

Lorena había leído cien veces los pobres esfuerzos hechos por lo que ella creían eran seres cansados de sus carreras y de su vida en general, vacíos de toda creatividad o interés por resolver un caso que para ellos no significaba nada.

—¿Qué puede moverle a un burócrata encontrar o no al asesino de una mujer sin rostro ni historia con la cual empatizar, si igual va a recibir su salario a fin de mes? Lo resuelva o no, irá a casa, se olvidará el asunto y verá los resúmenes de la jornada de fútbol mientras su mujer le reclama más atención y sus hijos lo ignoran tras una pantalla de celular. De esa matriz —señalaba Lorena— parte el hecho de lograr cero creatividad a la hora de formular las preguntas.

—Los antiguos griegos nos enseñaron que hacer una buena pregunta es la mitad del recorrido —añadió Wifi sin despegarse del teclado de la computadora.

Habían acordado que Pablo la acompañara para desequilibrar a Augusto. Sacarlo de esa vitalicia zona de confort en la que se convierte la vida de quienes vienen con el mundo resuelto. Aunque también acordaron que dejaría el trabajo policial en manos expertas y que evitaría seguir a Augusto si este lo pretendía usar para desviar la atención del objetivo principal. Al salir del apartamento dejaron a Wifi para continuar con la captura de información sin distracciones y para

que este pudiese garabatear cuanto quisiera en una libreta que tenía para hacer hipótesis sobre el pasado y el futuro.

Llegaron al consultorio de Augusto con algo de tiempo. Lorena se presentó ante la secretaria y le informó que tenían una cita. Mientras la registraba en su computadora, Lorena sondeó el lugar y además de la ubicación de las escaleras de incendio, salidas de emergencia y posición de las cámaras de seguridad, también capturó el nombre de Ana impreso en una placa de metal en el escritorio.

—Lindo nombre.

La secretaria subió los ojos sorprendida. No estaba acostumbrada a lidiar con cortesías en ese lugar. Sonrió. Lorena le comentó que su abuela se llamaba así, Ana, y que su segundo nombre era María.

—Qué casualidad, señorita Díaz, llevo este nombre en honor a mi abuela —contestó intentando hacer contacto visual y no teclear mal el ingreso en la base de datos. Lorena le sobrevino una corazonada que no quiso dejar pasar.

—La dejo, para que no se vaya a equivocar...

—No, no, de ninguna manera, señorita. Solo hago el registro de su entrada y de inmediato le informaré al doctor Zuloaga que están aquí.

—De acuerdo. Pero mejor no interrumpo su rutina...

—A veces hace falta —dijo con cierta melancolía.

—Claro que sí, claro que sí. Aunque es importante que ocurra para que no nos gane el desorden. Por ejemplo, y usted me corrige si me equivoco —Lorena gestualizó bastante y Ana dejó de teclear para prestarle atención—: Llega al trabajo, se sienta aquí, abre sus notas para repasar las tareas del día, va y hace café y luego al archivo para tener la historia de los pacientes a la mano. En ocasiones el automatismo es un aliado.

—Prácticamente ese es mi día, solo por dos detalles: ya no bebo café, solo té, y no hay necesidad de lidiar ya con los archivos de las historias clínicas porque todo está digitalizado aquí —Ana señaló la computadora.

—Aunque todo avance trae atraso. Lo tiene al alcance de la mano —Lorena dio un vistazo furtivo a la pantalla de la computadora y atrapar el nombre de los archivos de registro, sonrió en todo momento—, pero se pierde la oportunidad y la excusa de levantarse y al menos caminar un poco, ¿no lo cree?

—Ciertamente, señorita Díaz. Está en lo correcto.

Lorena fue hasta donde aguardaba Pablo y le comentó la necesidad que tenía de hacerse con el archivo de los pacientes y el histórico de visitas que estaban en el computador. Le pidió ayuda para idear alguna maniobra de distracción, pero no tuvieron tiempo de nada porque Ana batió su mano a unos metros y les informó que el doctor Augusto los recibiría de inmediato.

Comenzaron a caminar y Pablo sintió un breve estremecimiento en su estómago. Los recuerdos de la universidad golpearon el dique de desinterés que había construido para contenerlos. Pensaba en Augusto, y la primera imagen que le atravesó fue cuando este le pidió interceder ante Silvana para desistir en la toma del consejo. En aquel pasillo de psicología, rodeado de sus matones y aquella insensible que más que hermana, parecía una verdadera enemiga. Quiso enfocarse cuando Ana les abrió la puerta del consultorio y les decía que ella estaría afuera por si algo se les ofrecía, pero todo fue inútil porque al entrar en el acomodado y pulcro consultorio no vio al doctor Zuloaga, sino al sujeto que Silvana había nombrado hacía más de una década como su némesis.

Augusto se puso de pie y levantó su mano para saludar a Lorena. Puso su mejor empeño para contener la impresión

que le causó ver a Pablo Linares. Hizo cientos de cálculos sobre la reacción más conveniente, pero aquello iba a contracorriente de lo que sus vísceras le reclamaban y de algún modo, estos últimos días había optado por no controlarlas.

—¡Qué sorpresa! ¿Te conozco? —dijo a Pablo sin soltar la mano de Lorena en un apretón nada efusivo.

—Sí, nos vimos un par de veces —contestó Pablo.

—Bueno, pues bien. Adelante, tomen asiento. Cuéntenme, en qué puedo servirles.

Lorena supo que había tenido razón en que Augusto usaría a Pablo para zafarse. El buen doctor evitaba prestarle poca atención y la pregunta la había hecho no a ella, sino al otro hombre en el cuarto. Una táctica usual para menospreciar y restarle autoridad.

—Venimos a hablar del caso de Silvana Guzmán. La hermana de su esposa.

—Sí, algo me ha adelantado mi asistente. El asunto aquí es que no creo que pueda decir algo diferente a lo que ya está en los interrogatorios. No sé qué aportar de nuevo a algo que pasó hace ¿quince años?

—He leído los informes y hay algunas cosas que quiero repasar.

—Detective, ¿estoy siendo interrogado? Porque déjeme decirle que si es así, tendré que llamar a mi abogado.

—Por qué no lo vemos como una conversación amistosa. Solo para refrescar la memoria.

—Ya veo —Augusto cruzó las manos sobre la mesa y el gesto no pasó inadvertido para Lorena.

El celular de Augusto vibró en la mesa y este dio un ligero vistazo. «Disculpen, pero debo responder esta llamada». Se levantó de su asiento y caminó al interior de la oficina. Lorena volteó urgida hacia Pablo y le confesó que no iban a lograr grandes avances en aquella conversación, que lo mejor

sería usar otros métodos de aproximación. Se levantó de su silla y salió del consultorio.

La secretaria la recibió con sorpresa. Estaba de pie con una carpeta en la mano.

—Disculpe, señorita ¿se le ofrece algo?

—No, no en lo absoluto.

Ana sostenía la carpeta y la movía con impaciencia. Lorena analizó sus oportunidades y dio un paso al frente.

—No se detenga por mí.

La secretaria sonrió con levedad, atrapada en su intención de pasar desapercibida.

—Es que necesitaba entregar este documento, pero tampoco quería ausentarme.

—Hagamos algo, Ana. Me quedaré aquí unos minutos, e informaré que ya regresa. Incluso con el doctor Zuloaga.

—¡No! —la secretaria atajó su reacción impulsiva y rebajó la intensidad—. No, se molestaría muchísimo.

—Entonces, que quede entre nosotros —dijo Lorena mientras guiñaba un ojo.

Ana sonrió y aceptó con gesto cómplice la propuesta. Se perdió en la esquina del pasillo. Lorena se cercioró de que la secretaria estuviese lo suficientemente lejos y no le tembló el pulso para hacer su movimiento.

Un recorrido por la oficina de Augusto, le bastó a Pablo para darse cuenta de que nunca se había equivocado en la percepción que siempre tuvo de aquel sujeto. El espacio estaba ordenado y la paleta de colores no permitía más variación que la ofrecida por la escultura de bronce de la diosa griega. Pablo la reconoció de inmediato, aunque se le hizo esquiva la interpretación de lo que hacía exactamente allí. ¿Qué clase de símbolo o conexión con la labor de Augusto representaba?, se preguntó. Quizá habría sido el regalo de algún paciente agradecido, o una extravagancia más de

quienes no saben qué hacer con el dinero en los bolsillos. Se acercó a una pared, donde colgaban algunos diplomas que demostraban la experticia de Augusto en las especialidades más complejas de la cardiología. También había algunas fotografías, y una en especial atrajo su atención. Se trataba de un equipo de rugby. Allí había unos 22 muchachos, con un Augusto mucho más joven y también otro rostro conocido: Igor, uno de sus amigos de la universidad. La fotografía era identificada con el rótulo: «Equipo Campeón, 2005, Copa Federaciones Suramericana».

—¿Ves a alguien conocido? —Augusto se había aproximado con la sigilosa agilidad de un gato. Pablo volteó con sobresalto y el doctor Zuloaga sonrió sin que su rostro dejara de mostrar frescura. Sus ojos buscaron a Lorena por el consultorio.

—Ha pasado el tiempo, Linares. ¿Pero quién lleva la cuenta de estos dieciséis años?

—Supongo que nadie —ripostó con fuerza Pablo dejando de observar el cuadro.

—¿Dónde está tu *partner in crime*? Estoy esperando las acuciosas preguntas de la detective Díaz.

—Supongo que en el baño —contestó Pablo con desgano.

—¿Y bien? Cuéntame algo de tu vida ¿Qué has hecho con ella? Sabes que siempre me he preguntado algo de quienes se dedican a las carreras humanísticas, ¿qué esperan de la vida? No lo sé... ¿sienten que pueden realmente cambiar algo, o es solo un asunto vocacional, o apego por divagar sobre la nada? Prometo que al llegar a presidente recortaré todos los fondos. Los primeros en caer serán los historiadores y los antropólogos —Augusto explotó en una carcajada que acompañó con un golpe efusivo sobre el hombro de Pablo.

No cualquier golpe. La palma de la mano abierta, sobre el hombro con una ligera presión hacia abajo. Un gesto casi

imperceptible de querer imponer la superioridad, de lograr el sometimiento con una velada agresión. La mano no se apartó cuando el segundo necesario que la tolerancia de Pablo había establecido como aceptable, pasó. Se quedó allí, forzando una reacción desmesurada. Quizá un golpe en la mandíbula que le diera la excusa a Augusto para enviar a quien considera un ser minúsculo y anónimo, unos cuantos meses a una cárcel. A una que él controlara, desde donde pudiera girar una simple orden a través de un mensaje de texto, y ya se movilizaran tres o cuatro prisioneros con puñales en mano, hacia la celda abierta y descuidada del hombre que no llegaría a cumplir su condena. Augusto sonrió con solo pensar en aquella posibilidad y se negó a quitar la palma de la mano, abierta, con la presión necesaria para incentivar la ira. Por su parte, Pablo meditaba en asuntos completamente distintos. Sentía a Lorena dedicada en su tarea y a él como un hábil compañero, soportando el peor de los castigos para así dar tiempo a que se avanzara en los objetivos. Meditando también en qué habría cambiado a Igor, qué lo había convertido en el ser que fue o que probablemente era. Tuvo el deseo de hablar con él y seguir el consejo de Silvana en el sueño, cuando le dibujó claramente en grafiti el mensaje, o puede que el regaño, de que él siempre lo había sabido.

Los pensamientos encontrados de los dos hombres en el consultorio no salieron de sus mentes y se transformaron en deseos cumplidos, porque Lorena entró de nuevo al despacho. Su talante estaba ligeramente alterado, como si hubiese corrido una pequeña carrera.

—¡Vaya, señores! De verdad, discúlpenme. No estuvo bien desayunar esos granos —dijo sonreída.

Se detuvo un segundo a ver a Pablo y Augusto, conectados a través de un brazo y una palma abierta sobre un cuerpo. Le pareció que ahora había tres estatuas en el salón. Aprovechó

la metáfora para distender. Se acercó a la pieza de bronce de Artemisa, que aunque no lo hubiese comentado a Pablo, fue la única cosa que realmente le había llamado la atención desde que llegó al lugar.

—¡Vaya pieza! ¿No es un poco grande para el salón? Digo, todo aquí es tan simétrico y proporcional y de pronto entras y ¡puff!, te llega el bronce de la estatua. ¿Quién es? ¿Una María Lionza o algo por el estilo?

Augusto se sintió que le habían profanado el pensamiento más privado y personal, y apartó la mano de Pablo para dar unos pasos hacia la estatua e interponerse entre ella y la detective quien ya comenzaba a tocarla. Sentía que cada impresión de huella dactilar en el bronce cuidado era un melanoma que se expandía por su piel y le arrancaba la vida.

—Por favor, detective —dijo con su cuerpo convertido en una impertinente barrera de protección—, trate de no tocarla.

Lorena alejó la mano, dando por culminada su exitosa acción de poner a Augusto a la defensiva. Este sacó un pañuelo de su pantalón y lo pasó por el lugar que Lorena había tocado. Sintió que, en mucho tiempo, nadie había logrado moverlo un poco y eso hizo crecer en él unas ganas inmensas de estrellarle la cabeza contra la puerta. Respiró y no permitió que su cuerpo transparentara sus intenciones. No al menos hasta que llegara su sorpresa y le diera un vuelco a la situación.

—¿Por qué no nos sentamos y retomamos la conversación? —un ligero brillo en la frente de Augusto hizo sentir satisfecha a Lorena. Ella asintió, y sin decir una palabra le hizo un gesto a Pablo para que tomara asiento nuevamente. Augusto dio un rodeo largo para llegar a su propia silla. Por momentos ni Pablo, ni Lorena lo tuvieron a sus espaldas, y ambos sintieron una energía imprecisa que se les alojó en

el plexo solar. Augusto tomó posición y sonrió con tensión. Lorena sacó una libreta de notas.

—Entonces, doctor Zuloaga. ¿Seguimos con la conversación amistosa? Nada de interrogatorios.

—No veo por qué no.

—Bien, conoce a Igor Quintero.

Pablo y Augusto sintieron que los atravesaron con una lanza. No podrían haberse puesto de acuerdo del lugar en que sintieron aquel doloroso punzón. Pablo, menos preparado para mentir, se le hizo esquivo un gesto distinto a la sorpresa. Del otro lado de la mesa, Augusto entrelazaba los dedos queriendo formular miles de preguntas que saltaban en su mente. Quería que la prudencia gobernara sus actos, pero no estaba seguro de aguantar unos minutos más el rostro altivo de Lorena Díaz. Jamás había soportado la manera en que el rostro de una mujer refleja la soberbia.

—Pues sí, es triste cuando los jóvenes mueren en accidentes absurdos. —Augusto tensó la expresión—. Aunque debo decir que no entiendo a qué viene al caso.

—Los accidentes ocurren. En el cuerpo solemos decir que no hay accidentes, sino humanos provocando al destino. Y pues, sí creo que tenga mucho que ver con el caso. ¿Sabe?, pasó un período de depresión, comenzó a decir cosas...

Augusto observaba con atención la gesticulación de Lorena y solo habría querido decirle que lo único que recordaba de Igor, era que en el equipo de rugby siempre fue la grieta en el dique. Decidió reservarse para sí el comentario, y se reclinó en su butaca para atender a una película que comenzaría en breve.

La puerta del despacho se abrió con estrépito y los ojos de Augusto recobraron la agudeza de siempre. Un hombre en traje azul oscuro, corbata roja y con una mediana calvicie caminó con determinación hacia ellos, seguido por Ana,

quien temía que no detener al intempestivo visitante terminaría por costarle el empleo. El hombre blandía su mano en alto mientras gritaba: «Ustedes están cometiendo un delito». Su otra mano sostenía un maletín rectangular de cuero negro.

—Señores —dijo Augusto levantándose de su silla—. Les presento a mi abogado. Creo que sería muy bueno que escucharan lo que tiene que decir.

—Doctor Zuloaga. Acabo de hablar con la Fiscalía e incluso llamé al mismo director de la policía y sí, tal como lo sospechamos: la señora Lorena Díaz se encuentra suspendida de su servicio como detective. No tiene la autoridad para hacer esto.

Lorena no emitió ninguna palabra. Pablo la miraba en espera de que se incorporara y se defendiera, que sacara unas esposas y sin pedir más autorización o aguardar ninguna precaución informara que tanto el abogado como Augusto quedaban arrestados. El porqué, no importaba. No ante el escenario que abría en su pecho la declaración del abogado de Zuloaga.

El abogado continuó su discurso alternando su indignación con algunos artículos del Código Orgánico Procesal Penal. También lanzaba amenazas con escenarios que variaban entre cinco o diez años de prisión, siempre y cuando se mantuviera cooperación y nada de resistencias inútiles.

Lorena se levantó en silencio y le dijo a Pablo que era hora de marcharse. Ella extendió la mano para despedirse de Augusto con absoluta incomodidad, no sin antes agradecer el tiempo concedido. Este apenas hizo algún gesto. El abogado no paraba de hablar y ya su voz se había hecho un murmullo ininteligible que le sirvió de fondo a la mirada incrédula de la secretaria de Zuloaga, para quien aquel día quedaría grabado por siempre en su memoria.

Bajaron del edificio y salieron a la calle sin hablarse el uno al otro. Pablo seguía a Lorena, preguntándose cada cinco segundos si aquello era parte de algún sueño o pesadilla. Ambos detuvieron la marcha a veinte metros de donde habían aparcado. Una grúa de la policía estaba remolcando el automóvil de Lorena y a esta no le quedó más remedio que encarar la realidad.

—Es mejor que nos vayamos de aquí —le dijo a Pablo.

Este la dejó avanzar unos pasos más, pero tuvo que detenerla. Necesitaba que la mención a Igor Quintero, uno de los amigos más cercanos a Silvana y a él mismo, tuviese algún sentido en todo cuanto ocurría. Lorena estaba ansiosa y en espera de algo que no terminaba de llegar.

—¿Qué sucedió con él, Lorena?

—Igor está muerto, Pablo. Dicen que fue un accidente, puedo asegurarte que no. Es más, tengo la certeza de que sabía sobre lo que ocurrió con Silvana.

Lorena desvió la mirada del rostro de Pablo y supo que debía ponerse en movimiento. Lo tomó del brazo y trató de caminar algunos metros, hasta que percibieron que el camino se estrechaba y que a sus flancos iban apareciendo, como si se tratara de espectros de una noche embrujada, los uniformes inconfundibles de las fuerzas de acciones especiales.

Sus ojos pasaron de una oscuridad a la otra. Poco a poco, y a medida que sintió su cuerpo recubierto por el cómodo plumón, supo que seguía en el hotel y no en ese sueño que le había llevado a un recuerdo que creyó olvidado. Era un retazo vago y ya no sabría decirse si una invención. En esa bruma de lo que no puede asegurarse si algo existió, se hallaba frente a una heladería que lucía como una fortaleza inmensa. Sus ojos lanzaban fognazos a los sabores inalcanzables a los cuales solo los adultos podían llegar. Una ansiedad tremenda le abrazaba cuando su espera terminó y pudo recibir un cono de fresa. Uno, dos pasos de torpeza le hicieron soltar el helado y luego las lágrimas y ese desasosiego que es imposible guardarse. Sentía a sus padres mirarla con tristeza, queriendo consolarla, diciendo que el dolor en los niños suele ser inmanejable porque sus cuerpecitos son pequeñísimos para contener una potencia semejante. En todo caso, el dolor seguía allí en la visión de la pasta rosa derritiéndose en el suelo. Entonces, aconteció que Silvana, niña, de lentes y trencitas se acerca y le dice «Ya no llores, Paula, aquí tienes

mi helado, no hay por qué llorar». Paula ve a través del sueño y tropieza con ella, con su hermana como hace mucho no la veía, intentando entenderse en ese recorte que su inconsciente le mostraba. Ve sus ojos a través del cristal y la sonrisa que le iba a acompañar durante todo ese día. «Ya no llores, Paula», seguía escuchando, pero ya era imposible porque la niña había abandonado el sueño y estaba recostada bajo el plumón, llorando sin consuelo y sin saber por qué tenía su pecho atravesado por puntiagudas espinas heladas.

Se levantó y encendió la luz. El teléfono de la habitación sonó y ella lo tomó sin esperar que el segundo repique le alterara. Su chofer ya se encontraba en el *lobby*. Paula dio una respuesta carente de emotividad y soltó el teléfono en la mesa de noche. Se levantó desnuda de la cama y fue hasta el baño. Frente al espejo se quedó unos instantes contemplando su imagen. Una figura que conscientemente diseñada para no permitir crítica alguna. A donde mirara, las líneas casi invisibles de alguna intervención quirúrgica pintaban el mapa de su ascenso. Sus senos, inmunes a la gravedad, daban cuenta de la mano de un hábil arquitecto de *misses*. Las caderas, en la curva que evade el extravagante ADN de las latinas, confeccionaban el acuerdo con su *mánager*.

Y así los pómulos, los muslos, el mentón, el matiz de los dientes. Sus parpados y la nariz que apuntaba siempre hacia el futuro. Podría salir desnuda y nadie se atrevería a contradecir tal decisión, ni siquiera podrían ofenderse o encantarse; reconocerían que simplemente de ser la naturaleza justa, esa sería la normalidad del mundo. Una utopía hecha cuerpo que nunca tuvo que soportar chantajes o violaciones para llegar a la cima. Protegida escrupulosamente por Augusto, por su apellido Zuloaga, no tuvo que vivir lo que otras sí. En el reflejo de su cuerpo, sabía que debía mucho más de lo que podía soportar o reconocer. Aunque para ser justos, ella era lo

que él había necesitado. Una esposa sobresaliente que completara la imagen que se espera de un político exitoso. De un hombre sobresaliente y sin mancha que bien vale como líder de una nación. Siempre dispuesta y sin esperar más amor del que él podía dar o sentir, creía que su papel no era solo la compañía, sino también ese arte sublime de ignorar las debilidades de cualquiera que se precie de humano. De esta forma, estuvo allí y cuando necesitaba mirar a otro lado para no tropezarse con las mujeres u hombres que servían de amantes casuales, solo levantaba un dedo y tenía a sus pies dinero y relaciones para desplegar cualquier cosa que quisiera. Una joya carísima, un automóvil de lujo, la remodelación de alguna propiedad, y cuando esto ya no bastó, emprender por ella misma sus propias creaciones y verter allí sus fantasías, melancolías y lo que jamás iba a lograr ser como ser humano.

Se duchó con agua caliente y dejó que el humo acaparara todo. Se sintió volver a los sueños, a las nubes que se forman en la mente. Y allí apareció Silvana, otra vez de niña, metida en la ducha con ella, sin inmutarse por el calor, la desnudez o las gotas que no le tocaban. La visión le sonreía mientras Paula se sentaba en el reducido espacio de la ducha para apreciar a ese espíritu que la visitaba por primera vez. «¿Qué nos pasó?» , preguntó la niña. Paula sintió de pronto una opresión en el pecho, pero se lo achacó a la atmósfera tibia que le abrazaba. Quiso responder, hizo su esfuerzo. Las palabras no emergieron como habría querido, no emergieron nunca. Solo una mueca que era una bandera de resignación. «¿Recuerdas esa navidad en que pediste una casa de muñecas inmensa? La de la televisión. Era rosada, con unicornios y una gran torre con una bandera en la punta, ¿sabes de lo que te hablo?» La niña se quedó callada viendo como los ojos de Paula se transformaban en el desagadero de un dolor que tenía la fe, se mantendría muy quieto y dormido. Movi6 su cabeza, mien-

tras se decía a sí misma que sí, que la recordaba, que jamás habría querido nada más en la vida, pero esa navidad, ella y su hermana tuvieron que conformarse con una muñeca de trapo, una para cada una, de las que hacía la vecina del piso de arriba y que a Paula siempre le parecieron horrorosas e inentendibles, baratas, sin la menor oportunidad de salir en televisión. Su papá la incentivó a llevarla a la escuela, a valorar lo que tenía. Le explicaba que esa navidad habría sido mejor si los banqueros hubiesen nacido con algo de ética o un mínimo sentido de la humanidad. Pero Paula no entendía de capitales golondrinas o de fuga de divisas, lo único que entendía es que había un sentimiento nuevo para ella que muchos años después sabría que se llamaba vergüenza. Dolor por no tener lo que deseaba, por pertenecer a un lugar donde se hacían enormes esfuerzos por poner asuntos metafísicos como la salud o la unión familiar, como regalos mucho más valiosos que aquellos que copaban los anuncios televisivos del horario nocturno. La niña frente a ella quiso tocarla, pero Paula sintió miedo y se enroscó en la ducha.

La regadera comenzó a ceder al paso del agua fría y Paula vio como el cambio de temperatura fue diluyendo la atmósfera tibia y con ello también la aparición. Se sacudió la nariz con el agua y dejó que el calor desapareciera por completo. Recibió el agua glacial como una especie de purga hacia su propia debilidad. Luego se secó y salió al cuarto. Se vistió, empacó todas sus cosas y bajó al *lobby*. Allí la esperaba el chofer, quien saludó con amabilidad y sin recibir respuesta. Fueron a recepción y firmó la salida del hotel. Tampoco respondió a la despedida del empleado, quien también estaba acostumbrado a esos desplantes.

Se relajó en el asiento de cuero y pudo ver una serie de paquetes de correo postal que rompían con su posibilidad de concentrarse.

—¿Qué es todo esto? —levantó parte de las carpetas. Todas iban dirigidas a Augusto Zuloaga.

—Es el correo que recogí en la casa familiar, señora Guzmán. El señor Augusto pidió llevar todo al *loft*. Al menos mientras se calma la ciudad. Ha estado difícil transitar por las protestas.

—Ya, ya... —Paula levantó la mano para indicar que ya no necesitaba más información. El chofer guardó silencio.

Revisó cada uno de los paquetes. Algunos eran regalos que le enviaban desde organizaciones no gubernamentales, embajadas, departamentos de medicina de algunas universidades del mundo. Un sobre en particular llamó su atención. Estaba firmado por el abogado de Augusto y tenía escrito en marcador negro a mano: «Solo para tus ojos».

Paula nunca tuvo por costumbre hurgar en los asuntos de Augusto. Desde el primer momento marcaron los territorios privados de ambos y eso fue una especie de acta fundacional de la relación. Ella desconocía sobre sus negocios, él no preguntaba en lo absoluto sobre las ganancias y manejo de la empresa de alta costura de Paula.

«Ni de negocios, ni de amantes se habla en casa». Era ese su lema. Pero algo había ocurrido en esa ducha, o acaso cuando recuperaron el cuerpo de su hermana, o cuando la detective Díaz había pedido una cita para tratar detalles del caso. Una hendidura sobre la boca del estómago que era similar a enterrarse una espina.

Paula rompió su pacto y también el sello del paquete y leyó los documentos al interior. Sabía que ya no tenía sentido tratar de ocultar su falta porque luego de roto, hay cosas que aun haciendo enormes esfuerzos jamás pueden volver a repararse.

Se bajó del automóvil e ingresó al apartamento. Vio que estaba impecable y se había preparado para alojarlos. Nunca

ocupaban el *pent-house* desde que lo habían comprado hacía unos dos años. Muchas cosas se decían de él. Una de ellas, que había servido de refugio temporal a un gran narcotraficante. Ella nunca se preocupó por corroborar las versiones, así como de entablar relación con los vecinos. Solo tenían aquel lugar porque Augusto había insistido en mantener operativo un sitio que les permitiera hacer frente a ciertas contingencias que pudieran presentarse en la capital.

Paula despidió al chofer, indicándole que no quería ser molestada. Este asintió con la cabeza y se retiró hacia su vehículo y aguardó en el estacionamiento, hasta que terminara su guardia. Paula se fue a la habitación y cerró las cortinas. Se quitó los zapatos y encendió su celular para revisar el parte de sus lugartenientes en las tiendas de Ginebra y Bangalore. Luego, dejando que el malestar le ganara más voluntad, abrió en su teléfono la aplicación de mapeo satelital, y colocó la dirección que había leído en el sobre de Augusto. En la pantalla apareció un suburbio fuera de la capital. Aumentó la vista y la pantalla comenzó a mostrar información cada vez más detallada. Lo que desde miles de metros de altitud parecían rutas suburbanas y largas autopistas, dieron paso a pequeños enclaves de áreas verdes, parques nacionales y una construcción que le perteneció a una antigua aerolínea del país. Paula aplicó el filtro satelital y ante sus ojos apareció el detalle del techo de un edificio bastante amplio, de unos tres mil metros de construcción, cuya leyenda lo identificaba como «Antigua escuela de pilotos». Hasta allí pudo hurgar con la aplicación digital. Se recostó en la cama dejando el celular a un lado. Quedó con la vista puesta en el techo, desde donde veía flotar su infancia y adolescencia. La melodía de una canción que su padre solía cantarles por la noche apareció en su mente, acompañando la sonrisa que guardaba de Silvana y de ella misma jugando en

los columpios de Parque del Este. Sin que pudiera preverlo, y sin dejar de observar el mural que su imaginación pintaba en el amplio techo, dejó que la melodía ganara fuerza y que un hilo de voz escapara de algún lugar de su corazón. Con un impulso que se le hizo ajeno, volvió a tomar su celular y envió un mensaje a Tina. Aprovechó para que esa potencia desconocida le diera el valor para no seguir sepultando un dolor inevitable. Hizo dos requerimientos, ambos tenían que ver con el asesinato de su hermana.

Augusto llegó al *loft* unas tres horas después y encontró a Paula tomando una taza de té en la ventana. Se acercó con paso firme hasta su espalda y estuvo tentado a darle un beso en el cuello. No lo hizo. Ella tampoco lo deseaba. Paula dio la vuelta y lo observó como si quisiera explicarse qué le habría atraído de él en un principio. Lo encontraba atractivo y seguro, sin embargo, ya no le placía ni su voz, ni sus ademanes, ni lo que tuviese que decirle. Suponía que hace tiempo había cruzado la línea de la costumbre y lo que la ataba estaba cementado por la potente mezcla que produce lo que ya se conoce, y el temor a soportar demonios ajenos. Dejó la taza sobre el marco de la ventana y buscó una posición más acorde a su estado de ánimo.

—Hay algo de lo que quiero hablar —dijo con una autoridad que Augusto sintió sospechosa.

—Has pasado más de dos meses viajando, soy yo el que desea escucharte. Riad... háblame de Riad.

Paula subió los ojos con fastidio porque era justo la actitud que más odiaba de él. Fue hasta el cuarto y volvió con una pequeña caja, que puso en las manos de su esposo.

—Es un regalo del príncipe.

Augusto se aplicó para lucir como un niño el día de su cumpleaños. Su actitud fue sobreactuada incluso para él. Podía percibir que Paula lo llevaría a una conversación que no deseaba, así que puso gran empeño en cambiar el ambiente de aquella sala. Batió la caja con los ojos abiertos y casi desorbitados. Preguntó si acaso serían dátiles o algunas piezas de orfebrería. Al fin, se decidió abrirla y vio el arma plateada. Sintió en su corazón una ligera vibración que lo hizo sonrojarse, y sin evitarlo salivó mientras acariciaba la pistola y revisaba el cargador.

Paula vio con paciencia y sin temor todo el espectáculo. No estaba dispuesta a que los asuntos que se le habían acumulado en el pecho durmieran esa noche junto a ella.

—Quiero que me hables de la noche en que desapareció Silvana.

Una desagradable sensación recorrió la piel de Augusto. Se dio cuenta allí de que la mayor desgracia de este planeta era esa sentencia que aseguraba que no existía nada oculto entre cielo y tierra.

—Tenemos un pacto ¿recuerdas, Paula?

—Sí, rompo ese pacto hoy. Quiero que me digas si sabes algo de lo que pasó con mi hermana esa noche.

—¿Y qué voy a saber sobre tu hermana?

—Me pediste que la llamara antes del concurso. ¿Por qué? Augusto volvió hacia su trago. Se veía perturbado, incómodo.

—No lo recuerdo bien, déjame recordar. ¿Acaso no habíamos llegado al acuerdo de pedirle en persona que no

saboteara el concurso? Pedirle una amnistía, una tregua por esa noche... qué se yo.

—«Llámalala y dile que irás a verla en su casa, para hacer las paces frente a tu madre». Esas fueron las palabras exactas. Sabías dónde estaría, la hora a la que llegaría.

—Mucho cuidado con lo que insinúas, Paula. Estás en terreno peligroso.

—¿Sabes qué he pensado últimamente, Augusto?

—No, ¿por qué no me lo dices, querida?

—En que el pacto que hicimos fue precisamente para no decirle a la policía nada de ese día. No es algo menor, aunque por mucho tiempo creí que sí. Que tal como me lo dijiste esa noche, Silvana simplemente no apareció en casa y que lo mejor era dejar todo de ese tamaño.

La mano de Augusto buscó con particular necesidad la botella de *whisky*. Vació el trago que reposaba en su vaso, sirvió más y también lo despachó con gran urgencia. Se alejó de la mesa y caminó con lentitud hacia Paula. Esta se mantenía en la misma posición con que inició la conversación. Pero la energía que le imprimía Augusto a cada paso, lucía desconocida para ella.

—Y bien, ¿a dónde nos llevará todo esto? ¿Tienes alguna hipótesis, quieres terminar de concluir alguna elucubración?

—Solo quiero la verdad.

—¿La verdad? ¡Ja! La única verdad es que me debes cada maldita cosa buena que te ha ocurrido en la vida. Esta ropa, los viajes, las portadas de revista, la suave curva de tu nariz o el volumen exacto de tus tetas.

—Qué ruin eres.

—La sinceridad tiene un precio. Me debes, Paulita. Me debes haberte sacado de esa pocilga de vida en la que estabas, de la que tú misma quisiste salir. ¿O es que acaso tengo que recordarte cómo llegamos a conocernos? Agradece que te

rescatara en tu primera noche de prostíbulo y te salvara de ser la puta de algún político mediocre.

Fue un golpe que Paula sintió no en la boca del estómago, sino de manera extraña justo en los senos, en las zonas más vulnerables que se erizan de inmediato ante el placer o el peligro. Recordó a esa amiga que la invitó a ganar mucho dinero rápidamente: «Y lo importante, Paula, es que puedes salirte cuando lo decidas». Esa falsa idea de libertad que le sedujo, no le permitió prepararse para cuando tuvo que cambiarse de ropa y salir a dar unas vueltas en aquel exclusivo *lounge*. «Además, llevarás máscara, Paula. No uses nunca tu nombre. No veas las manos como manos o la lengua como lengua. No pienses en los besos o en la saliva o en el semen, nada es lo que parece ser. Tú enfócate, Paula, y ya a la mañana siguiente cuando estés nadando en billetes entenderás que lo único real es la capacidad que el dinero te da para decidir sobre tu vida». «¿Y los recuerdos? ¿Qué pasa con los recuerdos?», preguntó Paula y solo recibió una contestación que poco admitía contraargumentos: «Lo único que perdura son las cicatrices, así que no permitas que nadie te deje marcas, ni chupones, ni moretones, nada que te haga pensar que lo que viviste fue real. La cicatriz es el recuerdo hecho carne». La voz de aquella amiga efímera desapareció y tuvo que volver a estar frente a Augusto y recordarse ese instante de debilidad que la llevó hasta aquel lugar.

—Me juraste que jamás me lo ibas a tirar en la cara —El rostro de Paula se enrojeció y sus ojos transmitieron una intensidad difícil de contener. Se sentía desnuda, otra vez desnuda ante los ojos extraños y maliciosos en que suele convertirse el juicio propio.

—Tú eres la que está rompiendo el juramento.

—¿Qué le hiciste a mi hermana, maldito?

—Estás perdiendo la razón. Estás enloqueciendo.

—Nunca debí ocultarle nada a la policía. ¡Dios mío! Perdóname.

Paula empezó a llorar y a gritar. Augusto se acercó para contenerla, convencido de que no podría llegar a un acuerdo amistoso. Paula levantó la mano y le dio una bofetada. Él la tomó por la blusa y en un mismo movimiento sacó de su pantalón la pistola plateada. La puso bajo la barbilla de Paula. Ella sentía el jadeo de Augusto y algunas gotas de saliva que expulsaba mientras la miraba.

—Anda, dispara, hazlo. Eso sí, mátame, asegúrate de que esté bien muerta. Porque si llego a sobrevivir, con esa misma pistola te volaré la cabeza.

El gatillo lucía tan cómodo y el cañón estaba en la justa posición. Augusto ya había probado el olor de la pólvora mezclada con la sangre. El sonido brutal que ocupaba todo y destrozaba temporalmente los tímpanos. Una forma rápida y segura de matar, no satisfactoria, no perdurable. Solo una forma rápida.

El timbre del *loft* sonó y vertió una mezcla congelante en los pensamientos difusos que Augusto comenzaba a acumular. Arrojó a Paula con tanta fuerza hacia una pared que ella se desmayó de inmediato. Augusto volvió a guardar la pistola en su pantalón y se puso el saco. Llegó a la puerta y observó por la pantalla del intercomunicador. Era el chofer. Augusto activó el aparato para hablarle.

—Sí, qué necesita...

—Disculpe que lo moleste, doctor Zuloaga. Creí escuchar gritos.

—No, no ha sido nada. Es la televisión. Tiene un sistema de sonido que, por favor, casi puedes sentirte dentro de la película.

—Claro, debió ser eso —respondió de vuelta—. De todos modos, estaré en el automóvil hasta que termine mi guardia.

—No se preocupe. Puede irse, ya nosotros vamos a dormir.

El chofer se retiró y aceptó de buena gana que lo despa-
chara. Augusto lo observó por el panel del intercomunicador
hasta que desapareció del radar. Respiró profundamente
y pensó en cuál sería su próximo paso. Primero, fijarse que
Paula no haya sufrido algún daño mayor y tratar de ponerle
hielo en las heridas. No era momento para escándalos y de
seguro en unos días tendrían que salir a algún compromiso
social. Pero entonces vio algo que fue incluso más allá de sus
previsiones. Todo quedó suspendido cuando se percató de
que el sobre enviado por su abogado estaba abierto. Revisó
los papeles con la información detallada de las propiedades
que le pertenecían y también de aquellas que por comodidad
o estrategia estaban bajo el nombre de testaferros. Miró a
Paula, todavía tendida sobre el piso, y entendió que en esta
maraña de acontecimientos que llamamos vida, los cabos
suelos no son singularidades, sino la norma. Tomó su telé-
fono celular y escribió un mensaje a un número no regis-
trado en su directorio: «Cena para el viernes, 9:00 p.m. Traje
formal».

II

Miss Sarajevo

Para llegar hasta la oficina del director de la policía científica hay tres vías. Una de ellas, la formal, a través de las puertas de vidrio, se hace un registro de la visita en la recepción y luego directo a un escáner y unos torniquetes cuyos mecanismos siempre están sin aceitar. Los ascensores controlados por personal de seguridad te llevan hasta dicho piso, solo si cumples con la acreditación y una autorización hecha desde el teléfono del asistente del director. Hay que pasar una llave y ese uso solo se le reserva a un personal especial que se encuentra en el *lobby*. La otra ruta la siguen el director, sus familiares y el ministro de Interior, cuando le ha tocado trasladarse hasta esa torre para dar un vistazo *in situ* a algún caso muy especial. En el estacionamiento central hay un ascensor que traslada al visitante directamente a la antesala de la oficina. Así se ahorra el director tener que tropezarse con el personal subpagado e infeliz del cuerpo, que nunca se reserva el malestar de que su estresante trabajo. La tercera vía es la menos conocida. Solo está reservada para el director y sus amigas especiales. Se trata de una pequeña habitación

que le sirve para escapar por breves periodos de tiempo de la vista de todos. Una puerta conecta a un pasillo y de allí a este lugar en un ala del edificio completamente diferente. En aquel lugar atendería a Lorena Díaz y Pablo Linares.

Ellos aguardaban allí, sin poder hablarse. Pablo miraba al suelo a cualquier pequeño detalle mientras su rabia o su sorpresa terminaba de encontrar acomodo y disposición para preguntarle a Lorena si en algún momento iba a poder ver la película completa y no solo los fotogramas que ella decidía mostrarle.

—¿Sabes cuál ha sido uno de mis momentos más tristes?
—Pablo trató de mostrar su molestia a través del silencio. Siguió con la vista puesta hacia el suelo. Lorena no esperaba una respuesta distinta—. Fue cuando te vi solo en la Fiscalía. Sosteniendo esa pancarta, esa que decía «¿Dónde está Silvana?». Aquel día no pude acercarme. En las anteriores concentraciones, las primeras, cuando todavía la rabia seguía ardiendo en la gente y se movilizaban más, me colaba para hacerte compañía sin que lo supieras. Y no falté a ninguna. Noté que cada vez eran menos numerosas y que tarde o temprano tendrías que enfrentar la soledad como única realidad. Ese día, en el que estabas de pie ante la mirada burlona y lastimera de unos y otros, quise ponerme a tu lado y decirte que la íbamos a encontrar, pero no pude hacerlo. Ahora entiendo por qué. Fue miedo a que te dejaras ganar por la circunstancia y me dejaras allí tirada.

—¿Yo? —Pablo se incorporó de su posición y miró con mucha intensidad a Lorena— ¿Dejarte tirada? ¿Dónde? Me parece que estás divagando. ¿Qué fue eso que dijo el abogado? ¿Cómo es eso de que estás suspendida?

—Eso no es del todo exacto.

El asistente del director de la policía científica entró en la sala y sin dar una sola explicación. Se acercó a cada uno.

—Por favor, las manos.

Ante la inacción de Lorena y Pablo repitió:

—Necesito quitarles las esposas.

—Vaya, qué amable —la sonrisa de sarcasmo de Lorena impactó contra el rostro pulcro del asistente. Apenas si resintió la crítica. Para él, esa mujer era una enemiga de la institución, un virus que amenazaba con extenderse por el cuerpo y amenazar la autoridad de su jefe. Si hubiese sido por él, les habría dejado esposados, un rato más, para darles algo en qué pensar. Pero la orden «No dejes que los vean esposados» fue muy precisa, así que se apresuró a cumplirla. Primero en Lorena, luego en Pablo, quienes liberados de ataduras volvieron a sumergirse en los pantanos de esa medio verdad que ella había tardado demasiado tiempo en sacar a la superficie.

—Nos afectó a cada uno de quienes la conocimos. ¿Te crees especial porque eras su amigo, Pablo? El que desapareciera me golpeó también. Luego te fuiste y como si hubiese caído un maleficio, la universidad se fue transformando. Es extraño que lo diga, pero es así. Esa protesta, la que vimos cuando íbamos al laboratorio a buscar detalles del caso, fue un grito atípico, muy anormal de un lugar al que le mataron el alma. Primero Silvana, luego el fracaso de la toma del Consejo Universitario y, de allí, otra vez al silencio. Al ir y venir de clases, sin que ninguna causa proyectara aquel lugar por encima del solo hecho de obtener un título. Sobrevino el desinterés y la agonía. De no haberte escondido, de haber seguido allí, intentándolo, al menos habrías atestiguado cómo lo que rebosaba vida fue muriendo lentamente. Sí, lo admito, te oculté información. Pero fue por vergüenza, o por miedo de que no pudieras valorar este esfuerzo que hago.

—Estoy hasta dudando de que seas policía, Lorena ¿He estado acompañando a una demente?

—Deberías cuidar tus palabras, Pablo. Te lo advierto.

Pablo se levantó sobresaltado. Su ego no podía soportar o quizá su capacidad para ser precavido, el que lo lanzaran a tamaño artificio. Su mente iba a las direcciones menos improbables e incluso llegó a pensar que llamarla demente habría sido muy ligero, quizá psicópata habría calzado y estuvo a punto de decirlo, cuando algo en él, un retazo de lástima que se negó a incendiarse con el resto de su cuerpo y su paciencia, le hicieron tomar distancia y ser más cauto a la hora de volver a abrir la boca.

—Un día desperté, en mi cama, vacía de mí misma. Era como si me drenaran cualquier entusiasmo por la vida. Te podrá sonar ridículo, pero llegué a creer que se me había olvidado respirar. Sentí mi tráquea cerrarse, mis pulmones dejar de responder a lo que sea que ellos responden, a ese llamado que los hace moverse con su propia voluntad. ¿Y sabes qué?, no me importó, me quería morir. Mi mamá me llevó a psicólogos, y cuando nada funcionó subió el listón y trajo a los psiquiatras. El diagnóstico iba de estrés, hasta una usual psicosis de quienes se ven atezados en la edad problemática de que no eres ya adolescente para achacarle los problemas a las hormonas, ni adulto como para culpar al maldito sistema. Me sumergí en los estudios. Yo sí sabía lo que me ocurría, pero no podía decírselo a nadie. Había entendido que no tiene el menor sentido estar metido en esta vida, que no hay propósito. Los que lo encuentran son borrados del mapa, como si la propia vida desarrollara una especie de anticuerpos para expulsar de ella a quienes tratan de abrir una brecha de esperanza al futuro. Le ha pasado a todos. Lo de Silvana fue mi prueba en carne demasiado viva como para ignorarla. Mi mamá creía que tenía que ver con mi sexualidad, me decía que podía contarle cualquier cosa que ella me aceptaría y que recordara que su propia prima

era lesbiana y pues eran las mejores amigas. Ojalá esos problemas fuesen los que tocaron a mi puerta. Era un asunto distinto, la disolución de mi vínculo conmigo misma. ¿Sabes lo que es eso? De seguro no lo sabes. Porque tú solo huiste y te escondiste. ¿Pero a dónde te vas cuando te has perdido a ti misma? Entonces seguí así en ese limbo cuando mi tía vino una tarde a mi casa. Entró al cuarto y se sentó a un lado de mi cama. No quería ni mirarla. Ella comenzó a hablar, sin pausas, primero con lo usual, poniéndose a ella como ejemplo de circunstancias similares, aunque luego mutó y llegó a donde quería llegar. Me dio un propósito, Pablo. Me recordó que fue ella la que me había incentivado a estudiar antropología, ¿y sabes por qué?, porque tenía un plan secreto para mí, uno que sería revelado en su momento. Esperaba que yo fuese su heredera. Ella fundó el departamento forense de este cuerpo policial. Resolvió más crímenes de los que uno pudiese imaginar, de caníbales hasta políticos que se enviaban bombas camufladas en estatuas de vírgenes. Acepté, estuve con ella en el laboratorio, bajo su ala, ella me enseñó los rudimentos de la profesión, los detalles imperceptibles, las piezas que caen debajo de la mesa y a las que nadie les presta atención. Su influencia me permitió estar allí y tener cierto propósito. Era su protegida y aproveché el tiempo. Del laboratorio salía a las prácticas de tiro, me alistaba en cada cursillo de defensa personal, de destrezas de orden táctica. «Bebe de cuanto puedas, solo así te harás imprescindible», me repetía cada vez que podía como si fuese la primera vez. Y así lo hice. Hasta que también ella tuvo que enfrentar la única certeza de este plano de existencia. Le dio un infarto en medio de una autopsia. Tuve que enterrarla y terminar el trabajo que hacía. Así funciona el destino. Llegué a absorber mucha más sabiduría en esa mesa de disección que con cinco años frente a un pizarrón. Solo por eso me dejaron conti-

nuar. Ahora sí, en las sombras, en el golpe de mano típico de las rencillas internas de cada ambiente laboral. Llevaba y traía el café, ordenaba los archivos, fui relegada estaba por convertirme en un fantasma hasta que llegó aquel cuerpo. Solo escuché, con detenimiento, con una libreta de notas y las lágrimas que me chorreaban al no poder conversar con mi tía sobre lo que los huesos nos decían. Sin ella para apoyarme, tuve que ser más hábil. Con cualquier excusa me quedaba trabajando horas y hacía repaso por los procedimientos y análisis que los médicos y antropólogos habían ordenado durante el día. Cuando no concordaba con algo o sentía que el alcance no era propicio, simplemente iba hasta el sistema y modificaba las órdenes. Ellos apenas lo notaban. Fue así que comencé a dirigir el departamento tras bastidores, fue mi forma de honrar a quien me había dado esta segunda oportunidad. El caso fue hablando por sí solo y de los estudios, de cada análisis quedó más claro que como te dije en el hotel, aquel cuerpo no era ordinario, sino que venía como un mensaje o como un regalo, para dotarme de nuevo de un propósito y así evitarme tener que tomar la peor de las decisiones.

Pablo había escuchado con total atención el relato. No quería compadecer y tampoco sonar afectado por la confesión que acababa de escuchar. Le alcanzó un vaso con café a Lorena y esta lo tomó con firmeza.

—No tenía idea de todo esto. No sé qué decir —dijo Pablo.

—¿Quién puede culparte? —Lorena se limpió con dificultad unas incipientes lágrimas que regaron el maquillaje negro sobre sus párpados.

—¿Por qué me llamaste?

—Porque no tenía a más nadie que pudiera entender este dolor que llevo dentro —Lorena comenzó a llorar

desconsoladamente y Pablo no pudo hacer otra cosa que acercarse para abrazarla.

Y así, abrazados, los encontraron el director Vásquez y su asistente, quienes aparecieron tras abrirse la puerta de la habitación.

—Señorita Díaz, buen día. Señor Linares... vaya problema tenemos aquí con ustedes.

El director Vásquez tomó asiento en una poltrona que le permitía ver a la misma distancia a quienes le acompañaban. Por un momento, miró los cómodos sofás y extrañó con nostalgia las caricias que había recibido en ellos.

—Voy a darle una sola oportunidad, Díaz. ¿Qué sabe del caso de Silvana Guzmán?

La extraña solicitud llegó a oídos de Lorena sin que ella pudiera detener las múltiples preguntas que surgían del repentino interés que ahora tenía el director por el asesinato de Silvana.

—No voy a decir nada, a menos que tenga una garantía de que...

—¿Garantía? Te voy a dar dos puertas de salida. Una de ellas lleva directo a una celda y la otra a tu casa —el director le dio un golpe brutal al apoyar los brazos de la poltrona—. Tú me dices cuál debo abrir.

El teléfono del director vibró en su bolsillo. Lo dejó sonar hasta que cesó. Inmediatamente fue el sonido de una llamada entrante en el dispositivo del asistente lo que cortó de golpe el ímpetu de Vásquez por empotrar a los subordinados en alguna cárcel. El asistente miró la pantalla del celular y se lo entregó a su jefe. El director se levantó de su asiento y tomó la llamada, escuchó, respondiendo con simples monosílabos. Colgó la llamada y ordenó escoltar a Pablo y Lorena a su despacho. Cuando llegaron, el director de inteligencia los esperaba sentado en una silla frente al escritorio de Vásquez.

Se levantó con energía y extendió la mano en dirección a Lorena.

—Así que usted es Lorena Díaz. Soy Miguel Flores, director de...

—Inteligencia Nacional. Lo conozco —respondió Lorena devolviendo la iniciativa con un saludo de mano.

—Bien, bien —sonrió—. Estoy aquí porque el ministro me ha pedido hacerme cargo personalmente del caso de Silvana Guzmán y vengo a pedirle su ayuda.

Lorena soltó una carcajada que le fue imposible contener. Vásquez la sintió en lo más profundo del estómago. Sentía un asco tremendo por aquella decisión, que se intensificó al ver cómo el rímel corrido convertía la cara de Lorena en un mapache triste.

—Vaya cambio de situación, señor director —Lorena sostuvo la mirada de quien hasta hace unos segundos sentía como un superior jerárquico y abrazó el bote salvavidas que se asomaba entre las revueltas olas. Levantó la mano y obligó a un nuevo apretón de manos.

—¿Cuándo empezamos? —dijo.

Como invitados de honor, Lorena y Pablo disfrutaron de las impresiones que les causaba conocer cada uno de los departamentos de la dirección general de inteligencia. El propio director los llevaba con la experiencia de haber sido guía turístico en su adolescencia y se sentía extrañamente cómodo en mostrarles territorios vedados para cualquiera que no poseyera una autorización de seguridad nivel 5. Los trabajadores de las unidades se levantaban y ponían sus cuerpos firmes para darle parte al director sobre las novedades más recientes. Este escuchaba complacido y luego los invitaba de nuevo a sentarse y no dejar que su presencia los interrumpiera. Lorena pudo leer en estos gestos el estilo de liderazgo de Flores y la manera en que transmitía su autoridad, sin exagerar, ni levantar la voz. Luego de recorrer las áreas de operaciones e investigaciones, el director los invitó a subirse a un ascensor que los llevaría a la secreta sala situacional. Cuando las puertas del elevador se abrieron, Lorena y Pablo chocaron con una escena extraída fielmente de una película de espías. Una gran sala atiborrada de computadoras estaba

coronada por una pantalla dividida en unos veinte recuadros donde iban y venían en tiempo real imágenes de calles, edificios y oficinas del país. «Nuestros ojos están siempre abiertos», decía Flores. Lorena resopló al ver las pantallas de las computadoras mostrar con gran velocidad datos que abarcaban casi la totalidad de la vida cotidiana. El director no dejó pasar aquella expulsión involuntaria de la emoción.

—¿Sucedo algo, Díaz?

—Nada, no se preocupe. Solo pensaba que a un buen amigo le habría encantado conocer este lugar.

Flores sonrió y siguió caminando hasta una puerta de cristal que daba paso a una sala de reuniones, la abrió y los invitó a pasar.

—Espero que sea ese el amigo al que se refiere —expresó Flores con camaradería.

Al fondo de la sala, Wifi tecleaba en una laptop de manera mecánica y veloz. Lorena dio un salto de felicidad y gritó su apodo y fue a abrazarlo.

—Parece un personaje excéntrico, pero dedicado un personaje excéntrico, pero dedicado. —Le comentó Flores a Pablo.

Una mujer entró a la sala y se acercó al Director de Inteligencia. Murmuró algo en su oído que lo hizo asentir con la cabeza y hacerle tomar un control remoto que estaba en el centro de la mesa. Comunicó que el ministro de Interior y justicia quería hablar con ellos. El ambiente se llenó de expectativa mientras la pantalla de la sala proyectaba la imagen del ministro.

—¿Me escuchan por allá?

—Fuerte y claro, ministro —respondió Flores.

—Bien, no perdamos tiempo. El presidente me ha encargado una misión y no pienso fallarle. Espero que ustedes tampoco.

La voz que expedía la pantalla y que se asociaba a ese rostro lleno de convicción, era lo que Lorena había estado esperando desde hacía mucho tiempo. Levantó la mano, casi como si tratara de recordar el proceso correcto para intercambiar ideas con interlocutores virtuales. El ministro aguzó la vista para detallar a Lorena y pidió que ella tomara la palabra, para responder a una pregunta directa, que no admitía incisos. «¿Podría explicarme su teoría sobre el caso de Silvana Guzmán?», soltó a través de los altavoces.

Lorena se puso de pie, aunque rápidamente vio lo innecesario del gesto. Carraspeó la garganta y su mente dibujó una respuesta que se tenía preparada desde hacía mucho tiempo. Inició por la identificación del cuerpo de Silvana. Evitó los detalles técnicos y solo reunió en frases cortas los protocolos y estándares necesarios que podían permitirle soportar su argumentación. Pero luego entró en las consideraciones que implicaban la desidia de la policía científica en profundizar la investigación. No deseaba tocar áreas sensibles por lo que evitó adjetivar aun cuando su hígado le pedía otra cosa. Se permitió una que otra referencia de psicología forense para explicar el por qué ciertos criminales necesitan conservar partes de sus víctimas e introdujo el aporte de Wifi y lo que le había revelado el modelado masivo de datos.

Al ministro lo sacudió una sentencia. «Los crímenes ocurren en los picos de confrontación política». Sentía de manera intuitiva que había allí una veta que podrían explotar. Anotaba cada detalle relevante, sin que la imagen proyectada perdiera su expresión de atención inexpugnable.

Lorena presentaba hipótesis, aristas y detalles, exponía los puntos débiles y fuertes de su teoría. Por último, planteó lo que consideraba era la hoja de ruta.

—El mayor obstáculo son los datos. Tenemos una hipótesis, un modelo y el algoritmo, pero necesitamos el mús-

culo. Creo que ese es el gancho por el que podemos sacar del fango toda la verdad sobre el caso de Silvana Guzmán —expuso Lorena.

El ministro agradeció la exposición de Silvana, e hizo un pequeño repaso por los hitos del caso. Allí quedó claro que había tomado notas con mucho empeño. Se mostró humilde y dispuesto a aprender lo necesario.

—Flores...

—Sí, señor ministro, ordene...

—Ponga a disposición de Díaz el B.U.O.

—Así se hará.

—Entonces, no me queda más que esperar resultados.

En la sala los presentes tardaron un tiempo en recuperarse de la intensa sesión, pues sus mentes se paseaban en distintas representaciones y significados de la imagen del animal nocturno. Solo Flores sabía que el búho, además de ser el animal simbólico que daba raíz filosófica y sentido al logo de la institución, también identificaba al sistema de captura de datos más avanzado que existiera en este lado de la región.

«Base Unificada de Observación», soltó Flores mientras llevaba a Lorena, Wifi y Pablo hasta una nueva sala atestada de cables, servidores y luces parpadeantes. Allí había menos monitores, pero en ellos fluía la información con mayor rapidez. Tres analistas, todas mujeres, estaban inmóviles frente a la pantalla. «Las pruebas actitudinales y la propia experiencia, nos ha demostrado que la intuición, más que la pericia técnica, es clave a la hora de manejar el cúmulo aplastante de la información». Todos concordaron, incluso Wifi, para quien los debates sobre género siempre terminaban triturados por la observación desprejuiciada de los hechos. Él podría haber diseñado la máquina, pero habría sido Lorena quien la guiaba.

—Poder de cálculo, sin intuición, es el camino ancho al infierno —dijo para todos.

Nadie respondió a la sentencia. Flores quiso aprovechar que Wifi había lanzado la energía del momento a la cloaca, para distender el momento con la anécdota acerca del nombre y que usaba cada vez que le mostraba a los recién llegados su artilugio, un poco para romper el hielo, un poco para adelantarse a especulaciones.

—No conseguimos ninguna palabra que comenzara con hache y que reflejara el espíritu de la máquina, así que lo dejamos como está. Al menos no tenemos que cambiar el logo de la puerta —señaló el ave nocturna que daba identidad a la organización que lideraba.

—Holística —interrumpió Wifi.

—¿Como dice?

—Base Unificada Holística de Observación. Así respeta el propósito y no tiene que cambiar cada emblema.

Flores se quedó mirando profundamente a Wifi, tratando de entender que era lo que le desagradaba tanto de ese personaje y a la vez le parecía un valor a mantener.

—Le agradecemos mucho todo este apoyo —Lorena, acostumbrada a salvar a Wifi de sus extrañas maneras, le extendió la mano a Flores para romper la tensión.

—En lo absoluto. Solo quería que supieran que el presidente me ha ordenado esta tarea y pienso cumplirle. Ahora volvamos a la sala de reuniones. Ya deben haber conectado sus computadoras a la red de B.U.O. Existen algunas restricciones, pero en términos generales es toda para ustedes, pueden darle el uso que requieran.

Caminaron el camino de vuelta y entraron de nuevo al lugar desde donde el ministro habría conocido a Lorena Díaz, o como la denominó en sus anotaciones, el enfoque distinto para avanzar en el caso Guzmán.

Flores los alentó a que se sintieran cómodos y les informó que cada uno podía contar con un teléfono asignado por la dirección de inteligencia que les permitiría acceder directamente a la red de datos y observación, así como para blindar sus propias comunicaciones. Lorena supo de inmediato que la cortesía era la manzana envenenada para tenerlos con la cuerda corta, pero no le importó hacer la concesión siempre que se comportaran como hasta ahora: con las manos dispuestas a abrir puertas y no como un ogro que se tragara las llaves. Además, según el parte de Flores, contaban con un cuarto privado al final de la sala con ducha, camas y una pequeña nevera con la azúcar necesaria para batallar con el estrés que toda búsqueda produce. Agradecieron el gesto, aunque sintieron que la invitación se convertía en un obligatorio confinamiento.

—Casi lo olvido, señorita Díaz —Flores se acercó y sacó de su bolsillo una llave—. Su carro está en el primer sótano. Con el tanque lleno de gasolina.

—Muchas gracias, director.

—Agradécele a Vásquez. Al parecer podemos esperar uno que otro gesto de quien menos pensamos.

—Supongo. Una última petición, director. Necesito todo el registro, los mapas, y cada una de los documentos que tengo en casa. Era mi centro de operaciones.

Flores sonrió ante la solicitud y le pidió a su asistente que acompañara a Lorena con un equipo de la dirección para atender todos sus requerimientos. Luego abandonó la sala.

Cerca de las ocho de la noche, y después de replicar la sala de su apartamento en la oficina, Lorena daba un recorrido mental por sus anotaciones, murmurando y recuperando cada detalle. Veía a Wifi febril tecleando instrucciones y algoritmos en la máquina, casi al punto de perderse en la pantalla. También observó a Pablo desanimado, desubicado entre la tecnología y la jerga policial, así que retomó el liderazgo de la situación. Señaló entonces de nuevo los fotogramas de cada asesinato y apuntó detalles específicos sobre las distintas coyunturas políticas que los hicieron irrelevantes a la atención policial. Pablo se sentó y miró las conexiones que con marcador Lorena había trazado previamente.

—¿Por qué ir a entrevistar a Augusto Zuloaga, a Paula Guzmán? ¿Tienes algo que puedas considerar de valor para relacionarlos a la desaparición de Silvana? —preguntó Pablo.

—No he podido contarte ese detalle —reaccionó Lorena.

—¿Cuál?

—Igor Quintero. Estudió en la Escuela de Antropología. Creo que fueron amigos, si la memoria no me falla.

—Sí, lo fue. Hasta que terminó empantanándose de odio.

—Jugaba en el equipo de rugby de la universidad, con Augusto.

—Lo recuerdo. Vi una fotografía suya en...

—En el cuadro de la pared. También la vi antes de salir a buscar el registro de pacientes de Augusto.

Lorena sin el menor pudor, ni reparar en que su acción rompía un tanto la normalidad del diálogo, metió su mano en el sostén y sacó debajo de su seno derecho un disco duro portátil. Le ordenó a Wifi descargar la información. Luego continuó.

—Cuando el cuerpo de Silvana fue hallado y se filtró a la prensa que se trataba de ella, Igor hizo una llamada a la dirección de homicidios. Recuerdo las palabras perfectamente: «Tengo información que podría interesarle sobre el caso Guzmán».

—Fue lo mismo que me dijiste por teléfono para que regresara —replicó Pablo.

Casi pudo rememorar las líneas exactas, porque aquella llamada telefónica le despertó del primer sueño que lograba recordar. En él, una mujer que a veces se parecía a Silvana y en otras a una ninfa anónima, le alertaba de que no se arriesgara más en el mar y que despertara cuanto antes porque recibiría un mensaje que traería noticias que cambiarían su destino.

—«¿Es usted Pablo Linares? Oiga, puede que no me recuerde, pero tengo información que podría interesarle», eso me dijiste.

—Así fue —respondió Lorena—. Es una frase que tiene su misterio. En todo caso, supe de la llamada de Igor, porque así lo reflejaba el expediente de homicidios. Por supuesto, aplicaron el protocolo y diligencia más laxa. Lo convocaron para el otro día en la oficina, cita a la que no llegaría.

—¿Y hacia dónde puede llevarnos eso, más allá de que fuese alguien que conocía tanto a Silvana como a Augusto?

—Aquí viene lo interesante. Para el momento en que muere Igor, era presidente de una empresa de logística y servicios propiedad de la familia de Augusto Zuloaga.

—No logro verlo.

—Dos días después del funeral de Igor, la empresa nombra un nuevo director ejecutivo. ¿Estás preparado?

—Estoy preparado.

—Fabricio Kolakowski.

Pablo dejó sin resolver el chispazo que fulminó su espina dorsal. Un ligero cosquilleo le avisó que cada centímetro de piel se le había erizado, no por escuchar de nuevo la invocación de ese nombre, sino porque aún guardase el poder de incomodarlo. De devolverlo a las añejas e incómodas memorias del pasado.

—¡Kolakowski!

—¿No te parece muy raro? Augusto y Silvana están ahí, siempre relacionados. No lo sé, no me gustó en lo absoluto percatarme de ese detalle. Es por ello que decidí caminar hacia atrás, sin mirar hacia el pasado, dirigiéndome a él de espaldas, observando el presente. Quería volver a figurarme la etapa de la Silvana universitaria, rehacerla, sin perder de vista el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Es esta una vista de águila privilegiada o de búho.

—Oigan, creo que deben ver algo —dijo urgido Wifi.

Los tres quedaron detrás del monitor de la pantalla, pero pronto supieron que la conversación iba a extenderse por lo que decidieron hacer uso de la pantalla de exposiciones. Allí comenzó a aparecer un conjunto de líneas que iban en todas direcciones, con algunos puntos brillantes de colores que se iluminaban y agrandaban, respondiendo a parámetros previamente impuestos.

—Puse los nombres, los pacientes y los nombres. ¿Ustedes saben algo de sistemas caóticos? No esperaré que respondan. Lo que importa, lo he dicho muchas veces, se lo digo a la aplicación y en ocasiones a Lorena. No importan los datos, sino las aristas de ellos. Imaginen un virus. Los virus son invisibles, son átomos de nada, que sin embargo tienen una estructura, una forma particular que le permite conectarse a una célula nueva y utilizarla para replicarse y poco a poco se va haciendo numerosa y en un momento ya el cuerpo que era, no existe porque tiene una nueva identidad. Pues bien, me gusta ver los datos así, ellos tienen pequeños detalles que van conectándose con la vida real y concreta. Convierten esa realidad en una cosa muy distinta, pero eso ocurre porque esos datos van coincidiendo una y otra vez, con cierto rincón del mundo, son atraídos hacia él.

A medida que Wifi hacía su exposición entre filosófica y desquiciada, las imágenes y redes de la computadora iban intensificándose, a la vez que iluminaba un nuevo dato que nadie había previsto. Se escuchó el repiqueteo de unas teclas y la pantalla reveló un dato.

—Hay un nombre del que se ha enamorado nuestro modelo.

La pantalla iluminó la palabra Zitmann, junto a una fotografía de un hombre de unos 65 años, no muy alto pero corpulento.

—¿Cómo encaja aquí, Wifi? —Lorena lucía intrigada pero precavida. No estaba muy dispuesta a dejar que la computación moderna le venciera en el duelo de ir un paso más allá del solo dato desnudo.

—Pregunto acaso, ¿no es el modelo una abstracción de la realidad, una manera de interpretar la complejidad?

—Sin rodeos, por favor —urgió Lorena. Wifi bajó la cabeza y pareció entristecerse de que no le permitieran largos vuelos especulativos.

—Los parámetros lo son todo. Quería casar los nombres que me diste, con los puntos fuertes de la teoría. Solo observar este currículum, dice más, sin rodeos.

Una ficha llena de información apareció frente a ellos. En ella, se aclaraba que Zitmann era un empresario dedicado al área de la biotecnología. Que mucho más temprano en su vida, tuvo que enfrentarse cara a cara con las estrategias duras con que los Estados logran su supervivencia a largo plazo, luego de que se le acusara de querer asesinar al líder de la Iglesia rusa ortodoxa. Un fotograma de un artículo de prensa, fechado en el año 1984, mes de abril, informaba que la policía junto con representantes de la Fiscalía había logrado desarticular la organización. Los recortes seguían proyectándose y en ellos se reflejaba la historia del grupo. Uno de los titulares llamó la atención de Pablo: «La Orden de Caballeros de la Virgen se niega a morir: Advierten que funcionarán con otro nombre».

—¿Puedes detenerte allí? —pidió Pablo. Se levantó de su asiento y se acercó a la pantalla, la luz del proyector le pintaba el rostro con el mismo titular que intentaba leer— Hablan de que es una organización que fue prohibida.

—Según se lee, debido al complot para asesinar al jefe de la Iglesia ortodoxa —intervino Lorena—. Dime, Wifi, ¿qué más sabes de él?

—Dicen que Zitmann fue exculpado de los cargos, aunque nunca se le permitió reorganizar la orden.

—¿De qué trata específicamente, Wifi? —la voz de Pablo tenía un sentido de urgencia. Su mente trabajaba rápido y sin aferrarse a nada concreto.

—Un culto a la figura de la Virgen María.

Pablo daba vueltas alrededor de la mesa. Sentía en su estómago un breve malestar.

—¿Por qué te ha llamado la atención, Wifi? ¿Qué te dice la computadora? —preguntó Pablo.

—El modelo me ha generado dos alertas —Wifi puso su dedo índice en la pantalla y lo usó para guiarse en la lectura—. Una para violencia política y otra para asesinatos.

Lorena se levantó de su silla, fue hasta donde Wifi y levantó la computadora portátil para leer ella misma los datos que se entrelazaban. Luego volvió todo a su lugar y pidió devolver tres recortes de prensa atrás hasta un reportaje sobre las acciones de la Orden de Caballeros. Allí se entrevistaba al fiscal de la época quien detallaba que la organización había estado implicada en la oleada de asesinatos de indigentes que vivió la capital durante 1984. También le acusaba de querer socavar las bases del Estado de derecho para impulsar una agenda guiada por principios que ni siquiera el propio Vaticano, según el fiscal, había reconocido como muy cristianos ni piadosos. Las denuncias de aquel fiscal llegaban a las mentes de Lorena y Pablo y seguían azuzando en Wifi las ganas de continuar con las conexiones entre matrices y agrupaciones de datos.

—Quizá solo sea un paciente... ¿no lo creen? Sabes que en ocasiones...

Pablo avanzó con energía desde la pantalla hasta donde se mezclaban las preguntas y le pidió a su compañero aplicarse al máximo de su sabiduría para no solo ingresar un dato más, sino interpretarlo sin que la necesidad de que dijera lo que ellos querían escuchar.

—Quiero que introduzcas una nueva variable: Artemisa.

El repiqueteo sobre el teclado fue lo único que permitió durante unos breves momentos dar cuenta de que dentro de esa oficina había alguien con vida. No más al pronunciar la

solicitud, ya en la cabeza de Lorena había cobrado importancia la imponente escultura de bronce que gobernaba el consultorio de Augusto Zuloaga. La figura griega era referida como la influencia más directa de lo que se convertiría a la postre en el mito cristiano de la madre de Jesucristo. «Seguiremos bajo otro nombre», era la frase que golpeó a Pablo y a la cual habría querido agregarle «y bajo otro manto». Sin embargo, lejos de menguar la ansiedad, los nuevos descubrimientos no hicieron sino acrecentar las dudas y la necesidad de seguir escarbando en las relaciones ocultas de aquel mundo de humos al que los arrojaba tener más información y sentirse de pronto de nuevo en el punto cero del recorrido.

El asistente del director entró a la sala cerca de las diez de la noche. Informó que deseaba enseñarles la habitación y proveerles la cena antes de terminar su turno. Wifi se excusó y se mantuvo frente a la computadora, pero Lorena y Pablo asintieron más por diplomacia que por deseo.

La habitación era espaciosa, con dos literas y un baño. Tenía una mesa en un rincón donde era posible que cuatro personas adultas pudiesen sentarse a compartir. Cuando el asistente se sintió que había cumplido su misión, se retiró no sin antes alentarles a usar el teléfono celular para reportar cualquier novedad. Lorena y Pablo se quedaron allí, sin saber muy bien que hacer.

—Siento como si hubiésemos abierto el cofre equivocado.
—Lorena se sentó en la cama y comenzó a masajearse las manos.

—Tengo un sentimiento similar. Creo que deberíamos descansar. Mañana volveremos a la investigación con otros ojos.

Lorena se mantuvo pensativa en la orilla de la cama. Los hombros bajos y, por primera vez, una expresión que no parecía reflejar su habitual convicción. Se levantó de pronto

y se dirigió a la mesa, donde habían dejado la cena para cada uno de ellos. Tomó dos bandejas y fue hasta la puerta.

—Duerme, seguiré trabajando un rato más con Wifi —se dio la vuelta para marcharse, mientras hacía maromas para tratar de cerrar la puerta de la habitación. Pablo se levantó y se acercó a ella.

—No te desanimes. Quizá no es una carrera de velocidad sino un maratón.

—Sí, es solo que me agobia sentirme varada, lidiar con los puntos ciegos.

—Es absolutamente lo contrario. Creo que hemos acertado un disparo a la oscuridad y hay una bestia herida retorciéndose en las sombras.

Pablo despertó en el asiento de un avión, uno no muy ruidoso y que de algún modo estaba iluminado por el primer sol débil de la mañana. Atolondrado, al verse en el mismo asiento en el que regresó a Venezuela después de una década, sintió algo extraño, esa conciencia parcial de que se está en un sueño. Trató de que ese pensamiento no le gobernara porque deseaba explorar antes de despertar. Se levantó de su asiento y se percató de que el avión estaba vacío. No le gustó la sensación enganchada a su estómago. Una voz de mujer anunció por los parlantes que pronto llegarían a destino y que se pedía volver a los asientos y usar el cinturón de seguridad. Pablo desobedeció y avanzó por el largo pasillo en dirección a la cabina. La voz esta vez con calidez conocida, le pidió volver a su asiento. Reconoció a Silvana y eso le alegró. Una turbulencia hizo tambalear el avión. Pablo dio un vistazo hacia el interior del aparato y pudo ver que la parte de la cola comenzaba a desaparecer, a fusionarse con el cielo poblado de nubes. Sintió la urgencia de correr y avanzar hacia la cabina. Abrió la puerta y entró.

—Te di la opción, pero has sido tú el que ha insistido. Ahora eres mi segundo al mando —dijo Silvana vestida de piloto de avión, con gafas oscuras estilo aviador y una gorra blanca que acrecentaba su autoridad. Pablo tomó asiento y aguardó por instrucciones.

—¿A dónde vamos?

El novísimo ayudante ahora vestido de pronto como un piloto más, trataba de hacerse idea de su destino, pero las nubes opacaban la visual.

—¿Aún no lo sabes? Quisiera ayudarte, pero puede que yo tampoco lo sepa. Debemos descubrirlo juntos.

Pablo de pronto sintió unas ganas incontenibles de llorar. Lo hizo y sintió que sus ojos convertían el interior de la cabina en un torrente que comenzó a desparramarse hacia el avión. El agua caía hacia la tierra y en el cruce con los rayos del crepúsculo brotaban arcoíris inmensos que parecían abarcar el planeta entero.

—Haz hecho que llueva, Pablo. Lo puedes ver por las ventanas —Silvana sonrió—. Es como si nada de lo que hagamos por más personal o individual que sea, va a dejar de tener un efecto sobre el mundo. Movemos la vida entera a miles de kilómetros, con pequeñas acciones diarias de las que apenas somos conscientes. Somos trapezistas de la vida, cayendo sobre esta gran red que nos une a todos.

Silvana dejó de prestarle atención a Pablo y puso toda su atención en el horizonte delante de ellos.

—Creo que el viaje está a punto de concluir.

—No, no quiero que termine.

A Pablo lo inundó una profunda melancolía.

—¿Ves? He allí tu problema. No atas los cabos, porque sientes que vas a perder lo único que te ha dado una razón de vida. Ya sea para sufrir o reír, has dejado todo deshilachado, en el desorden, la desidia, porque temes que si comienzas a

trenzar vas a perderme. Tomaré otra forma, pero jamás dejaré de estar contigo. Enfócate y termina lo que me prometiste.

—Qué prometí, dímelo. No estoy para pensar.

—Justicia, Pablo, me prometiste que le harías justicia al pastor. Que el libro que escribirías sería sobre eso.

—Sí, sí.

—Te lo repito, ya estamos por llegar.

—¿A dónde?

—Donde comenzó todo, Pablo. Siempre volvemos a los lugares que nos hicieron esta rara imperfección que somos.

Un fuerte crujido hizo tambalear el avión y quedaron a ciegas. Pablo supo que faltaba poco para que la cabina también fuese consumida. Silvana le daba golpes al tablero de mando hasta que desistió.

—Bah, quién necesita la tecnología cuando la mejor brújula es el corazón.

—Igual la necesitamos para guiarnos.

—No. Te voy a enseñar un secreto. ¿Sabes cómo reconocen los pilotos en qué lugar deben virar los aviones cuando se acercan al valle de Caracas?

—No tengo la menor idea.

—Escúchame bien, esto me lo contó un oficial de la aviación uruguaya y es lo más certero dentro del alijo de dudas de la vida: observan el inmenso cumulonimbus cerca de la cordillera.

—Las nubes se mueven, desaparecen. Cuando vuelven a formarse en el cielo, llevan en sus entrañas un agua diferente. Son otra nube. Es suicida fiarse de aquello que se transforma.

—He allí la magia. Es una nube inmóvil y permanente. Siempre está allí. Es una traza en el cielo para todos los que tienen fe en que existen las nubes que no se mueven. Vuelve a lo elemental, Pablo, a lo que ha estado sin moverse en ti. En ese lugar encontrarás la respuesta.

Del avión ya solo quedaba el pequeño habitáculo en el que Pablo miraba a Silvana pilotear con tesón hacia el vacío. «Tengo mucho miedo de perderte», le dijo. Silvana se levantó y parecía portar un paracaídas. «Es hora de saltar», respondió. Ahora no vestía como piloto sino como una paracaidista. Se quitó los lentes de aviador y miró a Pablo. «Vamos a volver a vernos, una última vez, solo que en esa no podrás saltar conmigo». Silvana tomó de la mano a Pablo y se lanzó al vacío a una velocidad que permitía ir diluyendo las nieblas de ese mundo tenso que son los sueños. Pablo despertó.

Se levantó con energía para ubicarse en tiempo y espacio. Ni Wifi, ni Lorena se encontraban en sus respectivas camas, así que se dio prisa para entrar al baño y cepillarse, porque todo estaba equipado gracias a las bondades de sus anfitriones. Tomó una ducha rápida y salió de nuevo a la sala donde se encontraban.

—Hola, Wifi —las teclas seguían repiqueteando sin bajar su intensidad—. ¿Estás ocupado?

Pablo sabía que trataba con un genio difícil pero aquella primera interacción en solitario no podía irsele de las manos.

—Wifi... ¿qué piensas de la frase «Volver a lo elemental»?

Esta vez las teclas pararon. Wifi no volteó el cuerpo, pero sus ojos se permitieron atender a la charla de su compañero. Le encantaban las preguntas y mucho más los retos que podrían significar un acertijo.

—¿Necesitas una definición de corte enciclopédico o admite interpretación de semántica cultural?

—Solo necesito que me digas algo.

—Fundamentos. Pienso en fundamentos, pero también en lo simple. La verdad es simple, por tanto, su naturaleza es elemental.

—De acuerdo, Wifi. Gracias, has sido tremenda ayuda —Pablo se levantó de la silla, cuando Wifi lo interrumpió.

—Volver a lo simple —le dijo— es lo que pienso de esa frase. Así que espero haberte ayudado. Regresaré al trabajo.

Pablo subió los ojos y se acercó a la computadora de Wifi. Una serie de redes se trenzaban de manera aparentemente caótica. Uno de los nodos iba enrojeciéndose a medida que Wifi agregaba más y más parámetros. Pablo indicó el punto rojo con su índice y preguntó por él.

—Es un dato que estoy minando —era la frase que Wifi habría esperado decir durante mucho tiempo, en un contexto verdaderamente criminalístico—. Al parecer en Europa subastaron una antigüedad. Estoy rastreando cualquier conexión con el culto a la Virgen María.

—¿Y qué importancia tiene?

—Coincide en alertas asociadas a Zitmann. La compra fue hecha el mismo día que secuestraron a Marisol Castro.

—¿Quién es Marisol?

—Temprano en la mañana el ministro nos ha informado que se nos ha encomendado la tarea de relacionar todo lo referente a Silvana con un secuestro reciente. Todos los datos encajan. Es por ello que ha aparecido la subasta en la pantalla. Está halando de dos hilos. Y ambos tensan el nombre de Zitmann. Ella es elocuente. No le gustan los rodeos. Busca lo elemental —Wifi sonrió de manera torpe, no parecía estar acostumbrado a hacerse el gracioso.

—Entiendo. ¿Oye, y Lorena?

—Salió, no sé dónde está.

Pablo miró la pantalla y su mente sintió un agua fresca que le borraba el musgo que se acumula cuando la desesperanza se apodera de sí. Preguntó por los teléfonos que Flores les había dado. Dejó uno con Wifi y le dijo que estuviera atento porque él también necesitaba trenzar su propia red. En el fondo, no le importaba más que lo dejaran solo ante un prodigio tecnológico que hacía honor a su nombre animal.

Las órdenes de Flores eran precisas, el máximo de apoyo sin que eso significara ponerse en riesgo o echar por la borda el secreto de la investigación. Así que Pablo no tuvo más remedio que ir escoltado junto con dos oficiales hasta una camioneta negra sin placas que salió disparada del estacionamiento a una velocidad que sintió excesiva. El vehículo no pasó desapercibido para los habitantes del barrio. Pablo se bajó de la camioneta y rogó a sus acompañantes que le dejaran enfrentar la situación a solas. Con la dificultad que implica las mentes para quienes la orden de un superior jerárquico se traduce en una camisa de fuerza, consintieron vigilarlo en la distancia y siempre que aceptara reportarse cada diez minutos. De esta forma, quedó más libre para llegar hasta la puerta de la casa de Antonio Guzmán. Tocó dos veces la puerta, pero nadie abrió. Una mujer que llevaba a un niño del brazo, le dijo que él se encontraba a esa hora en el vivero y le indicó el camino.

Pablo llegó hasta unas tiendas blancas y altas cuyo deterioro era evidente, entró a una de ellas, vio a Antonio en medio de dos líneas de plantas, entre tomates y pimentones verdes. Ambos hombres se abrazaron sin decir una palabra. También lloraron juntos. Se comunicaban a través de gestos y pedían disculpas en silencio por sus respectivas cobardías. También se perdonaron sin emitir un leve sonido. Pablo fue el primero en querer hablar cuando sintió que estaba preparado para emitir una voz masculina y no el chillido de quienes tienen la enfermiza necesidad de enmendar sus errores.

—Necesito hablar con Eloísa. Tengo que pedirle un favor.

Antonio Guzmán asintió, siempre que lo acompañara a su casa para llevar la primera cosecha de ese año. Llegaron a la casa y mientras el agua hervía, recogió su teléfono celular en una de las mesas y buscó el número de Eloísa.

—Está viviendo en Praga, según me dijo hace como dos meses. También, que se iba a casar con un inversor ruso. No quise detalles.

Pablo vio directamente a Antonio y percibió en él la inculcable expresión que delata a quienes aún aman sin confesarlo. Anotó el número en el aparato provisto por la dirección de inteligencia. Luego se sentó casi instintivamente al sentir la taza de café en su mano. Sintió que no pudiera ser una visita más larga, adelantó excusas.

—Para qué alargar más esto, Pablo. En este lugar solo quedo yo como último vestigio de una utopía. En cuanto me muera, van a terminar de echarle cemento a los huertos familiares y volverán a convertirse en lo que eran. El mundo no cambia, no. La gente pasa por él, solo para repetir la rutina que les obliga el código genético, pero su vida seguirá siendo la misma.

—Eso me recuerda a Ángela, su esposa. Solía hablarme de la misma forma cuando la llevaba a sus terapias.

Antonio sonrió y se incorporó de la silla, le pidió a Pablo que esperara mientras iba a buscar algo al interior de la casa. Mientras Pablo veía los portarretratos de Ángela, Silvana y Paula le sonreían y se sonreían a sí mismas, en esa época donde aun el sueño de algo mejor no había dado paso a la tragedia. Antonio salió de nuevo y entregó en las manos de Pablo dos pequeños cuadernos. Eran los diarios que llevaba Silvana cuando iniciaba la universidad. Pablo creyó que se iba a quebrar pero buscó en el sorbo de café el valor que le hacía falta.

—Sé que ella le habría encantado que te los entregara.

—Te juro que voy a atrapar al que asesinó a Silvana.

—Tienes que aliviar tu peso, Pablo.

—Ya no sé si lo que siento es dolor, Antonio. Es algo distinto, es un vacío.

—No es más hondo y espeso que el mío. Vivo en una casa que se alimenta de recuerdos y sueños rotos. Debes llenarte de nuevo, eres joven.

—El mayor cumplido que le podemos hacer a las injusticias que se acumulan día a día, es seguir creyendo que vale la pena seguir adelante. ¿Cómo lo haces?, de verdad, ¿cómo puedes seguir de pie?

—Porque ya no depende de mí. Por las mañanas sigo despertando y eso lo asumo como un mandato. Lucharé hasta el fin, aunque sea una batalla perdida.

Lorena había llegado puntual a la cita. Repasó el mensaje en su celular donde Tina Fernández, la asistente de Paula Guzmán, le brindaba los detalles específicos de la reunión. El lugar no era el cuartel general de la compañía de modas de Paula, se trataba de una oficina mucho más modesta, aunque no por ello desprovista de lujos. Lorena, en la sala de espera, aprovechó para ojear las revistas que estaban sobre la mesa. Su mente no parecía querer quedarse quieta y solo tenía espacio para repasar las palabras de Flores, cuando al fin de muchos rodeos consideró que era importante informarles que el esfuerzo estaba dirigido no solo a Silvana Guzmán, sino a la búsqueda de Marisol Castro. «Si tienes razón en tu teoría —dijo Flores más temprano—, puede que podamos celebrar que nos adelantamos un paso a la tragedia».

Tina salió por una puerta de cristal y saludó con una sonrisa a Lorena. Condujo a la visitante por una sala hasta la puerta de una oficina. Antes de entrar, Tina pidió a Lorena que tratase de ser breve.

—La señora Guzmán partirá mañana a Roma y necesita comenzar los preparativos cuanto antes. Por otro lado, le agradecería que en una próxima ocasión no traiga policías al edificio. Valoramos la discreción.

Lorena no dejó que le perturbara el aire pedante de aquella mujer y trató de concentrarse en su propia agenda, aunque habría querido comentarle que a ella también le parecía vomitivo tener que lidiar con escoltas. Se guardó el comentario y entró a la oficina. Paula Guzmán miraba por la ventana en dirección a la montaña que rodea la ciudad.

—Le agradezco que viniera. Me disculpa si todo fue tan apresurado. A veces surgen imprevistos que nos obligan a acelerar los planes.

—O a cambiarlos —contestó Lorena.

Paula volteó levemente para detallarla. Le interesó su estampa, que bien podría mejorar para considerarla una modelo suya.

—Los modelos suelen tener esos rostros neutros sin ninguna expresión —soltó volviendo la vista hacia la ventana—. Es parte de su trabajo. La ropa debe llevarse el protagonismo, no el alma o el sex appeal de las mujeres u hombres que desfilan. Creo que si algo tiene el mundo de la moda es que a pesar de que digan lo contrario, están en una búsqueda incesante de despersonalización. De arrancar el alma de los cuerpos. Dicen que diseñan para mujeres, para hombres, pero en las pasarelas lo único que ves son no humanos, sino cuerpos que se mueven impulsados por el ego de un maestro del engaño.

A Lorena la conversación le pareció críptica y en un cierto modo, una treta para sentar el tono y dirección de aquel encuentro. No sintió que debiera guardar ninguna diplomacia.

—Señora Guzmán. Vengo a preguntar por su hermana.

—¿Sufrió?

—Creo que no la entiendo.

Paula se tomó los brazos y comenzó a sobárselos sincrónicamente. Fue un gesto involuntario activado por un dejo de nostalgia. Lorena no dejó pasar aquella reacción.

—Si me pregunta por su hermana. Sí, estimo que sí. Había heridas posmortem, pero sin ninguna duda fue torturada.

Paula quiso hablar pero su voz se cortó. No permitió perder control sobre sus palabras, aun cuando su cuerpo parecía ya no seguir instrucciones directas.

—Voy a estrenar una nueva línea de ropa. Parto mañana para Europa y no sé si vuelva pronto.

—Pues la felicito —Lorena dijo cada letra con sus hombros bien arriba para que se notara lo poco que le importaba aquel detalle.

—¿Sabe que nombre he elegido para la colección? «Miss Sarajevo». La nota de prensa de la compañía dice que y se lo diré textualmente «rendimos tributo a la resiliencia y a la mirada esperanzada y colorida del futuro». Los creativos y especialistas hicieron lo posible para que cambiara el nombre. Me decían que solo mencionar la palabra ya nubla la mente con imágenes macabras. Era como intentar vender una colección de abrigos llamada «Auschwitz». ¿Quién puede culparlos? Tienen razón.

—Pensé que quería hablar conmigo del caso, no de diseño.

—Mi papá nos tocaba canciones en su guitarra cada noche, antes de dormir. Nos recitaba cuentos, poemas. Mi hermana y yo nos quedábamos allí escuchándolo largo rato hasta que nos dormíamos. Mi madre se molestaba, decía que no podía mantener esa rutina porque nos iba a mal acostumbrar. Una noche me levanto en medio de una discusión entre ellos y los espí desde la habitación. No debo negarle que estaba muy asustada. Fue la primera vez que oí la palabra Sarajevo. El

mayor miedo que tenía mi padre es que nosotras acabáramos rotas, con una fractura irreparable. Allí terminó la discusión. Mi madre lloró y se abrazaron. Creo que ambos compartían aquel temor. Olvidé ese recuerdo por mucho tiempo, hasta que regresó luego que usted llamara a Tina. Pienso en eso desde entonces.

—¿Y qué ha conseguido con eso?

—Es extraño, detective. He comenzado a interesarme cada vez más en la historia. Le he dado la vuelta a unas cuantas guerras civiles, a las desgracias que significan el que un vecino, que compartía contigo la plaza, los autobuses, la bandera, los himnos; sienta que necesita exterminarte para estar en paz. Arrasar con mujeres, niños, ancianos, para echar sal por una herida que se ha abierto. Por eso comencé hablándole de lo que ocurre sobre las pasarelas. La moda es una gran máquina de violencia. Deshumanizamos y rearmamos la vida a nuestro antojo. Entonces ves a la gente corriendo tras esto o lo otro, tras unas piezas de ropa, tras el bolso de temporada, tras la figura esquelética, persiguiendo, siempre persiguiendo, hasta que ya no vuelven a encontrarse nunca más.

—¿Qué sentía usted por Silvana?

—Los sentimientos no son rocas que soportan el paso de los años, tendría que haberme hecho esa pregunta hace unos cuantos años para responderle con fidelidad. Le podría decir lo que siento en estos momentos.

—¿Y bien?

—Que daría mi vida a cambio de la de ella.

—Eso es imposible. Sin embargo, sí podemos hacerle justicia.

—No entiendo que nos pasó, detective. Hago un esfuerzo y no logro dar con lo que nos separó, por qué llegamos a ese nivel de...

—¿Odio?

—Podría ser la palabra adecuada. Es fuerza poderosa e invisible, que llega imperceptible y que si le permites cobijo y alimento, te terminará echando de tu casa, de tu cuerpo. Reclamará tu vida como propia.

Paula sintió que era la primera vez que hablaba de esa manera. Sus palabras le parecían un dialecto foráneo trasvasado a su cuerpo por alguna entidad que no lograba identificar. Como amante de los pragmatismos, aborrecía el palabrerío de vuelo filosófico. Extrañamente, ahora se hallaba cómoda con el.

—Señora Guzmán, ¿Hay algo que pueda decirme para avanzar en el caso del asesinato de su hermana?

—¿Usted cree en los juramentos, detective?

—Solo en los que no impliquen guardar silencio ante un crimen.

Paula se puso al frente de Lorena y le entregó un papel. En él, una dirección que no fue acompañada de la menor explicación. Luego se quitó los lentes oscuros y dejó a la interpretación de Lorena los ojos rojos de un llanto que llevaba mucho tiempo guardado. La detective Díaz no hizo más preguntas y se retiró en silencio. Mientras bajaba por el ascensor pensó en Sarajevo y sin saber por qué, imaginó lo que habrían de sentir las aves enjauladas en esos lugares donde han estallado las guerras. Esos animales olvidados en su encierro por el espanto de la huida, condenadas a ser prisioneras, a morir sin saber jamás lo que sería batir las alas en completa libertad.

Pablo despidió de nuevo a Antonio en la puerta de su casa y le rogó que entrara antes de que se marchara. No le gustaba sentir en la espalda la triste mirada de quien se queda. Conforme caminaba fue tecleando el número telefónico de Eloísa. Afortunadamente el director tenía razón y poseían las mejores condiciones para avanzar en la investigación.

—¿Sí?

—¿Eloísa?

—¿Quién es?

—Pablo Linares.

En un lado y otro de los continentes sobrevino un silencio inesperado. Pablo temía que colgara la llamada de inmediato.

—¿En serio eres tú? Pensé que... no sé... vaya, es una verdadera sorpresa. Justo acabo de hablar con una amiga de ti. Créeme que no entiendo lo que pasa, debe ser una conjunción de planetas.

—Debo pedirte disculpas. Sé qué debo y necesito hacerlo.

—Descuida, no tienes que hacer nada. ¿Cuánto tiempo estuvimos juntos? Por Dios, ¿qué hay de ti? ¿Estás bien?

—Una vez más te necesito, Eloísa.

—Anda, Pablo. ¿Qué pasa?

—Antonio me dijo que te fuiste a ayudar a tu abuelo a vender antigüedades en Europa. ¿Sigue dedicándose a eso?

—Mi abuelo murió hace siete años.

—Lamento escucharlo.

—No pasa nada. Sí, conservamos el negocio familiar.

Pablo pudo percibir como se desprendía de su pecho un hilo que lo ataba a Eloísa. Siempre le pareció que ella había sido más de lo que entendía o podía asimilar. Pensaba en Silvana y ahora que hablaba con esta mujer, por un breve momento se distrajo en la idea de que es posible amar a mucha gente en muchos tiempos, amarlos de verdad y con intensidad. Sin que nada colisionara, sin que nada marchitara la capacidad de reunir en diferentes cuerpos y voces. Se impulsó en ese instante de sosiego y pidió ayuda con toda la fuerza y urgencia que pudiese albergar. Le contó sobre el caso, de cómo volvió a Venezuela. De esa llamada que lo despertó en el primer sueño que recordaba en su vida. Sus labios pronunciaron tantas veces el nombre de Lorena, que la propia Eloísa acumuló unos celos extraños y distantes.

Sentada en una poltrona y anotando como podía en una libreta, Eloísa escuchó que necesitaban ubicar al comprador de una extraña pieza de antigüedad. Asoció el nombre de la casa de subastas, con la posibilidad de que aquello ciertamente pudiese servir para dar luces del asesinato de Silvana. En su propio cuerpo algo se iluminó. El problema no sería ubicar al merchant, tenía de sobra contactos para hacerlo. La dificultad estaba en que hablara. En ese negocio, romper el secreto equivalía a mudarse a una isla perdida entre el mar del odio y la aversión. Nadie quería un exilio semejante, aunque ella misma reconocía que podría tener unos cuantos

métodos para torcer las tradiciones. «Cuenta con eso, Pablo», dijo resuelta y sin dudar. Él recibió la noticia con severa paz.

Pablo dejó el teléfono celular cuando en la distancia Rony le hizo señales. Apretaba de manera involuntaria el diario que Antonio le había entregado unos momentos atrás, pero decidió esperar. Se abrazó con su amigo, y entraron a tomar un café.

—Fui a visitarlo Pablo, a Monopunk, o como le gusta que lo llamen ahora, Darío José. Es otro hombre, tendrías que verlo.

—En eso tienes razón, tendría que verlo.

—Te lo juro. Hacía tiempo que no me acercaba, a veces uno se cansa de ir a esos lugares. Son terribles. Tampoco es que sea mi familiar cercano como para que la solidaridad se mantenga inmune al dolor y a la vejación de que te revisen hasta el culo para entrar.

Pablo se sonrió ante el comentario. El hijo de Rony se mantenía atento a la conversación, pero prefirió pasar desapercibido. También habría querido reírse.

—Cuidan que no lles drogas —Rony encendió la cocina y se acercó a Pablo—. Monopunk me recibió con afecto. Iba preparado para el reclamo. A que me dijera que había esperado el olvido de todos menos de mí. Pero no me reprochó nada, me abrazó y hablamos de su encierro, de cómo conoció a Dios, de su lucha contra los demonios. Te digo, es otro.

—Es extraño, pero de pronto me dan hasta ganas de verlo —pensó Pablo en voz alta.

Rony volvió con dos tazas a las cuales le había puesto azúcar sin preguntar.

—Te decía que el hombre tenía esos ojos de claridad. Incluso hablamos de juegos de rol y recordaba las reglas con propiedad. Como si se le hubiese destapado la cañería que tenía en esa cabeza.

—Es una buena noticia.

—Fíjate que hasta recordó el mapa de seguridad que hicimos para proteger a Silvana cuando tomamos el Consejo Universitario. En todo caso, me dijo algo que me dejó pensando.

—¿Qué sucede? ¿De qué hablaron?

—El hombre me dice «Rony, es Dios el que te ha traído a mi cárcel, así como le ocurrió a José en Egipto. Hace unas noches tuve un sueño, que ahora ya entiendo no fue un sueño sino una memoria. Una que estaba sepultada por el demonio y el atontamiento que este me provocaba. Recuerdo la noche en que puse la bomba. Es más, sé quién me dio la orden, quien la puso en mis manos, quien me llenó la cabeza de locuras». Por supuesto te podrás imaginar mi sorpresa, Pablo.

—Rony, por favor, sigue, necesito escucharlo —Pablo había levantado la voz sin percatarse. Tuvo que contenerse al ver que el niño que jugaba ya no prestaba atención a la pantalla.

—Me dijo que fue Kolakowski el que se acercó para atiborrarlo de papelitos, cocaína, agujas.

Pablo pudo darse cuenta de cómo se erizó su piel por completo. Aun acostumbrado a la sensación, la electricidad volvió a recorrerle la espalda, pero no trajo el frío de muerte habitual, sino un calor, un malestar sin nombre que necesitaba agarrar por el cuello. Sus ojos se perdieron en un punto indefinido. No sabe cuánto tiempo divagó, pero cuando volvió en sí ya no tenía café que tomar.

—¿Está seguro de lo que dice?

—¿Quién puede asegurarlo? Hoy es un hombre distinto, hace unos años era una piltrafa.

Se despidieron al rato en la puerta de la casa. El niño los observaba por la ventana. Había desistido de jugar videojuegos porque la charla le había generado más placer.

Sostenía un libro ilustrado sobre seres mitológicos que le servía para vencer a su padre en los juegos de rol. Pablo se acercó a él para despedirse también. «No te pierdas», le gritó a Pablo, mientras se alejaba hacia la camioneta donde los escoltas aguardaban. Pablo se detuvo en la puerta antes de entrar. «Nunca más», murmuró para sí.

«La clave del éxito está en la planificación. No se trata de grandes talentos, sino de disciplina. Gobernar sobre el tiempo y las circunstancias». Eso dijo Fabricio Kolakowski cuando se elevó de su silla frente a la mesa de directores de la empresa. Lo aplaudieron con elegancia y sin muchos vítores. Giró algunas instrucciones más, donde el mayor porcentaje se lo llevaban los planes de expansión en puertas. Se excusó en que debía atender una llamada por videoconferencia para ausentarse de la reunión antes que terminara. Por supuesto, la llamada no existía. Creía con mucho empeño en la espectacularidad, en la forma en que entras y te retiras de un lugar. Los gestos lo son todo. Sentía en sus palmas una cierta picazón, se sentía hervir aquel día.

La noche anterior había sido lo que esperaba. Usualmente no actuaba de esa manera, pero llevaba meses sintiéndose cansado de ser el segundo en llegar a la cena. Fue hasta su oficina, abrió la puerta y luego se encerró en el baño. Se quitó el saco y se aflojó la corbata. Abrió el grifo y se salpicó el rostro con agua fría. La sensación le hizo recordar el

escupitajo que recibió horas atrás, mientras le gritaban que era un cerdo. El recuerdo de esa chica allí, tan indispuesta a dejarse gobernar. Si algo odiaba de las mujeres era precisamente que existieran especímenes que se negaban a aceptar el curso natural de los hechos. Por eso recordaba con tanto placer la primera vez que bajo la tenaza de sus manos se aplacaron los movimientos erráticos de aquella mujer. La excitación le hizo correr la sangre y sintió un deseo irrefrenable de masturbarse mientras recreaba en su mente la sesión de amansamiento de carácter, de erradicación de resistencia, de dominación total de un cuerpo.

Eyaculó y de pronto se sintió vacío frente al espejo. Quiso estrellar la cabeza contra el reflejo y tratar de traspasar de una buena vez la barrera que separa esta vida de la otra. Respiró y después se dio cuenta de su estupidez. «Eres un niño muy tonto», se dijo a sí mismo. Se limpió en el lavamanos y la imagen del semen colándose hacia las cloacas, fueron teñidas del rojo que le venía del recuerdo de los golpes que tuvo que darle a su proyecto en marcha. Salió del baño subiéndose la bragueta y volviendo un poco a la realidad. Tenía tanto que hacer antes de que fuese inevitable deshacerse de su reciente adquisición. Por momentos le agradaban. Se consideraba imbuido de autoridad. Dos o tres veces de estar con cada una, y comenzaba a necesitar una nueva. Claro que ninguna se iba sin alguna marca o sin dejar para él una ofrenda que le permitiera a su memoria volver sobre cada mujer que había tenido en aquel lugar. Sus ojos se perdieron hacia la ciudad, desde lo alto de una oficina que tenía una vista privilegiada de Caracas. Lo único que comenzaba a tener sentido más allá de las reuniones y los halagos de sus subalternos, de la expansión de la compañía, de los cócteles y fiestas corporativas, era esa última mirada de la cual solo él era testigo y

absoluto privilegiado. Era su rostro lo último que ellas llegaban a ver antes de partir para siempre.

Su timbre privado sonó y quebró su estado de meditación. Se acercó hasta su escritorio y apretó el botón del intercomunicador. Su secretaria le habló con bastante temor, para comentarle que en la recepción ocurría un espectáculo que podía afectar la imagen de la empresa, y que se estaba saliendo de control.

—Le juro que somos grandes amigos, solo dígame que Pablo Linares está aquí y debe hablarle de Silvana Guzmán.

La secretaria de recepción jamás había enfrentado una situación semejante y por los nervios le costó encontrar el botón de pánico. Los gritos, los oficiales de seguridad intentando controlar al saboteador la habían descolocado totalmente.

Fabricio Kolakowski siguió con atención la escena y tuvo que hacer zoom para darse cuenta que aquel sujeto que pateaba desesperado al guardia de seguridad, era Pablo Linares, un vestigio del pasado que pensó jamás le alcanzaría. Pudo haber desistido, desentenderse de la situación y poner su mirada en las hojas de cálculo para hacer análisis de los balances financieros, o mucho mejor, ir hasta la caja de seguridad y volver a revisar las fotos de las chicas que tomaba de las calles, solo para recordarlas, para saber cómo eran antes y después. Le disgustó sentir que si dejaba que el sujeto se marchara, ya no podría extender su control. Le ordenó a su asistente que lo dejaran pasar, no sin antes asegurarse de que no portara armas.

A los diez minutos, Pablo entró algo maltrecho por la fuerza que le imprimieron los guardias. La secretaria del despacho lo escoltó con miedo, mirándolo como a un animal salvaje.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Kolakowski se dirigió a los vigilantes del edificio y a su propia secretaria. Luego centró sus ojos en Pablo—. Creo que puedo entenderme con el señor.

Los primeros en salir del despacho fueron los guardias de seguridad. La secretaria lo hizo con reticencia. Creía que su jefe había tomado una decisión en extremo apresurada. Así que, contrario a su proceder, se quedó pegada de la puerta, esperando un grito o el ruido distintivo de algo que se rompe.

—Así que nos volvemos a encontrar.

—Quiero que me digas lo que le hiciste a Silvana —dijo Pablo sin rodeos.

Kolakowski se llenó de ira. Se creía capaz de sacar la pistola que guardaba en el cajón de su escritorio y volarle la cabeza a Pablo allí mismo. Luego arreglaría la escena. Unos billetes al fiscal, otro tanto a la policía científica y ya tendría un montaje a prueba de cualquier tribunal. No lo hizo, porque recién había cambiado la alfombra y además, deseaba ver hasta dónde llegaría ese pasado hecho materia frente a él.

—¿Qué le hice? Tú lo sabes, me quedé con su virginidad. No puedo decir que fue el mejor sexo de mi vida, pero tiene sus recompensas.

—Sé que tienes que ver con la desaparición de Silvana.

—Creo que estás desvariando y honestamente pensé que esto sería algo más divertido —Kolakowski buscó visualmente el botón para llamar a su secretaria, pero no le dio tiempo de apretarlo. La próxima línea de Pablo le adormeció su mano derecha.

—Le pediste al Monopunk que pusiera la bomba, ¿por qué?

—Te lo repito, estás diciendo estupideces. No tengo la menor idea de quién me hablas.

Pablo podía sentir la intuición recorrerle por las venas. Pensaba en el modelo de Lorena, en la idea que los crímenes

ocurren en los picos de confrontación. La razón estaba muy clara, era lógica, coherente. Nadie va a ocuparse de las gallinas si el zorro dice que cielo se está cayendo.

—Voy a probarlo. Y vas a tener mucho que explicar —le dijo.

Kolakowski miró con atención a Pablo. Sopesó la posibilidad de que en una pelea directa, sin armas y provistos tan solo del odio que guardaban el uno por el otro, él podría aplastarle la cabeza contra el asfalto. Lo haría rendirse, rogar por su vida, ver como sus lágrimas brotaban solas al verse solo y a merced de un hombre que va a visitarlo día tras día, solo para que recuerde que, antes de morir, ese miedo, esa silueta, será su único equipaje. De nuevo, llegó la erección. Se le erizó la piel y dejó caer su dedo en el intercomunicador. «Gladys, el señor ya se retira».

Pablo bajó al *lobby* custodiado por los guardias. Al salir levantó la vista y reconoció a lo lejos los escoltas de la dirección de inteligencia que lo miraban fastidiados de la tarea que les habían asignado. Tenía la mente revuelta y cruzó la calle. Vio que uno de los agentes le gritó y agitó la mano. Miró hacia su izquierda y vio una camioneta negra acercándose a toda velocidad. Quedó suspendido al leer las letras del rótulo con el nombre de la empresa. Sentía que algo le decían, pero no supo qué. Lo sacudió la necesidad de quitarse del medio rápidamente. El conductor lo esquivó a tiempo, pero lo insultó al pasarle al lado. Cuando la vio alejarse se percató que no tenía placas y por primera vez creyó que ese detalle más que ocultar información, la iluminaba.

—¿Cómo te preparas para esta noche? —preguntó Zitmann mientras sus ojos bebían del ámbar perfecto de su vaso de *whisky*.

—Un tanto nervioso —contestó Salvador del otro lado. Suspiró—. Me aterra volver a recibir la paliza de la vez pasada.

Se escuchó a Zitmann reír al punto que se le convirtió en una tos. Se incorporó de la cómoda posición que su silla reclinaba le permitía y se acercó a la mesa para servirse más licor. Le había causado gracia la mención de los golpes, porque esa noche no estaría exenta de ellos. Vendrían acompañados de otros placeres y estaba convencido de que eso los haría soportables. Evitó el camino del espanto y relajó el tono para no preocupar a Salvador.

—No te preocupes. Será inolvidable.

La llamada concluyó con despedidas afectuosas y el compromiso de la hora señalada. Zitmann se levantó de su asiento y se acercó hasta un escritorio donde reposaba un monitor que transmitía desde distintos ángulos la silenciosa

escena de una habitación. En ella, había algunas poltronas y utensilios básicos que Zitmann pensaba: enriquecían la experiencia. Para él, grabar toda la sesión era siempre su seguro para garantizar que la lealtad a la causa no se viera amenazada por un complejo de culpa, aunque también los usaba para recordarse lo bien que se sentía iniciar a los nuevos integrantes en el código de silencio.

Pensó que la débil luz que llegaba a sus ojos era el túnel con que la tradición identifica el sendero que lleva a la otra vida. No fue así, solo se trataba del mismo bombillo de resplandor lánguido que oscilaba en la habitación donde había sido confinada. Rogó estar muerta, luego explotó en llanto al saber que se traicionaba a sí misma al dejar que la vulnerabilidad la consumiera. Se había jurado que ningún dolor infligido por la maldad de otros le dañara. Su estrategia de aguante era considerarse un arca que sirviera para resguardar a los más débiles de aquella que no podían entender. ¿Quién era ella para dejarse doblegar, si en su trabajo —en más ocasiones de las que hubiera deseado—, al finalizar la jornada de artes escénicas, o los talleres de expresión corporal, alguna niña se quedaba hasta tarde y sin ganas de volver jamás a casa? De desandar el camino que las retornaba al horror de sentirse solas, cuando un tío, el padrastro o algún vecino quisiera entrar a sus cuartos para explicarles que era mejor que todo lo vivieran con ellos, con los conocidos y no con extraños, que ellos eran los indicados para acortarles el camino a la

adulter. Si al menos una, pensó Marisol, si al menos una de las violaciones o de los golpes que había recibido en ese cuarto, podía servir para librar a alguna inocente de un dolor similar, ella ofrendaba su cuerpo y su alma a dicho sacrificio. Cerró los ojos y por extraño que pudiese parecer, fue la primera vez desde que había sido secuestrada que pudo descansar profundamente.

Debía estar feliz, pero no podía concentrarse en nada. Fabricio Kolakowski escuchaba sobre la posibilidad de que ese año la empresa tuviese un superávit, justo en una época en la que muchas caían en bancarrota. Miraba su reloj y se distraía repasando una y otra vez el mensaje en su teléfono celular. Necesitaba que se reconociera su valor, su exacerbado empeño cuando emergían grandes retos frente a él. También estaba cansado del anonimato, de apoyar las causas de corte colectivista que aniquilaban la valoración del individuo y su gesta. Jamás volvería allí y de algún modo comenzaba a pensar en su emancipación, en que le había dado mucho a esa empresa como para ser un mero sirviente a la orden de los accionistas. Lo disfrutó, sí, pero ahora carecía de sentido. Pensaba que no había riqueza que pudiera transmitir el mismo placer que el cuerpo al tomar posesión de aquel misterio que llamaban sople de vida, alma, energía vital. Mientras veía al director de finanzas hablar de ingresos y egresos, sentía que esos pobres seres jamás entenderían las razones que a él lo movían.

Frente a él, su paciente. Un hombre de tercera edad cuya válvula coronaria fallaba. Augusto debe obrar un milagro. No tiene espacio para decidir un camino distinto que no sea salvarle. Mientras el bisturí recorre con finura la piel ya envejecida, su mente dibuja para sí mismo una pieza de filosofía que jamás llegará a ser escrita: «El quirófano mutila la libertad. Te arrebatata la posibilidad de actuar tanto para el bien como para el mal —dijo abriéndose paso a través de la dermis—. Además, están los pesados de medicina legal. Los jueces de las malas prácticas. Con ellos se acaba la posibilidad de matar a voluntad. El prestigio y la propia necesidad de ir ganando experiencia, te llevan por el angosto y obligatorio camino de curar las enfermedades e imperfecciones del cuerpo. Fuera del quirófano, sin embargo, un horizonte entero para explorar deseos y verdaderas habilidades. Incluso ir tras el descubrimiento de cómo se comportan los cuerpos sometidos a situación de profundo estrés. Cada persona es un paso más allá en la comprensión de lo que nos hace humanos».

Augusto elevó la mirada y hacía seguimiento del reloj digital de la sala de operaciones. Su mente estaba ensombrecida por lo vivido con Paula. En especial por ese instante en que luego de despedir al chofer, volvió a donde ella aún permanecía inconsciente. Se habría sentado a observarla con detenimiento, pensando que se veía como un animalito enfermo en el suelo. En el transcurso de esos minutos puso una almohada, luego la pistola cerca de la cabeza de Paula, probando cuadros de escenas de suicidio. Depresión, choque emocional, saber que finalmente encontraron el cuerpo de su hermana.

Pensó en tipear una carta de despedida, pero se desanimó: no tenía una impresora. También sospesó la posibilidad de subirle el vestido, penetrarla una última vez y en vez de volarle la cabeza, diluir somníferos y colarle el concentrado por la garganta, que era la forma usual en que sus vecinos y conocidos solían resolver los atajos para irse de este mundo. No lo hizo porque ya no podía obrar como el adolescente salvaje de antes. Se había convertido en el alumno más prometedor de Zitmann, ese que le señalaba el camino al resto de muchachos en las tertulias filosóficas del viejo, el que los llevaba a abandonar con temeridad lo que le hubiesen enseñado sus padres, el que les decía que solo las instancias divinas podrían juzgarlos y que no existía en esta tierra mayor mandamiento que obedecer el camino trazado por la organización. No, ahora tomaba el relevo y era él quien iniciaba a los aspirantes con la misma violencia y mismo gozo con que lo hicieron con él, así que no había espacio para actuar desde las vísceras.

Cuando volvió a la realidad, notó que la enfermera y el anestesiólogo lo miraban con temor. Se disculpó y continuó, demostrándoles que un golpe de su bisturí podía corregir los errores de la naturaleza.

Tina la había abrazado largo rato luego de que la detective Díaz abandonara el edificio. Paula había llorado con desesperación, pero logró contenerse en el cuerpo de su asistente. Bebió té y también algunos calmantes que se los recomendó un diseñador en Roma. «Sirven para calmar el estrés, la resaca y el mal de amores. Eso sí, cielo, no los mezcles con ginebra porque te llevarán por caminos oscuros».

Tina creyó que con la infusión no habría nada de qué preocuparse. Paula aceptó tomarla por cortesía, deseaba vivir con absoluta claridad eso que le quemaba los ojos y garganta, que le secuestraba el pecho por entero.

—Hagas lo que hagas, no puedes reparar lo que está roto —dijo con una amenaza velada de continuar en llanto. Tina percibió una segunda oleada depresiva y se adelantó.

—Hay que tener mucho coraje para quedar expuesta. Además, la intención de enmendar cuenta.

—¿De qué sirve eso, Tina? Hay decisiones que no admiten retornos.

—Sirve de ejemplo, Paula. Para que no se vuelvan a cometer los mismos errores.

—Y, sin embargo, seguirán cometiéndose. Somos una especie adicta a la equivocación.

—No hables así, es desesperanzador.

—Soy cómplice de lo que le ocurrió a mi hermana —Paula quiso llorar pero su intención golpeó con el efecto de la pastilla. Bajó el tono de voz y continuó en el relato de los pasajes que Tina desconocía—. Antes de marcharse, la detective Díaz me dijo que Silvana no es la única. El caso cero, así lo ha llamado. La primera de una serie de crímenes horribles.

—No nos apresuremos, deja que la policía haga su trabajo.

—Tina, por favor, abrázame, te lo pido, no me sueltes —volvió a llorar y sin que pudiese apaciguarse miró a su asistente rogando pudiera soportar aquel espectáculo—. ¿Sufrió?, le pregunté a la detective. ¿Sabes qué me dijo, Tina? Que lo mejor es que jamás sepa los detalles.

—No pienses en eso.

—Necesito decirte algo, Tina. Te ruego que me escuches, por favor.

—Dime lo que necesites.

—La noche que Silvana llegó de su primer día en la carrera de antropología, fue cuando me di cuenta de que ella era la que estaba destinada a ser la estrella de nuestra casa. Estaba francamente alegre. No paraba de hablar. Mis padres la escucharon con atención mientras preparaban la cena y luego en la mesa. Ella mencionó algo que me hizo pensar mucho, dijo que a una antropóloga cierta vez le preguntaron cuál era el verdadero signo que identificaba el inicio de la civilización humana. Todos en la mesa opinaron. Silvana estaba interesada en el efecto que tendría la respuesta. Yo me mantenía al margen, con una actitud adolescente y no dije nada. Pero seguí sus palabras con esmero, siempre lo hice, aunque no

se lo dije jamás. Mi padre decía que el primer indicio era la escritura, mi madre se decantaba por el lenguaje. Entonces Silvana, con una sonrisa que jamás olvidaré, muy característica de los niños cuando descubren por primera vez el sortilegio de los colores secundarios, dice que no, que el primer síntoma de que nos convertimos en algo más que las bestias salvajes era un fémur roto que se había curado. Explicó como si quisiera que su voz fuese la de su profesora, que un hueso fracturado en un mundo donde la ley del más fuerte priva, era la muerte segura, ningún animal tendría la posibilidad de recuperarse sin la ayuda de otros. Es por ello que, al encontrar esa cicatriz sanada, se permitía inferir que hubo cierta vez un momento primigenio y trascendental, donde nos dimos cuenta de que éramos una especie destinada a preservarse mutuamente. Silvana nos miró a todos, en especial a mí. Recuerdo sus ojos. Me dijo «Ayudar a otro a superar una dificultad es el inicio de la civilización». Esta colección, cuanto hago, lo que soy, son un homenaje a ella y a esa idea. Debo dar un paso al frente. Ya no deseo maquillar la herida, la curaremos, la haremos cerrarse, sin que se olvide. Con ello crearemos una memoria, pero también una conciencia.

Paula se desplomó en el regazo de su compañera y no encontró el camino para recuperarse de nuevo. Tina le sobó el cabello y le susurró una canción, luego miró por las amplias ventanas y al ver la ciudad pensó cuántas tragedias no están regadas por allí, sin nadie que pudiera recordarlas ni tampoco ayudarlas a sanar.

Ochos cilindros en cumplimiento cabal de su propósito movían el automóvil que llevaba a Lorena a la sede de inteligencia nacional. Cada cierto tiempo acomodaba su retrovisor para precisar la ubicación de los agentes que la seguían desde que había salido de la oficina de Paula Guzmán. En su cerebro se mezclaban en oleadas continuas la información lanzada al aire e incluso los silencios que marcaron el rumbo de la reunión con la hermana de Silvana. Recordaba lo que la había dicho hacía unas horas y comenzaba a creer que sí tocaron un nervio. Uno que iban a halar de algún hilo y precipitar los acontecimientos sin que pudieran hacer nada para evitarlo. Pensaba en Silvana, pero también en Marisol y lo que menos deseaba era que la bestia, al verse perseguida, optara por una retirada táctica y con ello perderse por años. De todas maneras, sabía que iba a ceder ante sus deseos de matar y allí asomaría de nuevo la cabeza en medio de la neblina. Su instinto la hacía creer que debía seguir acosando hasta que a su enemigo no le quedara otra opción que lanzar zarpazos desesperados en defensa de sí mismo. Alejó

la mano derecha del volante y tocó el bolsillo de su pantalón para constatar que la información suministrada por Paula seguía allí. Aunque daba igual, ya que su mente la registró con particular interés y eso era para el ánimo de quien se ve comprometido personalmente en una tarea, el aparato de almacenamiento más confiable que pudiese ser inventado.

Regresó al estacionamiento del cual había salido unas horas atrás. Tuvo que esperar poco para que autorizaran su ingreso. Dejó su vehículo en el puesto que se le indicó y se dejó guiar por un guardia de la seguridad interna hasta el ascensor que llevaba a la sala situacional acondicionada para ellos. Al abrirse las puertas, el director general aguardaba por ella.

—Me han informado que se las has puesto difícil a los escoltas —dijo Flores con neutralidad. Lorena arqueó la frente y sus hombros en alzada hablaron por ella.

—No es nada personal, solo evitaba llamar la atención.

Flores la observó, comprendió que no debía interrumpir el proceso con algún movimiento desmedido del ego. Así que asintió cerrando sus ojos y le pidió a Lorena que se incorporara al debate que ya se encontraba en desarrollo.

Cuando ella entró a la sala, se interesó en el hecho de que Wifi hubiese dejado de empotrarse en la pantalla y escuchara a Pablo argumentar con agitación lo que parecía constituirse en un hecho que pondría el viento a favor.

—Tenemos a alguien que puede ubicar a Kolakowski el día que Silvana desaparece —explicaba Pablo haciendo que sus manos gestualizaran los detalles que no salían de su boca.

—Al menos cumple con las exigencias del algoritmo. Pero no vincula a Kolakowski con la víctima, ni la del pasado, ni la de ahora —apuntó Wifi con la sequedad desinteresada de siempre.

Lorena se sentó cerca de ellos, sin querer entrometarse demasiado en la dinámica. El director Flores se había

quedado en el umbral de la puerta y cruzó sus brazos para escuchar desde la distancia. Pablo continuó, esta vez dirigiéndose a Lorena.

—Los hilos se tensan. Kolakowski no solo dirige una empresa donde la familia Zuloaga es la mayor accionista, además, incitó a Monopunk. ¿Lo conoces?

—Sé quién es Monopunk. Era parte de la seguridad de Silvana durante la toma del Consejo Universitario —dijo Lorena.

—Kolakowski —continuó Pablo— pide que vuelen la azotea de aquel edificio. ¿Acaso el modelo no nos dice que esa clase de acciones disfrazadas de política, fueron hechas para opacar y generar desinterés sobre los crímenes? —todos asintieron—. Creo que podríamos al menos detenerlo para interrogarlo.

—¿Con cuál argumento, Pablo? ¿Qué fiscal va a avalar eso? —replicó el director—. ¡El caso del que hablan, ya tiene culpable! Está cerrado, muchachos —respiró con amplitud—. De verdad valoro su ímpetu y capacidad, pero recuerden que Silvana debe llevarnos a Marisol. Silvana es de sumo interés, pero tenemos una prioridad que atender.

Una vibración proveniente del teléfono celular asignado a Pablo rompió con la solemnidad del discurso de Flores. Pablo se disculpó, lo tomó y pidió a todos que prestaran máxima atención.

—¿Sí? —Preguntaron del otro lado de la línea.

—¿Pablo? Es Eloísa. Creo que encontré algo.

—Eloísa, estás en altavoz. El resto del equipo te escucha. ¿Puedes darnos detalles?

—Pablo, he torcido un poco las reglas, he cobrado también algunos favores y ha surgido información que podría servirte. La pieza fue vendida a un comprador anónimo en Venezuela. He hecho lo imposible por conseguir el nombre exacto, pero mi poder de persuasión también tiene límites.

—No tienes que preocuparte.

—Ya me conoces, me gusta forzar los límites. La pieza fue enviada en un vuelo privado desde Londres el 30 de abril. Debe haber llegado a uno de los aeropuertos privados. Quizá eso les sirva.

—Claro que sí, gracias —Pablo se mantenía atento, pero al igual que el resto, anotaba en una libreta sobre la mesa los detalles que llegaban a sus oídos.

—¿Puedo hablarte en privado? —dijo Eloísa.

Pablo hizo un gesto para disculparse y se retiró de la sala. Lorena lo siguió en silencio hasta que no fue visible. Luego volteó con estrépito hacia el director de inteligencia.

—¿Podemos rastrear ese avión? —preguntó con firmeza.

A Flores le agradó aquel movimiento que mostraba no solo disposición, sino la temeridad necesaria para saltarse los protocolos inútiles cuando se sigue un rastro en caliente. Tomó su celular y le ordenó a su jefe de investigaciones estratégicas que ubicara dicho vuelo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el jefe de investigaciones solicitaba permiso para entrar a la sala. Eran noticias que traían un aliento de vida. Los datos fueron leídos textualmente de una carpeta amarilla con una gran etiqueta de información reservada:

«El 30 de abril arribó al aeropuerto de Caracas una aeronave cuyo único fin fue desembarcar una caja sellada de madera. El operador de vuelos de la torre de control reportó con detalles la situación en pista en un informe. No era habitual que se dejara despachar un cargamento con aquella libertad, con el aval apenas de unos documentos de propiedad, y mucho más extraño el que las autoridades del aeropuerto permitieran el ingreso al hangar de una camioneta de una empresa de encomiendas sin acreditación, ni revisión exhaustiva. Dos hechos que según lo refiere en sus propias

palabras el operador de vuelos, conforman un cúmulo de irregularidades que debe ser informado».

Pablo escuchó al jefe de investigaciones y, ante él, una imagen que ya no podía seguir sosteniendo como una memoria falsa cobraba cuerpo ante sus ojos. Levantó la mano y pidió el nombre de la compañía a la que se había encomendado trasladar la pieza. Fue así que las ansiedades de todos se conectaron al escuchar que el nombre de la compañía los llevaba a Fabricio Kolakowski. Pablo aprovechó el impulso para sacarse la espina que llevaba desde hacía demasiado tiempo.

—El día en que Silvana desapareció, fui a su casa a buscarla. Una camioneta negra, sin placa, de una compañía de festejos, casi me atropella. Para mí fue un hecho aislado hasta hace unas horas cuando fui a ver a Kolakowski.

El director Flores se revolvió en la silla. Había sido hasta ese momento paciente, pero lo disgustaba tener que lidiar con los voluntarismos que muchas veces, sino en todos los casos, terminaban por echar los casos por la cañería. Pablo percibió su malestar y se adelantó.

—Wifi, ¿puedes hackear un sistema de ubicación satelital? Esas camionetas vienen con uno de fábrica.

El hábil artesano para quien la tecnología era algo más que una simple herramienta, abrió los ojos con especial intensidad. Entró en un trance profundo. El silencio cayó en la sala, aunque solo fuese a un nivel superficial. Aguas adentro, cada uno vivía diálogos y cuestionamientos densos.

Wifi se llevó las manos a la cabeza. Su expresión inyectó una descarga de adrenalina que se desparramó como una catarata sobre ellos. Se ubicaron ante la pantalla y esta los iluminó. El programa estaba bebiendo del músculo de la potente red de la dirección de inteligencia y despedazaba cualquier barrera de seguridad que se interpusiera en su

camino. El ataque telemático que desarrollaba B.U.O. permitió en unos pocos minutos, infiltrarse en los servidores de la empresa logística de Kolakowski. La pantalla de Wifi ahora era un espejo que transmitía en tiempo real una danza de dígitos que solo él podía entender. Tecleó comandos, llenó el mapa de la ciudad de hilos que conformaban una brillante madeja de asuntos dispersos y silenciosos. Los cuatro testigos de aquel prodigio de la tecnología no podían dar fe de que la inteligencia artificial fuese tan sensible, a la vez tan cruda para hablar a través de píxeles y sistemas binarios, sobre las extrañas razones que impulsan al ser humano hacia el barranco de la maldad. Quizá el lenguaje de la máquina jamás podría darle nombre a las zonas borrosas y profundas que mueven la mano y el corazón de hombres y mujeres, pero de lo que sí podía hablar y para lo cual estaba bellamente diseñada, era para susurrar a las mentes de quien la quisiera escuchar es que en los millones de datos que sus entrañas albergaban, había dado con un detalle de interés criminalístico. La ciudad atravesada por estelas lúgubres y tumultuosas que dejaban camionetas negras en recorridos inconfesables, unió tres vértices de un triángulo. Tres lugares que, por vez primera, conectaban la obra de arte, el lugar de secuestro de Marisol y la finca donde Zitmann había refundado su movimiento.

Lorena se abstraigo en el pequeño papel que guardaba y entendió que en la hipótesis planteada faltaba un vértice, un punto que cambiaría la geometría de los crímenes y abriría mayores posibilidades para el éxito de la operación.

Flores colgó el teléfono. Ya tenía la venia del ministro de Interior para dirigir a sus fuerzas hacia la hacienda. Si Zittmann se empeñaba en ir a contracorriente del Estado, eso era ya suficiente para cubrirse las espaldas. Levantó de nuevo el teléfono para no tener que coincidir de inmediato con Díaz y su actitud. Habló con la unidad de operaciones especiales y pidió una reunión de emergencia en su despacho.

Lorena comenzó a oler que iban a dejarla fuera de la operación y no podía permitirlo. Además, tenía que comunicar una sospecha que cada vez cobraba un lugar dentro de las certezas de su corazón. Se acercó a Flores y evitó que su tono de énfasis fuese malinterpretado, como una malcriadez.

—Director, creo que es necesario agregar un lugar más para la búsqueda. Tengo información que quizá puede servir.

—¿Información? Díaz, usted lo ha visto. Las piezas han encajado.

—Puede que necesitemos enviar una unidad a otro lugar, solo para adelantarnos a los imprevistos.

—¿Dividir fuerzas? Es lo menos recomendable de todo. Es una máxima de la guerra: «Dispérsate y date por muerto». No, aquí aplicaremos el enfoque del yunque y el martillo. No pretendo fallar.

Lorena cerró los ojos para recomponerse y seguir con el argumento. Antes de que ella hablara lanzó quirúrgicamente, paternal e inflexible:

—No sabemos con qué vamos a lidiar. Lo mejor es que ustedes aguarden aquí y hagan seguimiento en tiempo real a través de la pantalla. Ya nos ocuparemos de otros escenarios.

Lorena quiso replicar y él apagó las llamas con el hecho de que aquello no era negociable. Apretó los puños y se ausentó unos segundos para ir al baño a drenar la rabia con las paredes. Pablo se había mantenido al margen, pero creyó algunos minutos después que debía acercarse y brindar algo de apoyo. Tocó la puerta del baño tres veces, antes de decirse a hablar.

—Quizá es lo mejor. De cualquier forma, estaremos viendo todo. Incluso podremos brindarle nuevos detalles a medida que se nos ocurran —la última frase le pareció demasiado forzada.

Lorena abrió la puerta. Sus ojos hablaban lo que su boca no.

—Olvidalo. Así te lo explique, no lo vas a entender —soltó con sarcasmo.

Lorena lo dejó solo en la habitación y salió de nuevo a la sala. Pablo trató de recomponerse para no hacerlo más personal de lo que ya era. Se recostó en la cama y sintió en su espalda un objeto duro. El diario que Antonio Guzmán le dijo que había pertenecido a Silvana. Quiso abrirlo, pero aun guardaba la aprehensión casi como si ella desde algún lugar del pasado le pidiera no hacerlo. Sintió que debía saltarse las restricciones morales y comenzó a leer.

Lorena volvió a la sala, donde la pantalla estaba encendida y registraba los preparativos que daban los integrantes del comando táctico. Una cámara ajustada al casco del jefe del escuadrón permitiría monitorear el rumbo de los acontecimientos en primera persona. En la mente de los implicados, el que pudiera llevarse a cabo una revisión en sitio de cada detalle permitía poder tomar decisiones sin rodeos. Al igual que en la sala situacional de la dirección de inteligencia, también en el despacho del ministro de Interior llegaban las mismas imágenes. Sería él quien decidiría cómo abordar los baches y áreas nebulosas con que fuesen encontrándose.

Lorena siguió con atención el despliegue de la unidad, sin dejar de mover su pie derecho con impaciencia.

—Me he preparado el doble que ellos, me he esforzado hasta el límite, podría competir con cualquiera de ese comando y aun, si les ganara, seguiría siendo relegada por ser mujer —se dijo a sí misma.

Entendió que no tenía tiempo para ir contra siglos de prejuicios. De un lugar que no puede considerarse parte del cuerpo físico, emergió la irrefrenable necesidad de tomar las riendas del asunto y cubrir todos los flancos. Le pidió a Wifi que buscara las coordenadas de la antigua escuela de aviación. Para ella no había opciones. Wifi, sin hacer preguntas, tecleó en la computadora la información.

El monitor comenzó a dibujar un camino que cumplía con la hipótesis originaria y que jamás habría sido considerado de no haber sido por Paula Guzmán. Lorena se acercó al oído de Wifi.

—Hay algo que debo hacer por mi cuenta. No te preocupes por mí —le dijo.

Con la excusa de que solo bajaría a fumar un cigarrillo, Lorena logró salir de la sala y luego al estacionamiento. El agente que tenía la responsabilidad de cuidarla estaba

demasiado obnubilado con las imágenes de las pantallas como para ocuparse de ella.

Wifi no entendía las decisiones que proceden de los instintos básicos, pero respetó el mandato de Lorena. Pablo seguía echado sobre la cama de la habitación, en ingenuo desconocimiento de lo que ocurría a unos metros. Sus ojos eran absorbidos por las revelaciones que el pasado le brindaba a través del diario de Silvana. No había nada más importante para él en ese momento que recomponer lo que hasta ahora, creía, eran memorias legítimas y sólidas.

La unidad táctica se distribuyó en tres vehículos blindados y salió con una velocidad solo permitida para quienes cumplen con tareas de seguridad de Estado. El destino era el lugar donde esperaban concluir con el largo historial de dolor que había iniciado con la desaparición y muerte de Silvana Guzmán.

Dentro de los vehículos se repasaban las tareas esenciales a cumplir por los escuadrones. Una tableta electrónica les permitía acceder a imágenes satelitales del lugar en el que actuarían. Un grupo de avanzada llegaría con unos minutos de anticipación para hacer un reconocimiento primario de la zona y disminuir la posibilidad de incluso tener que disparar una sola bala. Para ellos, la idea era cumplir con la máxima de la guerra y someter sin necesidad de apretar el gatillo, pero para ello requerían de información exacta y confiable sobre los elementos que les harían fuerza contraria.

El director Flores se había enrolado en la tripulación por varias razones. El chorro de adrenalina inyectado a su cerebro le devolvía a sus mejores épocas como coronel del

batallón 52 de selva. La oficina lo había ralentizado y oxidado, sin embargo, asumir la posición de liderazgo burocrático es un camino ineludible si se demuestra con consistencia dotes para ir más allá del mero empleo de la fuerza física. Aprovechó esta brecha para recapitular sus antiguas pasiones y además para mostrarle compromiso a un ministro que le daba orientaciones cada treinta segundos a través de la línea segura incorporada a su casco blindado.

Abandonaron Caracas y los vehículos pusieron sus neumáticos sobre la autopista central del país. En la mente de cada uno de los integrantes del comando se comenzó a apagar cada uno de sus vínculos. Para ellos, ahora su cerebro solo estaba disponible para calcular la distancia y parábola exacta en que debe dispararse una bala de fusil para evitar errar el blanco. Para otros, el recurso cognitivo era empleado para grabar los rostros de los principales objetivos a neutralizar o someter, según fuese la orden del momento, y que la multitud de caras desconocidas no entorpecieran la búsqueda de lo que era considerado esencial.

La operación estaba planteada en tres etapas. Comenzarían con una aproximación sigilosa desde un punto acordado a un kilómetro de la hacienda. La infiltración estaría siendo resguardada por el grupo número uno de francotiradores que según decían, eran capaces de ver morir a sus blancos dos milésimas de segundos antes de que la bala efectivamente impactase. Luego de los ojos de los rapaces, entrarían las unidades de combate cercano. En grupos de seis, abrirían las brechas mientras otros hacían resguardo del camino que iban dejando atrás. Habían sido entrenados con severidad para esta tarea. Las palabras de sus instructores les alertaban que las guerras del futuro tendrían lugar ya no en los campos descubiertos sino en edificaciones, en las ciudades, en la naturaleza transformada por la obra humana, y que si

algún mantra los debería guiar era el de mantener en pleno control su cuerpo, velocidad, capacidad de sorpresa y violencia controlada. Era esa y no los talismanes y escapularios ensalmados que llevaban en sus muñecas y cuellos, la única garantía para que la maniobra que ejecutaran fuese exitosa.

Al tomar las posiciones acordadas, Flores echó un vistazo a través del visor nocturno de un fusil. Vio a unos cuantos guardias de seguridad y también algunas camionetas desde donde descendían varias personas. No deseaba precipitarse y poner en riesgo la vida de nadie. Habló con el ministro y le dio su perspectiva sobre la situación, creía que era necesario aplicar una última medida y cerrar el acceso hacia el lugar. No podrían dar seguridad de cuánta gente llegaría y aunque podría jugar en contra, también era posible que quedasen encerrados ante refuerzos no esperados. El ministro consideró que lo mejor era no llamar la atención, así que sin cortar la comunicación con Flores, llamó a su jefe de protección civil y le ordenó cerrar la autopista simulando que atendían un accidente de tráfico. De esa forma, no delatarían sus intenciones. Flores escuchó con atención y estuvo de acuerdo. Los equipos aguardaban la instrucción para hacer caer el martillo.

Zitmann terminaba de vestirse y de repasar el manuscrito con las oraciones y compromisos que se leerían. Era un ritual que había copiado de la masonería, pero lo había adaptado a sus propias necesidades. Se consideraba un pragmático, pero también un pionero en abrir otras formas para lograr que los hombres entendieran que por más poder que les diera el dinero y la influencia que tenían sobre las personas, eran ínfimos ante la protección que les brindaba la madre de Dios. Tomó el teléfono y habló con su jefe de seguridad quien le informó que ya habían llegado casi todos. Salvador Di Matias se encontraba en el cuarto de huéspedes aguardando por que fuesen a buscarlo y restaba que Augusto llegara para proceder a iniciar el protocolo de sellado de las puertas.

—¿Los anfitriones están listos? —preguntó Zitmann. El jefe de seguridad respondió que recién llegaba de allí y parecían estar metidos en el papel.

—Quiero que te asegures de que las cámaras de seguridad lo graben todo.

—Ya lo hacen —respondieron de vuelta.

—Bien, entonces llamaré a Augusto y luego podemos iniciar los festejos.

Tomó su celular y marcó el teléfono de Augusto. Este repicó un par de veces, luego se hizo la conexión. Zitmann lo sentía disperso, tardaba mucho tiempo en contestar, guardaba silencio como si su mente no terminara de acoplarse a la importante tarea que Zitmann ponía sobre sus hombros. «Voy en camino», le dijo y colgó la llamada.

En su despacho, Zitmann aprovechó para relajarse y evitar la preocupación extraña que le generaba Augusto. No entendía qué podía estar sucediendo, pero tampoco le agradó someterse a imponderables. Entró a la habitación donde guardaba las ofrendas que los fieles de la causa daban a su guía y se persignó. Se encomendó a ella, diciendo que cada cosa de lo que hacía en la tierra no era sino una muestra de sumisión y lealtad apenas minúsculo, para todo lo que ella había hecho por la humanidad. Se dio vuelta y volvió al despacho con la determinación de no esperar a Augusto. Tomó un trago de su *whisky* y dos pastillas que, a su edad, eran necesarias para potenciar un deseo que aunque su mente producía con igual júbilo y fogosidad, su cuerpo se negaba a cumplir con vigor.

El jefe de la seguridad tocó la puerta de la habitación de huéspedes. Salvador trastabilló y tartamudeó a la hora de responder y abrir la puerta. Estaba completamente nervioso, pálido y desconcentrado ante las sencillas preguntas que le hacía el empleado de Zitmann. Le pidió que por favor entrara a la habitación y lo ayudara a repasar el procedimiento. El jefe de seguridad así lo hizo y le repitió que sería simple y que en cualquier caso podría dejarse ayudar por los presentes. Salvador levantó la cartilla, repasó las oraciones, el juramento y luego se miró al espejo con ese extraño atuendo de ceremonia. Sentía mucho calor y el sudor le arruinaba la

capacidad de sentirse cómodo. El jefe de seguridad vio su reloj y calculó que era el momento propicio para darle el último empujón. Fue hasta el minibar y sacó una botella de agua. La abrió y colocó ágil y secretamente un polvo inocuo, necesario para amasar la voluntad de los hombres. Salvador bebió con sed y alabó que el empleado fuese tan diligente. Después de despedirse de Salvador, salió al pasillo y cerró la puerta. Se quedó a un lado de ella, esperando que su jefe diera la orden de continuar. Tomó su radio de onda corta y volvió a revisar uno a uno cada puesto de vigilancia. No encontró ninguna novedad. El teléfono vibró con el mensaje de Zitmann, pidiéndole que diera inicio a la ceremonia. De esta forma, entró a la habitación y encontró a Salvador dócil y sonriente. Caminaba con firmeza y juicio, pero su mente ya se hallaba un tanto atolondrada por los efectos del medicamento. No lo querían inconsciente, solo dispuesto a obedecer. Al día siguiente sería candidato a la vicepresidencia, con membresía en el poderoso e influyente grupo de Zitmann. Estaría atrapado en dos cintas de video resguardadas en cajas fuertes, como recurso de seguridad por si acaso se creyera mucho más mortal que el resto de sus compañeros.

Caminaron hasta la puerta del salón y entraron. Un grupo de hombres lo recibieron y llevaron hasta una mesa donde lo harían recitar el juramento. Luego, según el protocolo ya previsto, sería el propio Zitmann quien lo guiaría a un cuarto para que Salvador se diese cuenta de lo lejos que se puede llegar cuando se dejan libres a las bestias.

Mientras tanto, la unidad móvil de comunicaciones transcribió en tiempo real la conversación que Zitzmann tuvo con su jefe de seguridad. Flores no podía creer lo que leía. Dio la orden al equipo de choque para comenzar el proceso de neutralización de los elementos que vigilaban la finca. Para ello, había previsto poner en funcionamiento el equipo que suprimía cualquier señal de telecomunicaciones. Quedaba así la finca y dos kilómetros aislados de cualquier vínculo con el exterior. Sopesaron la posibilidad de aplicar un pulso electromagnético para romper la comunicación de las radios internas, pero aquello podría afectar el flujo eléctrico dentro de la hacienda y con ello alertar demasiado temprano. Por tanto, aplicaron el procedimiento de infiltración habitual cuando Flores lo ordenó.

Las primeras unidades avanzaron por los flancos y sometieron a los vigilantes del perímetro más alejado. La agilidad de la maniobra les abrió la posibilidad de avanzar incluso más rápido de lo que hubiesen previsto. En la sala situacional, Wifi se sentía sin respiración ante cada imagen proyectada a

través de la pantalla. Veía a los equipos tácticos recorrer los pasillos y las salas de aquel lugar y a sus ojos llegaban los trofeos que atesoraba el equipo de rugby, así como los portarretratos de los visitantes ilustres que había alguna vez pisado ese mismo suelo. Flores, rejuvenecido por lo que ya consideraba el mayor de los éxitos de su carrera, iba apenas unos metros detrás del grupo de choque. Cuando llegaron a la sala de reuniones, encontraron a un grupo de hombres bien vestidos que bebían licor y fumaban habanos sin la mayor de las preocupaciones. Sin embargo, el estruendo provocado por los grupos comandos les hicieron lanzar los vasos al suelo y alaridos de espanto. Uno a uno, fueron colocados de rodillas sin mucha resistencia.

Flores pidió a cuatro de sus hombres que le acompañaran y se internaron lentamente a través de un largo pasillo. Bajaron la velocidad de acción y fueron más cautelosos. Los videos proyectaban los cañones de los fusiles de asalto guiando la embestida metro a metro. Llegaron hasta una puerta que estaba custodiada por el jefe de seguridad, este hizo un ademán de sacar la pistola que llevaba, pero entendió con rapidez que de hacerlo no habría posibilidad de retorno. Flores se llevó la mano a la boca y le pidió a través de un gesto que guardara silencio. Lo acostaron boca abajo en el suelo y apagaron, como lo habían hecho con cada uno de los custodios, el equipo de comunicación. Flores se acercó y le preguntó quiénes estaban en la habitación. El hombre le confesó:

—El grupo de recepción. Contando a Zitmann, cinco hombres.

—¿Está la mujer? —inquirió Flores quien acompañó la solicitud con la punta de su fusil en la nuca del informante.

En la mente del jefe de seguridad se trazaron cualquier cantidad de especulaciones. Quizá habrían escogido mal esa

vez, quizá debieron ser mucho más meticulosos en una ocasión que no se repetiría.

—No sé cómo responder a esa pregunta —titubeó.

Flores subió la vista y pidió a través de dos de sus dedos que flanquearan la puerta. Tenía la intención de ser el primero en entrar.

El equipo de acciones tácticas les alcanzó una manta para que se cubrieran. Salvador no paraba de reír, estaba viviendo un profundo trance narcótico. Pensaba, en medio de su intoxicación, que la parafernalia de los policías era la iniciativa de un creativo productor de eventos. Flores miraba al grupo de muchachos desnudos que apenas si llegaban a los veinte y que parecían estar habituados a esta clase de situaciones. Caminó hasta el despacho a donde habría confinado a Zitmann. Este se había negado a usar la frazada y en su lugar mostraba su desnudez como un acto de absoluta rebeldía. Los agentes que lo custodiaban lo miraban con extrañeza, creyendo que quizá esa era el día a día de la gente adinerada. Flores se detuvo frente a Zitmann, pero no lo increpó. Se quedó en silencio, jugando psicológicamente con la situación. Un hombre uniformado entró al despacho y le habló al oído a Flores. Le informaban que habían registrado cada palmo del lugar y a menos que hubiese un cuarto secreto distinto al de las ofrendas, no quedaba mucha esperanza. Flores asintió al recibir la noticia y saboreó el golpe que la noticia le

dejó en el cuerpo. Dejó de darle ventajas a su interlocutor y le dio cancha a su rabia contenida.

—¿Dónde está Marisol Quintero? —dijo dando un paso al frente.

—No tengo idea de lo que me pregunta. Y quiero ver a mi abogado.

—Voy a acusarlo de una cantidad de crímenes que va a necesitar más de un defensor.

—¿Usted cree que me asusta? Con su uniforme, su pistola y esa actitud de matón de películas. Voy a reírme mucho cuando lo destituyan.

Flores no pudo contenerse más y le tomó por el cuello. Podría considerar que tenían la misma edad, pero el policía estaba más cercano a los hábitos sanos de la actividad física y el cuerpo de Zitmann tronó ante su agarre.

—Escúchame con atención, pedazo de basura. Te voy a abrir la cabeza a balazos y después me voy a cagar en tu maldita tumba.

Zitmann reía sin perder de vista el puño de Flores. La puerta volvió a abrirse y el agarre fue desecho. El agente que tuvo que presenciar la escena, miró a sus compañeros dentro del cuarto y entendió que aquel no era un interrogatorio de rutina.

—Comandante. Dimos con algo, pero no es exactamente lo que vinimos a buscar —informó.

Flores acompañó al agente, mientras a sus espaldas Zitmann gritaba que demandaba la presencia de un abogado. Llegaron hasta una pequeña cabaña cercana a la edificación principal. Allí un grupo de perros rastreadores se hallaban inquietos, aunque no emitían ladrido alguno. Flores se acercó y el agente lo hizo entrar a la cabaña. El área era usada para guardar los materiales de limpieza de las áreas de la finca. Sin embargo, también tenían otro objetivo. Tras un piso falso, la

luz de la linterna que Flores activó, trajo a la superficie no lo que esperaban, pero sí la cantidad de armas y explosivos suficientes como para llevar a Zitmann ante la mirada implacable de un juez de control.

Augusto hizo un movimiento arriesgado en la autopista. Llevaba algunos minutos considerando que no podía cumplirle a Zitmann. Debía resolver aquello que estaba arrebatándole la capacidad de gobernarse a sí mismo. Desistió de continuar el camino hacia la hacienda y retornó de nuevo a la ciudad. Ahora, a la obsesión de la detective Díaz, le sumaba la aparición de Pablo Linares y la debilidad de Paula.

Tomó el teléfono para llamar a Zitmann, pero este se deslizó de su mano y fue a parar en un sitio oscuro del interior del vehículo. Hizo un intento por recuperarlo apartando la vista de la ruta. El ruido de una estruendosa bocina lo hizo desistir y poner atención al frente. Una luz potente, blanca, estaba allí engulléndolo todo. Sintió un deseo de perderse en ella. Fueron unos instantes extraños, encontrarse con ese desconocido destino que se presentaba ante él como un destello.

Sabía lo que dirían de él en los diarios, el día después de su muerte. «Augusto Zuloaga, la esperanza de un mejor futuro para el país ha partido». ¿Serían tan benevolentes o quizá

indagarían un tanto? ¿Se atreverían a mirar bajo el telón, solo por curiosidad, solo por no dejar cabos sueltos? De seguro, preguntarían a sus vecinos, a quienes le acompañaron como subalternos o amigos de crianza. ¿Lograrían dar con ese día en que rescató a un raquítico perro de la calle y lo dejó entrar en su casa? El día en que lo llevó hasta el jardín interior a presentarle a cinco perros que lo superaban en tamaño y violencia. Se mantuvo firme al ver al pobre espécimen luchar inútilmente. Era un mero entrenamiento, para sus perros, quizá para él.

Supo mucho después que su padre supervisaba con atención su comportamiento. Quizá alertado por los trabajadores domésticos, puede que por los mismos chillidos de los animales que se aferran a la vida. Por lo que fuere, aquellas acciones solo trajeron consigo que lo enrolaran en un equipo de rugby con la intención de que encauzara allí su energía. Augusto lo resintió, prefería ir de caza. Sin embargo, pronto entendió que aquel era su lugar. Superaba con amplitud a sus compañeros de equipo, en velocidad, en destreza. Ocultaba la fórmula de su éxito a todos, hasta que, en un choque con un defensa, fue a dar al suelo con la ceja abierta. Disfrutó la adrenalina correr por sus venas como nunca. Zitmann fue el primero en llegar a socorrerlo. Ambos se vieron por vez primera. Zitmann reconocía de inmediato a un joven semental, pero lo que terminó por atraparlo a aquella promesa fue que entendió lo que ocurría. Una erección brutal y sólida brotaba del cuerpo tendido de Augusto. El combustible de aquel muchacho no era una búsqueda de éxito, reconocimiento o deseo de mantener el linaje familiar, era la necesidad de absorber a través de sus poros la violencia: convertir el miedo, la adrenalina en verdadero placer. «Hay otros métodos para lograrlo», recuerda haberle escuchado decir a Zitmann mientras este le rozaba discretamente la

entrepiera. Ahora, frente a aquella luz se sintió renovado de una fuerza desconocida. Viró el automóvil para evitar la colisión y derrapó hasta quedar al borde de la autopista. Sonrió, dos o tres veces. Se recompuso y aceleró con la certeza de saber qué hacer para retomar el control de la situación.

Interludio

DIARIO DE SILVANA GUZMÁN

15 de septiembre de 2000

Hoy conocí a un muchacho nuevo. Se llama Pablo. Me sorprendió arrancando unos afiches del rector y no pude tolerar su cara. Me estaba juzgando. Le grité que siguiera su camino. Él se quedó mudo. Sentí su miedo. Me respondió que nunca había conocido a nadie con el pelo pintado de rojo. Eso me hizo reír, pero no le di una pizca de esperanza. Lo vi de arriba abajo. Le pregunté si era de Caracas. Él se mantuvo muy quieto, pero me sorprendió con sus respuestas. «¿Me piensas secuestrar?», contestó. Volví a sonreír sin concedérselo. Entonces, como para saber si valía la pena, le dije que quería comprobar una teoría. «Mi tesis es que todos los que llevan la camisa dentro del pantalón o son del interior del país o reprimidos sexuales», le dije. Pablo con mucho temple me replicó que esperaba que solo tuviera razón en una de ellas. Supe de inmediato que sería una excelente adquisición para el grupo. Se lo presenté de inmediato a Rony e Igor. Fue un buen primer día de clases. Sobre todo, la cara de Pablo

cuando le dijimos que nuestro plan oculto era contactar a un amigo de Igor que estaba obsesionado con el libro de cocina del anarquista y le pediríamos fabricar una bomba para volarnos el logo de la Pepsi en Plaza Venezuela. Creo que se orinó en los pantalones.

18 de octubre de 2000

Me sigue sorprendiendo el rostro de Pablo cada vez que estamos en Tierra de Nadie. Hemos ido a los ciclos de cine francés, vietnamita, español, visto bandas de punk lanzarse desde sus cornetas al suelo de plaza cubierta y sigue ensimismado por lo que llama el «Jardín de las Delicias». Creo que sigue sin digerir el ver a dos mujeres u hombres besarse a plena luz del día. Ya se acostumbrará. De la semana rescato que me confesara que quería ser escritor y que nunca se lo había dicho a alguien. Le pedí me contara sobre su obra en progreso, «Las nubes inmóviles», como él la llama. Me dio el argumento principal y a mí me pareció bien, pero no me gustó en lo absoluto la falta de justicia. «Tienes que hacer un libro sobre la justicia», le dije.

20 de octubre de 2000

Fue un gran error invitar a Pablo a cenar a mi casa. Lo evité cuanto pude, pero conoció a mi hermana. «¿Por qué siempre andas con él? ¿Es tu asistente personal?» Fue lo único que se le ocurrió decir. Lo peor que pudo pasarle fue ganar ese concurso de belleza en la facultad... ahora solo sueña con eso. Ya no sé quién es. En todo caso, mi mamá no se comportó mejor. Su enfermedad creo que le ha borrado los filtros

y se satura muy rápido de las nuevas personas. Papá, como siempre, salvó la noche. Creo que será el único vínculo de Pablo con esta familia, supongo... bueno aparte de mí.

3 de diciembre de 2000

Por fin tuve el valor de presentar a Fabricio en el grupo. Rony e Igor lo recibieron con tibieza, pero sé que Pablo lo odió de inmediato. Lo conozco, le gusta eso de las amistades sectarias y este nuevo espécimen lo iba a repeler. Admito que Fabricio gusta de monopolizar las conversaciones, pero a mí me encanta que me hable de Nicaragua y cómo contrabandaban municiones dentro de rocas volcánicas para ayudar a la causa sandinista. Pensé que a los muchachos les agradaría la reunión a la que fuimos invitados y donde por vez primera debatiríamos, con planes en manos, el camino de la revolución dentro de la universidad. No me gusta que Pablo ponga sus celos por encima de lo trascendental. Ya se le pasará.

5 de diciembre 2000

El día más esperado y decepcionante, extraño cabría decir, de mi vida. Perdí mi virginidad con Fabricio. Salimos de la segunda reunión de planificación y el taxista nos dejó en el peor hotel de la avenida Lecuna. A mí poco me importó el lugar, pero no pude soportar que Pablo tuviese que ser testigo de la escala. La idea no era compartir el taxi, pero no tienes muchas opciones a las dos de la mañana. Podía verlo a través del espejo retrovisor y su cara estaba rota. Creo que la única reacción que tuvo fue cuando el taxista le preguntó si soñaba y este le contestó que no. Ese taxista, no sé de dónde, pero le dijo: «Un hombre que

no recuerda sus sueños, tiene poca curiosidad por sí mismo», por favor... sentí que Pablo iba a llorar allí mismo.

15 de diciembre de 2000

He estado muy ocupada con los preparativos del día cero. Apenas si he podido ver a Pablo y al resto de los muchachos. He estado pensando que debo contarle lo que pasó con Kolakowski, de algún modo se lo debo... no sé por qué, pero se lo debo.

16 de diciembre de 2000

Pablo no quiso verme a la cara durante toda la tarde que estuvimos sentados en Tierra de Nadie. Estuvo a punto de llorar cuando le conté que me había acostado con Kolakowski. De todo lo que pudo decirme, optó por lo más simple. Me preguntó si era virgen. ¿Por qué la maldita obsesión de los hombres con la virginidad? Fue un sexo mediocre, doloroso y vacío, eso es lo que fue. Claro que no le contesté de esa manera. Quería bajarle la intensidad al momento. Creo que uno se hace muchas expectativas de todo. Lo idealiza y eso es un error. Haré un monumento que me sobreviva y esté allí para mi próxima vida, algo que diga: «Nunca será como lo soñaste». Cuando se recuperó de la noticia, me preguntó si creía que él era un «hombre con poca curiosidad por sí mismo». Le dije que los taxistas nocturnos eran unos cabrones con ínfulas de filósofos y que no debía prestarles atención. Me sonrió y me dijo que tenía que irse para preparar su viaje de vacaciones. Quería pasar las navidades lejos de Caracas. ¿Por qué el sexo tiene que pudrirlo todo?

10 de enero de 2001

He estado tan lejos de mí misma. Ha sido un año en el que ha pasado de todo. Hemos tenido que retrasar unos cuantos meses la acción definitiva en la universidad. El tiempo se nos ha ido en reuniones con sindicatos, obreros y estudiantes que no parecen entender la importancia de cuanto se les plantea. Lo peor ha sido que he notado una transformación patética en Fabricio. En un principio, fue muy amable, pero de pronto no supo cómo procesar el que tomara un cierto liderazgo en el movimiento. Me lo ha hecho saber durante el sexo. No con palabras, sino con la manera en que coge. Pensé que se trataba de una clase de técnica para darle algo de chispa al momento, pero la energía cambió y ya en un punto tuve que detenerlo antes que se pusiera violento. No estoy muy segura de que volvamos a estar juntos. Por otro lado, me siento algo sola. Igor cada vez anda más comprometido con el equipo de rugby de la universidad y Rony sigue ocupado en su red de lectores de la obra de Tolkien. Con Pablo suelo juntarme a veces. Casi siempre por una casualidad. Lo siento triste, al menos conmigo. Me ha contado que conoció a una muchacha, Eloísa. La vi de lejos una vez, vestida como una vendedora de artesanía de Bellas Artes y al lado de un carro súper lujoso que no coincidía mucho con ese vestido de flores.

4 de febrero de 2001

Mi mamá sigue empeorando. Paula se ha mudado con su novio Augusto y he tenido que encargarme de gran parte de su atención. Mi papá me ayuda, pero no le veo el sentido a

esto. Sé que no va a sobrevivir, que toda la maldita quimioterapia, la radiación, lo único que hace es volverle mierda la poca energía que le queda y hacer miserable el resto de su estancia en este mundo. Al menos ha servido para unirnos... constantemente me pregunta por Paula y no sé qué decirle. Me pregunta por qué no nos hablamos y a decir verdad yo tampoco lo sé. Cuando estuvo a punto de dormirse le dije que había conocido a una mujer en la universidad, pero se lo susurré... no tuve el valor de decirlo en voz alta.

14 de febrero de 2001

Creí que se trataban solo de sueños. De fantasías vagas o de alguna clase de mensaje metafórico. Eso en un principio. Aunque al volver a verla y sentí una vibración desconocida. Es una mujer bastante tímida y solitaria. Me desconcierta o al menos si no ella, lo que produce en mí. A veces, la miro de manera furtiva, en otras con la intención de ser descubierta. Ella pudo percibirlo. Fue así que un agradecimiento dio paso a una conversación casual y luego a otras charlas cada vez más intencionales y largas. Casi todas por teléfono, pues nos llenaba de una cierta vergüenza tropezarnos en los pasillos. Era una curiosidad inesperada que derivó en una cita fuera de la Universidad. Caminamos todo el día por Sabana Grande, luego almorzamos en el café Rajatabla. Ya por la noche cuando nos fuimos a despedir, la mejilla terminó extendiéndose hasta la comisura de los labios y después no pudimos deshacer el abrazo. Fue una sensación tan particular, tan difícil de describir en ese momento y ahora frente a esta hoja en blanco. Terminamos en su casa, envueltas en sábanas y tratando de no hacer ruido para no despertar a su madre. Me besó muchísimo, sentía que cada uno era un agradecimiento

o una ofrenda, ella decía que era para creérselo o para recordarlo. Era mi segunda primera vez. Una vivencia tan distinta a la que viví con Fabricio y ese empeño muy de los hombres de querer demostrarse algo a sí mismos.

No puedo contarle nada a nadie. Paula habría sido una confidente ideal, pero hace rato deshizo los lazos de hermandad. Pablo, bueno... quizá no está del todo preparado para aceptar que me estuviese comenzando a gustar esta mujer. Tampoco quiero herirlo. De un modo extraño, así como siento que necesito explorar esto que crece en mí al decir el nombre de Lorena Díaz, también necesito a Pablo y lo que él tenga que ofrecerme. A su manera, cada uno representa amores que solo se comprenden cuando se vive y se permite a la sensación, a la carne, interpretar sin palabras y abrazar sin reparos la vida desnuda.

28 de marzo de 2001

Tomamos el Consejo Universitario. Apenas si tengo tiempo para escribir lo que he vivido hoy, pero no quiero que se borre de mi mente. Logramos reunir en el Aula Magna a todos: estudiantes, obreros, personal administrativo... pude hablar y les expuse la necesidad de cambiar, de transformar estos espacios en algo más que una máquina de dar titulaciones. Jamás había sentido una energía tan poderosa. Unas mil personas fuimos a pedirle cuentas al rector de la universidad. El muy cobarde salió por una puerta trasera, y aunque no sin algunos golpes nos hicimos con el control de la sala. Mañana comenzará el gran reto, voy a necesitar toda la ayuda posible.

4 de abril de 2001

El ego de Fabricio ha estallado. Se ha retirado del movimiento. Dice que lo echaré todo a perder, el muy imbécil. La buena noticia es que la Universidad se ha movido de su inercia. Me gusta el ambiente que se vive y lo mejor es que Pablo ha vuelto a mi lado, también Rony, quien se encarga de la seguridad del grupo. Me acompaña Lorena. Hemos decidido mantener todo en secreto. Ha sido un verdadero apoyo para mí. En el fondo, ella y Pablo son los seres que más he querido.

11 de abril de 2001

Sentía que le debía algo más que una disculpa a Pablo. Me había advertido al respecto de Fabricio y no quise escucharlo. Para compensarlo, le mostré mi refugio. La azotea del gran edificio de la Biblioteca Central. El jefe de los empleados administrativos me había dado la llave por si en algún momento necesitaba un lugar en el cual esconderme si algo malo llegara a ocurrir. Todo el tiempo nos llegaban reportes de que allanarían la Universidad y nos sacarían por la fuerza. Le pedí a Pablo que me acompañara para hablar un rato. Se sorprendió al verse allí, mucho más cuando saqué del cuarto de servicios unas latas de cervezas y unas mantas. Nos tendimos allí para ver las estrellas, creo que me preguntó si acaso no creía que era un privilegio vivir en una primavera eterna. No sé qué le respondí, estaba con la mente puesta en su novela, pero se negó a hablarme de ella porque decía que pasaba por un bloqueo creativo. Quiero que el campesino matemático obtenga algo de justicia. Pablo me dijo que ya no sabía si cambiar la historia, pero me prometió algo,

me dijo que sería una novela sobre la justicia. Allí lo besé, le desabroché el pantalón y le quité los zapatos. Nos seguimos besando en las mejillas, en los párpados, en la comisura de los labios. Podía sentir su sangre recorrer cada arteria y buscar alguna salida urgente. Sus manos me sostuvieron con una devoción rara en un hombre. Cuando me penetró sentí verdadero placer, no uno desconocido, pero sí particular. Sabía que me amaba, así que antes de que acabara le confesé que siempre tuve un presentimiento hacia él. Lo dejé dormido en la azotea y le escribí una pequeña nota que puse en su pantalón. «¿Así que es a esto lo que llaman amor?», decía.

29 de abril de 2001

En un giro extraño de los acontecimientos, Paula me ha pedido que nos veamos. Han sido semanas muy difíciles para ambas porque el movimiento se niega a permitir que se realice el Miss Chica Universitaria. Debo reconocer que más allá de la banalidad y la pompa vacía, veo la cara de mi hermana y su sonrisa iluminar cada espacio del Aula Magna. Tampoco quiero que en el Movimiento sientan que este es un encuentro para negociar a espaldas de todos. Esperaré a que me diga dónde ir. Por ahora, debo concentrarme en las reuniones políticas con las facultades. Lo peor que nos puede pasar es que el ánimo de todos decaiga y la universidad vuelva a la cotidiana anomia de siempre. Esa será la muerte de la esperanza.

Las páginas demolieron a Pablo por completo. Desde que había abierto el diario de Silvana creyó que el mundo había transformado su marcha en una serie de revelaciones que ya no dejarían nada intocable. En aquel libro, en las primeras líneas encontró a su primera amiga, la mujer de la que se había enamorado. La de las ideas radicales y abiertas, la que pugnaba por trascender lo conocido. También se habría encontrado allí, en los ojos y pensamientos de quien le recibió como un extranjero que tropieza con la novedad de los lugares y las gentes. Decía tenerle fe a ese aprendiz de narrador que venía con una misión mucho más grande de lo que suponía. Describía su vida junto al círculo íntimo, a las traiciones habituales de los jóvenes que tienen mucha sangre en las venas, pero muy poca escama en la piel como para entender las complejidades de lo que significa la verdadera amistad. Pablo leyó con interés cada repaso por el mundo que podía haber compartido con Silvana, pero poco a poco, conforme las páginas avanzaban, se dio cuenta de que aquella era realmente una mujer absolutamente desconocida

para él. Quizá más grande, más compleja e inconmensurable de lo que suponía.

Comenzó a entrometerse en aguas que no estaba seguro de saber o querer nadar. Silvana hablaba con libertad de sí misma, de lo que en su cuerpo ocurría, como descubrimientos o encuentros con una clase distinta de aproximación a la vida. La imagen de la asistente que se mantenía al lado de Silvana en aquella conflictiva época de la toma del Consejo Universitario, las palabras de Lorena, la visita que hicieran a la morgue y las miradas que no eran de reconocimiento sino de un deseo contenido e incontrolable, la gratitud que escondía la anécdota del *videobeam*, y muchas más. La idea según refiere el diario de cómo se puede amar a dos personas, con la misma intensidad, sin que aquello pueda significar la libertad o la pérdida de la felicidad para las partes involucradas. Pablo supo entonces que la búsqueda de Lorena no estaba signada por el afán de justicia, sino porque la tragedia le había arrebatado a quien probablemente fue su primer amor. Ahora sentía que en su mente cada palabra de Lorena, al menos desde que había venido de Chile, cobraba sentido.

Se levantó a tomar agua y dar un paseo entre el laberinto de pasillos de la edificación. El diario seguía en su mano y parecía hacerse cada vez más grande conforme lo apretaba. Frente a una de las grandes ventanas que permitía una vista amplia hacia la Ciudad Universitaria, recordó la última conversación que tuvo con la madre de Silvana, antes de decidir que debía marcharse a Chile. Ella murió sin saber que su hija había desaparecido. Nadie tuvo el valor para decírselo nunca. ¿De qué habría servido? Ahora, con las palabras de Ángela volviendo del pasado, supo que había sido la decisión correcta.

—Estoy llegando a la conclusión de que las familias a veces no se reflejan a sí mismas, Pablo, sino que son espejos

del tiempo que viven. Estoy cada vez más segura de que no es un asunto relativo a mi madre o a mi tatarabuela, pienso que se trata de la historia de este país. Lo que pasa con mis hijas, no tiene que ver con la crianza que les he dado, deficiente o inoportuna, sino con que están destinadas a encarnar un drama que va más allá de sí mismas. A lo mejor los humanos de este mundo no son sino metáforas de carne y hueso de un patrón que jamás va a terminar de repetirse. Hubo un tiempo en que Silvana y Paula solían montar bicicleta juntas, imitar coreografías que veían en la televisión y adorar mutuamente a los cantantes de moda. Un tiempo donde aún Antonio y yo no habíamos partido la casa a la mitad a través de una línea dolorosa e invisible, que condenaba nuestra relación a una convivencia pacífica tras el enfriamiento inevitable de veinte años de vida conyugal. Aun allí podía intuirlo, Pablo. Podía oler lo que ahora ya sé. La falsa paz, hijo. Todo lo que viene antes de la muerte, es solo eso, falsa paz. El problema de la muerte modela la vida entera, en todas las sociedades, en todas las épocas. Si fue un Dios descuidado por la tarea de hacer millones de galaxias, o el extraterrestre menos aventajado de todos, o la peor estadística que brotó de la naturaleza, las consecuencias terminaron siendo las mismas. He aquí mi descubrimiento. Sucedió a mitad de los noventa, mientras llegaban las noticias de la guerra en Yugoslavia y entrevistaban a los refugiados que habían logrado llegar a Alemania. Veía sus ojos, Pablo, y estaba ese gran acertijo. La declaración común era: «No sabemos qué nos pasó». Se referían no tanto a la guerra, sino al comportamiento de sus vecinos, familiares, y antiguos compañeros, súbitamente devenidos en bestias que solo deseaban exterminar a su otro cercano. Era cómo una plaga que los sobrevolaba y a la cual no tenían como darle nombre. Sus rostros estaban inexpresivos, ya las lágrimas las habían agotado en el camino. Supongo que

recordando cómo había sido posible que esta vida los hubiese puesto en primera línea para atestiguar las violaciones y las matanzas. ¿Qué los había separado? La prensa despacha el asunto con que eran conflictos étnicos y ya se dan por servidos. Incluso, podrías argumentar la actuación de un tercero interesado en la fragmentación del territorio. El fondo es lo terrorífico. Si el odio no encuentra dónde echar raíces, desaparece, se seca. Pero no, hay algo aquí, en el pecho de los seres, que es propenso al mal. Permite que las semillas del mal tengan sustento y cobijo. Voy a morir pensando que no hay salvación de esta falla de la naturaleza. Voy a morir, sin haber entendido por qué mis hijas se odian y el tamaño que podría llegar a alcanzar ese mal.

Pablo siguió contemplando un rato más la vista de su pasado, y supo de pronto que, si no se había ahogado en el mar, era porque esos sueños donde Silvana le guiaba no eran más que la obra en proceso que había prometido. Resolver el crimen era la más grande ofrenda a la justicia que se podía permitir. Escribía la novela conforme la vivía. Así que retornó a la sala situacional y su voz se sintió como una transformación entera de su alma. «Necesito encontrar a Lorena», ordenó a todos.

Vestido con la elegante estampa de un héroe militar, Kolakowski entró a la antigua escuela de pilotos, cerciorándose primero de no tener algún testigo o espía cerca. Adentro se sentía en su reino. Cada esquina albergaba la posibilidad de cumplir cualquiera de sus deseos. Se dirigía hasta el edificio central, guiado las primeras veces por una linterna, luego por su conocimiento exacto de cuántos pasos lo separaban del cuarto en que podía ser él. Era un lugar amplio, del cual apenas si hacía uso de unos pocos metros cuadrados para su entretenimiento. En una ocasión dejó correr a alguna muchacha desesperada, confundida y atemorizada por el gran laberinto de pasillos. Luego la siguió despacio, como si cazara a un pequeño animal del bosque, dando un paso a la vez, siguiendo el rastro de sangre que dejaban sus pisadas. Cuando llegó a donde estaba, la vio derrotada y triste. La mató allí mismo. Odiaba a las que se derrotaban, por eso fue que mantuvo a Silvana Guzmán a sus pies antes de decidir que debía partir.

La voz de Kolakowski retumbaba en cada pared ante una soledad relativa. Era imposible para él ver cada rincón y no recordar lo que representaba para cada una de sus víctimas. Les pedía callar.

Se acercó a Marisol, pero era un fantasma del pasado quien yacía frente a él. Tomó una silla, se sentó y sin decidirse a tocarla habló mirándola a los ojos:

—¿Por qué tan rebelde, Silvana? ¿Por qué no someterte? Aguantar el dolor no puede ser una prueba de valentía, solo de estupidez. Al menos en estas condiciones, es poco menos que suicida. Lo veía en tus ojos, ese maldito reto permanente. Queriendo con tu silencio hacer que desistiera o me aburriera, lo único que lograste fue extender tu dolor. No iba a dejarte ir con esa sonrisa de victoria en la cara, con la idea de que me habías vencido. Por eso, es que tal vez el primer año de que fueses mi huésped y mi distracción, tuviste arrojo y valor. Pero ya después entendiste que nadie iba a rescatarte. Que aquel suplicio podía extenderse horas y días indecibles. Te fuiste apagando y con ello mis ganas de conservarte. No fue fácil, lo admito, salir de ti. Muchísimas noches me desvelé solo pensando en cómo debías irte. No lograba encontrar la manera adecuada. Merecías una verdadera despedida. Aunque no niego que fue decepcionante. Verte allí, sin luchar, sin escupirme, sin maldecirme. Vacía de ti, mientras te poseía por última vez y rodeaba con mis manos tu cuello. Te fuiste sin lucha y a mi juicio, faltándote a ti misma.

Kolakowski se levantó despertando de la breve ensoñación. Se molestó al verse afectado por un espejismo. Supo que debía concentrar sus esfuerzos y satisfacción mientras había un alma en aquel cuerpo. En Marisol, un espíritu fuerte que soportaba con entereza los malos tratos, notó la señal de que la mente comenzaba a abandonar esa cáscara de piel. Sentía tristeza y también rabia, de tener que concluirlo esa noche,

pero no iba a permitir que ellas decidieran cuándo irse. Tampoco debía arriesgarse más. Presentía que Augusto Zuloaga iba a reclamarle que no había vendido aquel lugar cuando se lo ordenó. ¿Quién podía culparlo? Le había tomado mucho cariño. Lo sentía como su verdadero hogar.

Lorena conducía por la autopista a más de cien kilómetros por hora, esquivando los demás vehículos. Aprovechó que la iluminación de los faroles se filtraba al interior del vehículo, para hurgar debajo de su asiento y tomar una pistola automática. Sintió en su cinturón la navaja de doble hoja que había usado solo para abrir cajas de dulces. Al percatarse de lo precario de su equipamiento, supo con claridad que habría hecho bien en pedirle a Wifi que no la perdiera de vista, así contaría con un respaldo en el caso de que todo se complicara. Con cada kilómetro que recortaba entre ella y su meta, temió estar dando un paso más dentro de la oscuridad. Creyó que esa sola idea la mareaba. ¿Qué le podría quedar luego de ver lo que sucedía en la hacienda de Zitmann? Debía haber más, estaban las rutas de las camionetas de la compañía, el nombre de Kolakowski repitiéndose, y la omisión perniciosa de Augusto Zuloaga.

Comenzó a alejarse del área urbana y a internarse en las carreteras que llevan a las zonas satélites de la capital. Se percató de que cambiaba la vegetación, y vio a lo lejos la silueta

de una edificación y un cartel oxidado que informaba que alguna vez hubo una escuela para formar pilotos de avión. Trató de recrear cómo luciría aquel lugar unas décadas atrás, cuando era transitado a diario por jóvenes deseosos de cruzar el mundo entero. Imaginó el lugar lleno de vitalidad, de vida. Hoy no era más que un páramo desolado con una ruinoso estructura abandonada que según había entendido de B.U.O., había sido rematada cuando unas aerolíneas quebraron en los años noventa.

Aprovechó un claro en la carretera a unos quinientos metros del edificio para ocultar su carro. Rebuscó en la maletera una linterna y una cinta para guardar la navaja a la altura del muslo. Revisó que el arma estuviese completamente cargada y trajo unas dos cacerinas más. Silenció su teléfono celular y dejó salir su miedo a través de un largo suspiro. Cerró la maletera, amarró su cabello en una cola bien atada y comenzó a caminar evitando el camino principal.

Llegó hasta la cerca perimetral y echó un vistazo, encontró un resquicio sin alambrada de púas. Se trasladó a gachas y luego comenzó una penosa escalada que no estuvo exenta de ruidos. Quería golpearse a sí misma por tanta torpeza, y por no equiparse mejor para la ocasión. Se prometió que enmendaría los próximos pasos. Dentro del patio exterior tuvo una visión más clara del lugar. Era un gran edificio, podría calcularle más de dos mil metros cuadrados de construcción. No quería encender la linterna, sintió que lo mejor era sacar su pistola y entrar sigilosa en el edificio. «¿Dónde te escondes, maldito?», se dijo.

Recorría con su pistola cada espacio para evitar ser presa fácil. Sus recuerdos disparaban las lecciones aprendidas en el departamento de ciencia de la conducta. Para ella, conocer la psicología de los asesinos seriales era ir un paso adelante.

—Vas a evitar los lugares altos y expuestos. Seguro descartaste las oficinas superiores y las que estuviesen cerca de las ventanas. Bien pensado, animal.

Lorena se acercó entonces a lo que parecía un largo pasillo que iba a llevarla al interior de la estructura. Aún quedaban en las paredes cuadros y afiches de aquella antigua escuela, algunos con mensajes alusivos al apasionante mundo de la aviación y otros que alentaban a los estudiantes a concentrarse en sus deberes y respetar las normas del lugar. Se acercó a un cartel de seguridad que mostraba el plano de evacuación de la edificación en caso de producirse un terremoto o un incendio. Pasó su mano y cayó frente a ella algo del polvo contenido. Eso la hizo toser de manera irremediable. Su acción involuntaria se convirtió en una granada de ruido que pareció mover los cimientos. Aguantó la respiración y puso la mano en la pistola. Aguardó mientras su oído rastreaba el más leve rumor. Tomó la linterna y la acercó al afiche. Revisó las rutas y decidió que iría hasta el área de talleres para desde allí comenzar su búsqueda.

Sus pasos se delataban cuando topaba con el fragmento de un vidrio roto o simplemente de la basura que se acumula con los años. En una mano llevaba la pistola y en la otra su linterna. Sus ojos como primeros mecanismos de detección y la respiración agitada como señal de que su cuerpo iba a accionar el gatillo a la primera amenaza. Bajó por unas escaleras dos niveles debajo del *lobby*. Allí la oscuridad era casi total. Una débil luz se filtraba al final de uno de los pasillos y le sirvió como punto de referencia. Alumbró rápidamente y miró que había sillas rotas por un lado y la acumulación de otros trastos en algunos puntos del recorrido. Cuando llegó a la puerta, vio que un haz de luz escapaba desde adentro. Estudió el mecanismo de la cerradura, contuvo la respiración y con un movimiento seguro abrió la pesada puerta

metálica mientras apuntaba con su pistola. Se encontró con un pequeño armario metálico, un lavamanos, una ducha y un bombillo que soltaba una luz opaca. El lugar era amplio, de unos cincuenta metros cuadrados, y en un rincón, un colchón con lo que parecía ser el cuerpo desnudo de una mujer reposaba en el suelo. Recorrió la habitación vacía, hasta que estuvo lo suficientemente cerca.

—Es ella. Tiene que ser ella —se decía mientras avanzaba luchando contra sus muslos que mostraban una ligera pérdida de tono muscular. La respiración la había abandonado, acumulaba y expulsaba aire con desigualdad.

Lorena reconoció el rostro de Marisol bajo las magulladuras. Esta abrió los ojos y le costó entender lo que veía, se creyó dentro de un sueño. Sin embargo, la sensación le hizo hacerse de un pedazo de cordura y supo que era la parte de la realidad donde la habían secuestrado y donde no se decidían a matarla. Lorena le pidió guardar silencio. Pero no encontró en la mirada de aquella mujer un mensaje coherente. Los abría y trataba en lo que le permitían las cuerdas que la tensaban, mover su cabeza en estado de negación. Lorena tocó la mordaza que la imposibilitaba hablar y solo llegó a escuchar un grito agudo:

—¡No me toques!

Kolakowski caminó paciente hacia donde Lorena se removía en un estado de somnolencia y furia dispersa. La vio con desdén y satisfacción. Estaba tan orgulloso de sí, de sus métodos simples pero efectivos, que convertían el cuerpo de sus víctimas en un botín intocable. Un tesoro prohibido para las manos ambiciosas y extrañas. Sus manos enguantadas en látex, le susurraron a Marisol que guardara silencio, que volviese a dormir, que se despreocupara por esperar la salvación. Ella sintió cómo volvía a poner la mordaza en su boca. Kolakowski se tomó su tiempo para desarmar a Lorena. Pateó la pistola lejos de ella y le quitó la navaja. Sintió los muslos fuertes de aquella mujer y se excitó. Estaba tan aburrido de Marisol... la exploró meticulosamente y tomó su rostro para apreciar si valía la pena dejarla como parque de atracciones o sería un amor fugaz.

—Veamos quién ha venido a tocar mi puerta —Kolakowski le habló a Lorena al oído.

Ella balbuceaba y sus ojos se revolvían en lucha contra el efecto de la droga.

—¿Qué es esto?

—Escopolomanina. Tiene infinidad de usos. Es útil... un mazazo directo para los curiosos —respondió Kolakowski queriendo transmitirle con su tono de alegría cuán lobo es el hombre para sus semejantes.

Apreció las facciones de la recién llegada y hubo algo en ella que le pareció familiar. Algo que le disgustaba terriblemente, que le comía desde dentro. Lorena murmuró un nombre que Kolakowski tenía años sin escuchar fuera de su cabeza. Una reverberación que aquel día había llegado a sus oídos con demasiada frecuencia como para no dejarse afectar.

—¿Dónde está Silvana?

El cuerpo de Lorena sufría la expansión del tóxico. Era tan sencillo dejarse dormir y que la oscuridad hiciera el resto. Empezó a lanzar golpes azarosos, sin destinatario. Kolakowski la tomó de la barbilla hasta que su memoria la ubicó entre las neblinas del recuerdo.

—¿Eres tú, verdad? La carajita con que Silvana se besaba a escondidas —Kolakowski se levantó y quiso clavarle la punta del pie en la cara. Podía revivir el odio que lo inundó cuando se coló una noche hasta la sala del Consejo Universitario y vio a quien le había robado mucho más que el protagonismo político. Se carcajeó con estridencia.

—Esto tiene que ser una ofrenda o una broma. No tienes ni idea de cuántas veces te vi en cada una de mis invitadas. El golpe final era para ti, cariño. Solo que nunca supe tu nombre. Hablé con Silvana, traté de que recapacitara. Le propuse algo de piedad, acortarle el sufrimiento. Pero no, se negaba. Me conocía, estaba completamente segura que iría a buscarte. Y sí, tenía tanta razón. ¿Cuánto aguante tuvo? Me repugnan. Tú y ella. ¿Sabes qué? Está decidido, voy a demostrarles a las de tu clase de lo que se pierden. Pero antes tendré que hacer espacio en esta cama.

Kolakowski se puso las manos en la cintura y miró en silencio en dirección a Marisol. Meditaba la velocidad y violencia necesarias para lograr el reemplazo de manera exitosa y sin malgastar recursos. Cuando tomó una decisión murmuró: «Sí, es una ofrenda».

En el vaho de la inconsciencia Lorena lloraba hacia dentro. Sentía haber tomado una decisión estúpida y precipitada al querer actuar en solitario. Lamentaba no haber reunido las fuerzas y confesarle a Pablo su parte de la historia. Ahora, no habría posibilidad de que aquel amor perdurara en la memoria del futuro. Tendrían que entenderla, ojalá lo hicieran. Ella no estaba cobrando venganza: restablecía el equilibrio.

Sintió un forcejeo y creyó que era Kolakowski queriendo violarla y quizá descuartizándola, preparándose para enterrarla de manera anónima. Después, sus ojos empezaron a enfocar la escena. Quizás otros cuerpos hubiesen sucumbido a la droga, pero los analgésicos, antidepresivos, ansiolíticos y otras medicaciones que le brindaron sosiego ante la pérdida de Silvana, ahora le daban una resistencia inusitada. Poco a poco se fue recuperando, y pudo ver el cuerpo de Kolakowski quejarse de un dolor profundo, con un corte preciso que cruzaba toda su garganta. La tomaron por los brazos y la cargaron hasta una silla, donde sentada, pudo levantar la mirada hasta cruzarse con el rostro de Augusto Zuloaga. Este la recibió con una sonrisa de alivio o preocupación. Le extrañó la empatía que no esperaba encontrar en una persona como él. La ayudó a incorporarse y le preguntó si estaba bien. Ella recibió su voz con distorsión, como cuando en un concierto se pasan dos horas bailando frente a un amplificador. Movié la cabeza para afirmar que sí, que comenzaba a sentir las manos. Augusto abrió sus párpados, chequeándola como el médico de turno, y la ayudó a levantarse. Ella parecía una

muñeca de trapo, incapaz de sostenerse por sus propios medios.

—Marisol. Sigue allí.

Augusto miró hacia donde Marisol se hacía la dormida.

—Ya vendré por ella. No te preocupes, todo estará bien.

Augusto comenzó a caminar con Lorena hacia la salida. Le pedía que no se durmiera, que pronto contarían con ayuda. Ella movía la cabeza para negar, estaba demasiado expuesta como para pensar en sus palabras:

—No, no van a llegar —balbuceó Lorena, y Augusto se detuvo.

—¿A qué te refieres? ¿Nadie sabe que estás aquí?

—No, nadie, nadie.

Augusto entonces hizo algo que no estaba en su plan. Volvió a retroceder hacia la habitación. Lorena vio como se alejaba de la salida y su mente comenzó a golpear para tratar de salir del sometimiento de la droga.

—Solo tenía que deshacerse de este sitio. Es increíble la gente esclava de sus adicciones. Le toman gusto al deseo y permiten que los consuma. Se vuelven súbditos de su impulso.

Augusto llegó a la habitación y soltó a Lorena, quien cayó al lado del cuerpo de Kolakowski. La sangre cubría como una gran alfombra el piso de la sala. Augusto vio el espectáculo y sintió asco de su profesión y de la humanidad toda. Continuó con su monólogo.

—También están los de otra clase, como el débil de Igor. Encontraron a Silvana, cayó en pánico y le da por querer hablar con la policía. No se puede, detective Díaz. Me refiero a eso de ir por el mundo con semejante compañía. Hay que hacer cirugía reconstructiva en esos eslabones. De lo contrario, es sentarse y esperar que todo se caiga a pedazos.

Augusto tomó la navaja de Lorena y la puso cerca de la cama mientras trataba de figurarse si enterraría los cuerpos o los entregaría al fuego. Buscaba eficiencia y rapidez. Mientras desnudaba a Kolakowski para separar la carne de otros materiales reconocibles y perdurables, creía que estaban todo resuelto. Saldría de Kolakowski y se erigiría salvador del día. Comenzó a pensar en voz alta.

—Me llamó la atención, señor fiscal, que el director general de la compañía logística no hubiese vendido aquella propiedad cuando se le ordenó hace tanto tiempo. Entonces tuve, usted lo llamará intuición o curiosidad, vaya a saber. Es un misterio, el deseo de ver con mis propios ojos que ocurría. Es cuando pude ser testigo de tanto horror. Tuve que actuar rápido. La vida de inocentes corría peligro.

¿Quién iba a contrariarlo? ¿Los jueces, la policía? Nadie estaba por encima del mandato divino. «La gente menos imaginada forma parte de la red», recuerda haberle escuchado a Zitmann en tantas ocasiones. Pero no, las cosas no pasan como uno se las imagina, pensó Augusto, cuando ya había terminado su labor con Kolakowski. Augusto sintió que Lorena murmuraba algo. Se acercó su oído.

—¿Por qué? ¿Por qué a ella? ¿A quién te refieres? ¿Silvana? Ah, ella. Te voy a confesar algo, porque me dio la real gana. Quiero que sepas una cosa. La idea era darle un buen susto. La trajimos para acá y bueno, tú sabes. A veces, en situaciones donde el mundo no es testigo, solemos ser más intensos. A Kolakowski se le fue la mano. Hubo un momento en que no hubo retorno. Le pedí que se encargara del asunto, pero el animal, reconozco que lo era, la mantuvo con vida, quien sabe, semanas, meses, años, es difícil de precisar. Creo que eso pasa cuando le das demasiada libertad a la gente. Pero después aparecen tú, Díaz, y me doy cuenta de que sí, de que

el hombre se había convertido en un problema. Es lo que pasa cuando no le dejas la cuerda corta a los perros.

Augusto sintió que Lorena estaba cada vez más fuerte y que ya era hora de concluir el desbarajuste. Por un momento creyó que usar la pistola enviada desde las arenas del desierto, habría sido lo más rápido y conveniente. La tomó de su cintura, sintió el peso, la amartilló, pero en el momento en que la iba a accionar se dio cuenta de por qué a Kolakowski le costaba desprenderse tanto de sus víctimas. La puso en la cama y se concentró en el cuerpo de Lorena.

—¡Ja! Esto le va a asonar un tanto alocado, detective. Pero de pronto me ha entrado una cierta nostalgia. Una necesidad de ver cuán lejos puedo volver a llegar. ¿Quién no echa en falta el salvajismo de la época universitaria?

Augusto empezó a desabrocharse el pantalón porque no podía dar fe de que en medio de una circunstancia similar estuviese tan excitado. Entonces sintió algo distinto. Un estruendo que podía olerse. Comenzó un monólogo extraño y desarticulado de la secuencia de acciones que tendrían lugar.

—De pronto me siento en el bosque donde salía a cazar con mi padre. Siempre vigilante y atento, corriendo sin descanso tras las presas que no acaban de morir. Puedo verme otra vez, en la faena de enterrarles la hoja del cuchillo. También, detective, usted me ha traído otros recuerdos. Una columna de fuego en la lejanía del bosque, que se convirtió en mi pesadilla recurrente. Casi puedo volver a sentir el aroma de las cenizas y el calor de la llama en las vísceras.

Augusto miró sus manos y las vio rojas. No entendía dónde estaban sus guantes quirúrgicos y por qué no estaba frente a un paciente.

En un rincón de la habitación, su padre, iluminado por una pequeña hoguera lo miraba con tristeza. Le habló con

ternura y sin estridencia: «La mente es extraña cuando está muriendo. No logra convencerse del fin o quizá le teme. Reinventa el pasado para prepararte para un futuro que nunca verás, hijo mío».

Marisol volvió a apretar el gatillo. Esta vez la bala no destrozó el vientre de Augusto, sino que se alojó en el corazón. El cuerpo cayó sobre Lorena. Ella palpó con desesperación el suelo en busca de algo que le permitiera defenderse. Tomó la pistola de Augusto y sin que sus ojos soltaran la imagen sangrante del hombre, puso el cañón en el cuerpo y disparó tantas veces, que el humo convirtió la habitación en el claro de un bosque arrasado por un incendio salvaje.

Pablo llegó hasta la escuela de aviación junto a un pequeño equipo que Flores había autorizado a actuar. La ubicación de Lorena fue dada por Wifi, quien tuvo que revelar las coordenadas cuando se sintió arrinconado por el resto del equipo.

El grupo derrumbó con el vehículo táctico la puerta perimetral y entró al patio principal. Los potentes reflectores dejaron al descubierto la magnitud y abandono de aquel lugar. También tropezaron con el cuerpo de dos mujeres que se ayudaban mutuamente a andar, y que creyeron ver en el reflejo de los potentes reflectores de la policía, la salida de un sol al que le faltaban aún muchas horas para alzarse desde el este.

A la mañana siguiente, luego de que concluyera la llamada con el presidente, el ministro de Interior entró a la sala de prensa para rendir declaración de dos noticias que parecían ser parte de la misma trama. Informó que se había desarticulado quizá la operación terrorista más grande del hemisferio occidental. Mostró el rostro de Zitmann, con la intención de que nadie pudiera salvarlo de su castigo, ni del escarnio público. Las cámaras fotográficas eran las únicas que junto

a la voz del ministro se oían en la sala. Las autoridades estaban verdaderamente contrariadas por la información y aun cuando era necesario que una realidad no tapase la otra, se consideró necesario que el mundo supiese toda la verdad sobre el caso de Silvana Guzmán.

Lorena siguió la rueda de prensa junto a Pablo y Wifi, desde el Hospital Militar, donde le daban cuidados extremos. Marisol se reponía a su ritmo en la habitación contigua.

El director Flores fue a visitar a Lorena para darle buenas noticias. Tenía la misión de reintegrarla a la dirección de inteligencia y darle un rango especial. Ella escuchó la oferta y le preguntó si Wifi entraba dentro del trato. Flores carraspeó la garganta y aceptó sin reservas. Antes de marcharse, informó que el presidente llegaría al país en algunos días y se esperaba un encuentro en el palacio presidencial.

Wifi se despidió de Lorena para volver a su casa y tratar de prepararse para lo que se avecinaba. Era por lejos, el que más emoción le había causado la idea de trabajar junto a Flores. Quedaron así Pablo y Lorena solos en aquella habitación, sin hablar nada que no fuesen frases cortas y dándole vueltas a una conversación que era ineludible. Ninguno de los dos quería precipitarse, porque cada uno a su manera estaba preparando lo que era una despedida.

Antonio Guzmán llegó al hospital dos días después. Los tres se abrazaron y lloraron juntos, sin decirse más que lo que las lágrimas podían confesar. El padre de Silvana se deshacía en elogios y agradecimientos. Se le veía avejentado, como si lo que le daba vida era la esperanza de no morir sin ver que los asesinos de su hija habían recibido un castigo. De seguro, al saber que no quedaba sino la súplica vana de que no volviese a ocurrir tragedia semejante, ya su cuerpo comenzaba a desprenderse de la juventud que tenía. Antonio venía no a visitar, sino a despedirse. Se marcharía con Paula a

Europa. Ella había tomado valor para ir a la casa que él plañificó en sueños, la del huerto que nunca llegaron a sembrar. Le pidió perdón, se hincó frente a él, se desvaneció frente a los portarretratos de su madre y hermana. Después de un té, le pidió que se fueran lejos para no volver. Él había aceptado. Así se despedía de Pablo y de Lorena, con un abrazo que sintieron, jamás iba a desvanecerse.

Paula no tuvo el valor de subir hasta la habitación y hacerle frente a lo que se decían allí. Sin embargo, su despedida ocurrió antes de tomar el camino al aeropuerto. Le pidió a su chofer que la llevara hasta un parque al que solían ir junto a Silvana de niñas. Rogó a Antonio y a Tina que le dieran su tiempo. Fue así que se acercó hasta los columpios y se sentó para dejar que el viento la balanceara. Se quedó allí, arropada por la brisa que inunda el parque Los Caobos cuando la luz se esparce entre la copa de los árboles y baña de nostalgia la ciudad. Las hojas comenzaron a caer. A lo lejos dos niñas pequeñas la observaban desde la distancia, hablaban de ella y se decían que era la mujer más triste que hubiesen visto jamás. Paula las saludó y entendió cuánto deben cuidarse las almas de las fracturas artificiales. De esas que se siembran en el pecho y a las cuales se les admite gobernar. Cambiaría su corona y su vida entera, si con ello fuese posible retornar a la edad de la inocencia de su infancia. Pero no, tendría que aceptar la realidad y su papel dentro de ella. En algunos días, Miss Sarajevo estaría en la boca de todos y con ella la oportunidad de que su hermana y la voz poderosa que la acompañaba viviese. Esa colección sería el polvo de oro que convertiría la herida en un mensaje de esperanza. Nada de modelos perfectas, nada de telas fabricadas por manos esclavas. El mundo sería transformado por la belleza de las imperfecciones y dejaría como mensaje el que no estamos destinados a transitar por la ausencia de dolor, pero sí obligados a luchar por las causas justas.

Paula inspiró con profundidad para llevarse con ella el aliento de los buenos recuerdos. Se despidió de las niñas batiendo la mano y caminó de nuevo al vehículo que la alejaría de un país al cual solo volvería a ver a través de las fotografías de los álbumes familiares.

La visita de Antonio Guzmán comenzó a hacer un cuenco en el pecho de Pablo. Eloísa lo había llamado para decirle que tomaría el primer vuelo para estar a su lado. Necesitaba, decía, entender de qué están hechas las razones que separan a quienes se aman. Así que sintió la urgencia de concluir su historia con Silvana y lo haría a través de Lorena. El día que le dieron de alta y luego de los protocolos de seguridad, le pidió su compañía, sin condiciones ni preguntas. Lorena también comenzaba a creer que no podía permitir que él se fuera sin que sus labios dejaran los temores y se enfocaran en la verdad.

La universidad los volvió a recibir como un vientre que siempre espera el retorno de lo que no puede marcharse. Caminaron juntos por largos pasillos techados, donde él señalaba el punto exacto en que la había conocido. Sus pasos los llevaron a la Escuela de Antropología, donde un grupo de muchachos al igual que ellos en el pasado, se aprestaban a continuar el ciclo extraño, impredecible e infinito de la vida. Entraron a los salones y se sentaron en las sillas que los habían recibido unas décadas atrás, la anécdota vibró en las memorias compartidas. Perdonaron y compadecieron a quienes fueron.

Los estudiantes veían a aquellos extraños en un *tour* incomprensible, hablando de rincones y discursos, de los sueños que se han de cumplir y de aquellas fantasías que nunca encuentran asidero. Los siguieron con la mirada, como quien ve alejarse a los locos o a los poetas, hasta que ya no fueron visibles.

Se quitaron los zapatos y pisaron la grama de Tierra de Nadie, se acostaron allí a ver pasar las nubes y recordar a

Silvana en el cuerpo y en la voz del otro, dándose cuenta que ya ellos no eran más que la conjunción mágica que solo ocurre unas pocas veces en la vida y que nos convierte en los seres extraordinarios que estamos destinados a ser.

Cuando sintieron que la luz del cielo decaía y con ello se aproximaba el final del camino, subieron hasta la azotea de la Biblioteca Central. Allí se sentaron y se confesaron que, en aquel mismo lugar, ambos, en noches distintas y con constelaciones diferentes, habían amado y se habían dejado amar por la misma mujer. Y que ella, en su afán de mostrarles cuán poderosa es la energía que inunda y desborda los cuerpos, les había enseñado que se podía entregar el alma a muchos seres, en distintos espacios y tiempos, sin esperar que el mundo legitimara lo que el corazón ya había decidido. Se abrazaron fuerte y largo, y se mostraron un tesoro que guardaban con igual esmero, un pequeño papel, muy similar en textura y color, donde Silvana le confesaba a cada uno, que había descubierto en ellos eso que llamaban amor.

Soltaron los papeles al aire y dejaron que el viento los llevara. Prometieron volver a verse, o al menos si las circunstancias de la vida lo impedían, reconocerse como atados por un mismo hilo cada vez que volvieran al recuerdo que los hacía uno. Lorena se quedó un tiempo más en la azotea para leer en el mapa estelar su futuro y Pablo se fue en busca de la mujer que representaba el camino de vuelta. Nunca más volvería a soñar con Silvana.

El libro de las cicatrices

Se imprimió en el mes de octubre de 2021
en la IMPRENTA BICENTENARIO DE CARABOBO
Caracas, Distrito Capital Venezuela.

Son 1.000 ejemplares.